

se

# *Sueños de amor*



CARA COLT **Lectulandia**

Quizá la próxima vez que bailaran juntos fuera en su boda.

Bailar con un príncipe sonaba como un sueño hecho realidad para la mayoría de las chicas, pero para la instructora de baile Meredith Whitmore no era más que un gran paso en su carrera profesional. Kiernan Chatam se había ganado el apodo de Príncipe Corazones&

En los ensayos, la bailarina proveniente de los barrios bajos y el arrogante e imponente príncipe no conseguían encajar, hasta que poco a poco Meredith descubrió al hombre oculto tras su máscara. Ella fue la primera en sorprenderse, pues nunca había creído en los finales felices, ¡y menos aún con un príncipe de verdad!

**Lectulandia**

Cara Colter

# **Sueños de amor**

\*

ePub r1.0

Piolin 01.07.2017

Título original: *To dance with a Prince*  
Cara Colter, 2011

Editor digital: Piolin  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Capítulo 1

El príncipe Kiernan de Chatam irrumpió en la enfermería de palacio, donde yacía su primo, el príncipe Adrian, dando alaridos y retorciéndose de agonía.

—¡Te dije que ese caballo era demasiado para ti! —rugió Kiernan.

—Yo también me alegro de verte —repuso Adrian, casi sin aliento.

Kiernan meneó la cabeza. Su primo era un inquieto joven de veintiún años que compensaba su imprudencia con grandes dosis de carisma y encanto.

En ese momento, Adrian sonrió con valor a la joven enfermera. Luego, volvió a prestarle atención a Kiernan.

—Mira, si me ahorras el sermón, mucho mejor —dijo Adrian—. Necesito con desesperación que me hagas un favor. Me esperan en un sitio.

En primer lugar, su primo nunca estaba desesperado, pensó Kiernan. En segundo lugar, rara vez se preocupaba por hacer esperar a nadie.

—Corazón de Dragón va a matarme si no estoy ahí. Te lo digo en serio, Kiernan, he conocido a la mujer más temible del mundo.

En tercer lugar, Kiernan sabía que su primo no había conocido jamás a una mujer a la que no pudiera engatusar con su picara sonrisa.

—¿Crees que podrás ir en mi lugar? —rogó Adrian—. Sólo esta vez...

La enfermera le tocó a Adrian la rodilla, muy hinchada, y él gritó.

Lo que más le maravillaba a Kiernan era que Adrian, que nunca se había preocupado por nada que no fuera él mismo, estuviera pensando en algo diferente de su herida.

—Pues anula la cita —sugirió Kiernan.

—Pensaré que lo he hecho a propósito —replicó Adrian, apretando los dientes de dolor.

—Nadie puede creer que hayas tenido un accidente a propósito.

—Ella, sí. Corazón de Dragón, es decir, Meredith Whitmore. Le sale fuego por la boca —dijo Adrian y, por un instante, esbozó una mirada soñadora—. Aunque lo cierto es que su aliento huele, más bien, a menta.

Kiernan estaba empezando a pensar que Adrian estaba bajo los efectos de algún medicamento psicotrópico.

—La verdad es que Corazón de Dragón se come a los principitos como yo para almorzar. A la plancha. Igual toma menta después —continuó Adrian.

—¿De qué diablos estás hablando?

—¿Recuerdas al sargento Henderson?

—Cómo no —respondió Kiernan. Henderson había estado a cargo de convertir a los jóvenes príncipes en duros y disciplinados guerreros, capaces de obedecer y dar órdenes sin pestañear.

—Meredith Whitmore es él. Igual que el sargento Henderson, pero diez veces peor —afirmó Adrian y gimió de dolor de nuevo.

—Debes de estar exagerando.

—¿Podrías ir en mi lugar, por favor?

—¿Por qué voy a ir en tu lugar con una mujer que se come vivos a los príncipes y que hace que el sargento Henderson parezca a su lado una *girl scout*?

—Fue un error —admitió Adrian con tristeza—. Pensé que iba a ser más fácil. Me pareció mucho más divertido que los demás compromisos oficiales de la Semana de la Primavera.

La Semana de la Primavera era una fiesta anual de la isla de Chatam, un festival de origen medieval que duraba siete días. Comenzaba con una gala benéfica y terminaba con un gran baile. Los festejos estaban a punto de comenzar.

—Podría haber elegido entregar los premios a la banda de percusión de preescolar, dar el discurso de cierre de las fiestas o bailar un poco. ¿Tú cuál habrías elegido? —prosiguió Adrian.

—Seguramente, el discurso —contestó Kiernan y miró a la enfermera—. ¿Le ha dado alguna medicación?

—Todavía, no. Pero voy a hacerlo —contestó ella.

—Pues tienes suerte —señaló Adrian, haciéndole un guiño a la enfermera—, porque tengo el trasero real más bonito... ¡Ay! ¿Era necesario hacerme tanto daño?

—No se comporte como un chiquillo, Alteza —le reprendió la enfermera y se alejó.

—Pues yo elegí bailar. Iba a actuar con un grupo en la noche de la gala benéfica.

—¡No pienso ocupar tu lugar en una actuación de baile! Los dos sabemos que no sé bailar. «El Príncipe de los Corazones Rotos también rompe pies», ¿recuerdas? —dijo Kiernan, citando una frase que le había dedicado un periódico, junto a una foto en la que estaba pisando a su pareja de baile.

—La prensa es muy dura contigo, Kiernan. Desde hace diez años, te llaman el príncipe *Playboy*.

El apodo se lo habían puesto cuando había tenido dieciocho años y había terminado de estudiar en un colegio de chicos. Había tenido un año de libertad antes de comenzar su entrenamiento militar y, por desgracia, se había comportado como un niño en una tienda de dulces...

Más tarde, a los veintitrés años, el príncipe Kiernan se había prometido a una de sus más antiguas y queridas amigas, Francine Lacourte. Ni siquiera Adrian conocía la verdadera razón de su ruptura ni por qué ella había desaparecido de la vida pública. Pero la prensa había dado por sentado que Kiernan había tenido la culpa.

Por otra parte, mientras la prensa adoraba el ánimo lúdico y divertido de Adrian, Kiernan era considerado como un príncipe demasiado serio y distante. Después de dos compromisos rotos con mujeres famosas, la gente pensaba que era un hombre frío y distante.

Kiernan sabía que tendría que llevar esa cruz para siempre y que sería considerado un rompecorazones incluso aunque se hiciera monje. Una idea que,

después de todo lo que había pasado, no le resultaba tan descabellada...

Sin embargo, el futuro del reino de Chatam descansaba sobre sus hombros. Kiernan era el sucesor inmediato de su madre, la reina Aleda. Esa clase de responsabilidad bastaba para que cualquier hombre renunciara a rendirse al amor.

Adrian era el cuarto en la línea de sucesión, una posición que, según Kiernan, era mucho más relajada.

—Deberían haber tirado a Tiffany Wells por un puente —comentó Adrian, refiriéndose a la segunda mujer con la que se había prometido su primo—. Se lo merecía. Te hizo creer que estaba embarazada. ¡Y tú ni siquiera hiciste pública la razón de vuestra ruptura! Claro, claro, ya sé que eres un hombre de honor...

—No estamos hablando de eso —protestó Kiernan, deseando dejar el tema—. Mira, Adrian, no creo que pueda bailar en tu lugar...

—Yo nunca te pido nada, Kiern.

Era cierto. Todo el mundo tenía súplicas, exigencias, peticiones para Kiernan. Adrian, no.

—Hazlo por mí —insistió Adrian—. Será bueno para ti. Aunque quedes como un tonto, la gente pensará que eres humano.

—¿No parezco humano?

Adrian ignoró su pregunta.

—Para variar, podrías ganarte a la prensa. Me duele mucho que siempre hablen de ti como si fueras un frío esnob.

—¿Frío? ¿Esnob? —dijo Kiernan, fingiendo estar ofendido.

Adrian volvió a hacerle caso omiso.

—Siempre y cuando puedas sobrevivir a la dragona que, por cierto, no soporta la falta de puntualidad. Y tú... —dijo Adrian y miró el reloj—. Llevas veintidós minutos de retraso. Está esperando en la sala de baile.

Lo más inteligente sería enviar a alguien a la sala de baile para que le informara a la dragona de que Adrian estaba herido, pensó Kiernan mientras salía de la enfermería.

Sin embargo, le venció su curiosidad por conocer a la mujer que había conseguido intimidar a Adrian. Porque, si él era famoso por su frialdad, el encanto de su primo era, también, legendario.

La prensa adoraba al príncipe Adrian. Era el príncipe azul, por contraposición a él, que hacía el papel de príncipe Rompecorazones. Todas las mujeres se rendían a los pies del príncipe Adrian.

Y Kiernan quería conocer a la excepción a la regla.

Por eso, decidió ir a la sala de baile en persona para presentarle a la dragona las excusas de su primo antes de despedirla.

Meredith miró el reloj.

—Llega tarde —murmuró ella para sus adentros. ¡No podía creerlo! ¡Era la segunda vez que el príncipe Adrian la hacía esperar!

Meredith se había sentido un poco intimidada por el joven príncipe durante los diez primeros segundos de su encuentro en la exclusiva escuela de baile que tenía en el centro de la ciudad.

Pero, enseguida, Meredith se había dado cuenta de que era un hombre muy amable... ¡y muy acostumbrado a hacer lo que le daba la gana, incluido llegar tarde! Ella estaba por encima de los encantos masculinos y Adrian no era una excepción.

Por eso, Meredith le había dejado muy claro cuáles eran las reglas y había estado segura de que él no volvería a retrasarse, sobre todo, cuando ella había aceptado reunirse en la sala de baile de palacio, para ponérselo más fácil al príncipe.

Sin embargo, estaba claro que se había equivocado, se dijo Meredith. Con los hombres, nunca aprendía...

Meredith miró a su alrededor en el lujoso salón e intentó no cohibirse ante tanta grandeza.

Inspiró los olores que le recordaban a su infancia. Su madre, una mujer soltera, había sido limpiadora y ella reconoció el fresco aroma a suelos recién fregados, a cera de la madera, a abrillantador de plata, a limpiacristales.

Su madre se hubiera sentido maravillada de verla en esa habitación, pensó Meredith. Siempre había soñado con que su hija llegaría a lo más alto.

Sin embargo, los sueños de su madre se habían hecho trizas cuando Meredith se había quedado embarazada a los dieciséis años.

El sol de la mañana inundaba el suelo de mármol a través de los enormes ventanales y se reflejaba en los cristales de las lámparas de araña.

Meredith volvió a mirar el reloj.

Había quedado hacía media hora con el príncipe Adrian. Él no asistiría, adivinó.

De todas maneras, con príncipe o sin él, bailarían en ese salón, se dijo a sí misma, mirando a su alrededor.

Lo haría por su programa benéfico *Nada de príncipes*, dirigido a enseñar baile moderno a chicas adolescentes de los barrios más pobres de la ciudad. A ella, el baile le había servido para seguir adelante, para no hundirse.

—No necesitas a un príncipe para bailar —dijo Meredith en voz alta. De hecho, ése había sido el eslogan de su programa de formación.

Meredith cerró los ojos. Imaginó la música. Hacía años, había tenido que renunciar a la escuela de ballet clásico por su maternidad. Sin embargo, con el tiempo, había averiguado que se sentía mucho más cómoda con un tipo de baile menos rígido, más espontáneo. Había creado una forma de danza propia, que combinaba diferentes estilos y le permitía transportarse a un lugar donde sus recuerdos no la asediaran.

Dejándose llevar por una música imaginaria, Meredith recorrió la sala dando vueltas, saltando, libre de toda inhibición.



De pronto, pensó que poder bailar en aquel gran salón de palacio sería como un homenaje a su madre.

Se quedó quieta, saboreando el recuerdo de su madre, imaginando que la abrazaba, que hacían las paces...

En ese momento, aún con los ojos cerrados, Meredith creyó oír una risa de bebé.

Se giró, al mismo tiempo que el silencio total de la sala se rompía por el aplauso de un par de manos.

—¿Cómo te atreves? —protestó ella, sintiéndose como si el príncipe Adrian la hubiera estado espionando en un momento íntimo. Pero, entonces, se dio cuenta de que no era Adrian.

Era el futuro rey.

El príncipe Rompecorazones.

El príncipe Kiernan de Chatam había estado en la sala de baile y se había quedado apoyado en la puerta. El brillo de diversión que lucía en sus ojos se desvaneció al instante ante la reprimenda de ella.

—¿Que cómo me atrevo? Disculpa, pero pensé que estaba en mi casa —repuso él, atónito.

—Lo siento, Alteza —balbuceó ella—. No lo esperaba. No pensaba que nadie pudiera estar viéndome.

Meredith se dio cuenta, al instante, de que las fotos de él publicadas en periódicos y revistas no le hacían justicia. Y comprendió por qué lo llamaban príncipe Rompecorazones.

No podía creer que existiera un hombre tan guapo. Eso, combinado con su estatus real, era un cóctel explosivo para romper corazones con una sola mirada, pensó ella.

El príncipe Kiernan era imponente. Era alto y fuerte, con el pelo moreno bien cortado y peinado y el rostro de una perfección exquisita y masculina.

Al parecer había estado montando a caballo, por sus ropas. Pero, a pesar de su atuendo informal, todo en él irradiaba poder y seguridad.

Era un hombre nacido para ser rey.

De pronto, Meredith dejó de sentirse como una famosa bailarina y una exitosa mujer de negocios y se sintió como la hija de la señora de la limpieza, educada para doblegarse ante los que eran «más que ella».

Al pensar en la desinhibida sensualidad de su pequeño baile privado, Meredith se sonrojó. Rezó porque le tragara la tierra en ese mismo instante.

Pero ella sabía mejor que nadie que rezar no servía de nada.

—Alteza real —saludó ella e hizo una reverencia sin ninguna gracia.

—No es posible que tú seas Meredith Whitmore —comentó el príncipe, perplejo.

—¿No?

Incluso su voz, melódica, masculina y profunda, era demasiado atractiva, tan sensual como una caricia, pensó ella.

Meredith deseó poder volver a ser la mujer segura de sí misma en que se había

convertido y dejar de comportarse como la pobre hija de una sirvienta.

—¿Por qué no puedo ser Meredith Whitmore? —preguntó ella, esforzándose por sonar llena de confianza, pero sin conseguirlo.

—Por lo que Adrian me contó, esperaba encontrarme... una versión femenina de Atila, el rey de los hunos.

—Qué halagador.

Una sonrisa fugaz atravesó el rostro de Kiernan.

Sin duda, era una sonrisa capaz de romper corazones, se dijo Meredith. ¡Pero ella ya no tenía corazón!, se recordó.

—Adrian me contó que eras una especie de... sargento.

Meredith adivinó que Adrian había sido todavía menos delicado. Al saber que los dos hombres habían estado hablando de ella en términos tan poco halagadores, deseó poder esfumarse sin dejar rastro.

—Estaba a punto de irme —dijo ella, intentando comportarse como si su tiempo fuera extremadamente valioso—. El príncipe Adrian llega tarde.

—Me temo que no va a venir. Me ha enviado para informarte de ello.

Meredith sintió un escalofrío de aprensión.

—¿Quiere decir que no va a venir hoy?

Pero, de alguna manera, ella conocía la respuesta.

Y era culpa suya. Había sido demasiado severa con él. Había sido demasiado mandona y exigente, se reprendió a sí misma.

«Una versión femenina de Atila, el rey de los hunos».

—Lo siento. Ha tenido un accidente.

—¿Grave? —preguntó Meredith, preocupada al imaginar que ese príncipe, tan inofensivo y dispuesto a agradar, estuviera herido.

—Se ha caído montando a caballo. Cuando le dejé, tenía la rodilla del tamaño de una pelota de baloncesto.

Meredith se encogió, pensando de inmediato el duro golpe que eso significaría para sus planes y para sus alumnas.

—Bueno, por terrible que eso sea, el espectáculo debe continuar —señaló ella, obligándose a no perder la compostura—. Estoy segura de que podemos reescribir la coreografía y hacerla sin él. Nos llamamos *Nada de príncipes* por algo.

—¿Nada de príncipes? ¿Así se llama tu compañía de baile?

—Es más que una compañía de baile.

—De acuerdo. Estoy intrigado —admitió él—. Cuéntame más.

Meredith observó, sorprendida, que el príncipe parecía interesado de verdad. A pesar de no querer mostrarse vulnerable delante de él, ella respiró hondo y decidió aprovechar la oportunidad de hablarle de su proyecto a alguien tan influyente.

—*Nada de príncipes* es una organización dirigida a chicas de los barrios más pobres de la ciudad de Chatam. Gran número de estas chicas, con sólo quince, dieciséis y diecisiete años, cuando todavía son unas niñas, están deseando dejar la

escuela y tener hijos, en vez de recibir una educación.

Era lo que le había pasado a ella en realidad, pero no era necesario desvelar ese detalle.

—Intentamos animarles a seguir aprendiendo, a obtener habilidades profesionales, a confiar en sí mismas y a ser autosuficientes. Esperamos poder influir en ellas para que no sientan que necesitan ser rescatadas por el primer chico que piensan que es un príncipe.

Michael Morgan había sido ese príncipe para ella. Había sido nuevo en el barrio, llegado de algún lugar lejano con un sensual acento australiano. Ella había sido una chica sin padre, vulnerable, deseando recibir atención masculina.

Y, gracias a él, no volvería a ser vulnerable de nuevo.

—¿Y dónde encajas tú en ese proyecto, mi bailarina gitana?

¿Su bailarina gitana? Algo dentro de Meredith se estremeció, pero no dejó que se notara. Habló con toda la profesionalidad de que fue capaz.

—Me temo que mucho trabajar y nada de jugar es mala combinación para cualquiera. Además de encargarme de todo el papeleo para *Nada de príncipes*, también me ocupó de la parte divertida. Enseño a las chicas a bailar.

—Al príncipe Adrian no le pareció divertido —dijo él.

—Puede que fuera un poco exigente con él —admitió ella.

El príncipe Kiernan rió y su risa iluminó la estancia. ¿Por qué en las fotos de las revistas siempre salía con expresión seria y sombría?, se preguntó ella.

Al escucharlo reír, Meredith no pudo evitar imaginárselo como el príncipe azul que toda mujer esperaba que la rescatara en su corcel blanco.

Ni siquiera una mujer como ella misma, amargada y decepcionada del amor, podía ser inmune a la sonrisa de Kiernan. Entonces, Meredith se forzó a mantener la cabeza fría y se recordó que, si le habían puesto el apodo de príncipe Rompecorazones, sería por algo.

Si no recordaba mal, además, antes de ponerle ese sobrenombre, la prensa lo había bautizado como príncipe Playboy. Sin duda, era un hombre peligroso, se dijo ella.

—Tiene mucho mérito que pudieras ser exigente con él —comentó Kiernan—. ¿Y cómo se ha metido Adrian en todo esto?

—Una de nuestras chicas, Erin Fisher, hizo una coreografía que expresa muy bien la idea del proyecto. Es una obra muy buena. Muestra cómo las chicas son recogidas de las esquinas, donde no hacen nada de provecho, más que coquetear con hombres, y se convierten en bailarinas profesionales, con ambiciones y un futuro por delante. La coreografía tiene una escena onírica en la que una chica baila con un príncipe —explicó Meredith—. Sin decirnos nada a ninguna, Erin envió su obra al palacio, con un vídeo de las chicas bailando y la sugerencia de añadirlo a la noche de gala benéfica de la Semana de la Primavera. También propuso que el príncipe Adrian representara la escena del sueño. Las chicas se entusiasmaron mucho cuando él

aceptó.

A Meredith se le cerró la garganta de emoción al recordar la hazaña de Erin. De todas las chicas, Erin era su favorita. Tenía mucho potencial, era una excelente bailarina y se parecía mucho a ella. También, era muy sensible y se desanimaba con facilidad.

—Siento la desilusión que se van a llevar —comentó el príncipe Kiernan, como si le hubiera leído el pensamiento.

El príncipe Kiernan era un hombre muy atractivo. Y su voz era tan sensual como una caricia de seda en la nuca. Era un príncipe de verdad, se dijo ella.

Pero Meredith representaba a *Nada de príncipes*. Su objetivo era enseñar a las jóvenes a no dejarse llevar, a no creer en los cuentos de hadas. Su misión era rescatar a chicas vulnerables, impidiendo que dieran sus vidas por una fantasía, como ella misma había hecho.

Pero nunca más volvería a ser vulnerable con un hombre, se recordó Meredith.

—Una pequeña desilusión ayuda a fortalecer el carácter —replicó ella, levantando la cabeza y cruzándose de brazos.

—Lo siento.

—No pasa nada —aseguró ella, forzándose a sonar firme—. Son cosas que escapan a nuestro control.

Entonces, al instante, Meredith recordó el suceso de su vida que más había escapado a su control.

Ella tragó saliva y parpadeó, obligándose a bloquear la memoria.

El príncipe la estaba observando con atención, como si pudiera ver dentro de ella.

—Adiós —dijo Meredith—. Gracias por venir en persona, Alteza. Se lo diré a las chicas. Lo arreglaremos de alguna manera. No pasa nada.

Meredith se dio cuenta de que su voz sonaba balbuceante y temblorosa. Pero no podía dejar de hablar.

—Las chicas lo superarán. De hecho, estamos acostumbradas a que nos decepcionen. Podemos reescribir la parte del príncipe Adrian. Cualquiera puede representar su papel. Adiós —repitió ella, esperando que él se fuera.

El recuerdo que había intentando bloquear, sin embargo, seguía allí, acosándola, y Meredith se sentía incapaz de contener las lágrimas por más tiempo.

Pero Kiernan no se movió. Probablemente, el protocolo dictaba que fueran los príncipes quienes despedían a las plebeyas y no al revés, se dijo ella.

Meredith se giró y comenzó a recoger el equipo de música que había llevado para preparar la clase con Adrian.

Esperó escuchar pasos alejándose o el ruido de la puerta abriéndose y cerrándose.

Sin embargo, a sus espaldas sólo había silencio.

## Capítulo 2

Meredith respiró hondo un par de veces. Se aseguró de haber mantenido a raya las lágrimas antes de girarse. El príncipe Kiernan seguía allí parado.

—Significaba mucho para ellas, ¿verdad? —preguntó él con suavidad—. Y, sobre todo, para ti.

Meredith se sorprendió porque él hubiera interpretado con tanta precisión lo que sentía. Pero, al menos, el príncipe no tenía ni idea de por qué sus emociones eran tan profundas.

Para ocultar sentimientos más hondos, Meredith respondió con el discurso al que siempre recurría cuando intentaba recaudar fondos para *Nada de príncipes*.

—Cuando un príncipe, un verdadero príncipe y una de las personas más populares de la isla, reconoció el valor de lo que hacían las chicas, fue increíble. Creo que les dio esperanzas de que sus sueños podían hacerse realidad. La esperanza es algo que se vende muy caro en barrios donde ellas viven. Y es algo muy peligroso también.

Meredith hizo una pausa y él se pasó una mano por el pelo.

—La esperanza no debería ser algo peligroso —observó él con suavidad—. En ningún barrio.

Ese hombre era capaz de hacer que cualquiera se derritiera, reconoció Meredith para sus adentros. Pero ella estaba vacunada contra los encantos masculinos. Había visto vidas, incluida la suya propia, arruinadas por un momento de tentación.

¡Y ese hombre era la viva imagen de la tentación!

Por otra parte, él era un príncipe y ella era la hija de una sirvienta. Había cosas que no debían mezclarse, se dijo. Ella procedía de una familia pobre. No era una virgen inocente. Y había conocido la tragedia hasta el punto de perder su habilidad para soñar, para tener fe.

En lo único que Meredith tenía fe era en sus chicas de *Nada de príncipes*. Y lo único que calmaba su dolor era bailar.

No, los cuentos de hadas no eran para ella.

Meredith sólo confiaba en sí misma. Nunca confiaría en un hombre y, menos, en un príncipe. Por eso había sido tan inmune a los encantos del príncipe Adrian.

—Yo lo haré —afirmó Kiernan con firme resignación, como si se estuviera ofreciendo voluntario para ir a la horca—. Ocuparé el lugar del príncipe Adrian.

Meredith se quedó con la boca abierta. Luego, la cerró. La oferta del príncipe, nacía sólo de su sentido de la obligación. Y sus recuerdos se dispararon de nuevo.

«Claro que me casaré contigo», habían sido las palabras que Michael le había dicho cuando ella le había contado que estaba embarazada. Pero había sido mentira.

Sin embargo, Meredith tuvo la sensación de que el príncipe Kiernan no era de los que huían de sus compromisos. De todos modos, no podía aceptar su oferta.

Enseñarle al príncipe Adrian los pasos de la escena del sueño habría sido llevadero. Algo así como hacer de maestra de un hermano menor y revoltoso.

Pero el hombre que tenía delante era diferente.

El príncipe Kiernan, príncipe Rompecorazones, era una de las cosas más peligrosas del mundo.

—No es buena idea. Gracias, pero no —dijo ella.

Él se mostró sorprendido, sin entender cómo alguien podía rechazar una oferta tan generosa. Y, al instante, la miró como si estuviera molesto.

—No tienes ni idea de cuánto trabajo hace falta —intentó justificarse Meredith—. El príncipe Adrian se comprometió a varias horas de ensayo al día. Sólo queda una semana para la gran gala. No creo que podamos ponerte al día en ese tiempo, de veras —añadió—. Gracias, pero no.

El príncipe se acercó a ella. De cerca, parecía todavía más alto. Y su aroma era como una droga. Aunque no tan seductora como el azul de sus ojos. Su mirada la envolvió en un hechizo de sensualidad.

—¿Tengo el aspecto de ser un vago? —preguntó él en tono retador.

¿La verdad? Él no tenía ni idea de lo que era el trabajo, pensó Meredith. El príncipe no sabía que para pulir esos suelos, para limpiar las ventanas y para sacar brillo a esas lámparas hacía falta un equipo de personas trabajando durante horas.

Pero Meredith no dijo nada porque, cuando lo miró a la cara, vio en sus ojos una energía y una determinación implacables.

Entonces, ella comprendió lo que le proponía. Kiernan se ofrecía para salvar los sueños de todas sus chicas. Y, a pesar de que ella no quería tener que lidiar con su fuerte atractivo a diario, ¿cómo podía rechazar su ofrecimiento?

Desde que el príncipe Adrian había aceptado bailar en la obra que ella había escrito, Erin se había llenado de autoconfianza. Sus notas en el instituto habían empezado a destacar. Incluso le había mencionado a Meredith que quería ser médico.

Meredith no podía dejar en la estacada a sus chicas sólo porque ella se sintiera vulnerable.

—Gracias, Alteza —dijo ella con tono formal—. ¿Cuándo podremos empezar?

El príncipe Kiernan había saltado en paracaídas, había participado en maniobras militares, había pilotado un helicóptero.

Había navegado solo en aguas peligrosas, había remado en kayak entre las olas.

Lo cierto era que su vida no había estado vacía de excitación y que se había enfrentado al peligro a menudo.

Lo que no se esperaba era sentir tanto miedo ante la perspectiva de tener que bailar.

Y lo que más le sorprendía era que había aceptado hacerlo dejándose llevar por un impulso. Según recordaba, él sólo había ido allí con el objetivo de conocer a Corazón de Dragón, a presentarle las excusas del príncipe Adrian y despedirla.

Él nunca había sido un hombre impulsivo. Ni estaba acostumbrado a cambiar de

plan. Era un lujo que no podía permitirse.

El verano en que había tenido dieciocho años, sus días de energía desmedida y descontrol le habían enseñado que la espontaneidad tenía un precio.

En el ejército, había aprendido a redirigir su energía y a sustituir la impulsividad por disciplina.

Había aprendido, también, que su vida no le pertenecía. Todas sus decisiones debían ser sopesadas pensando no en su propio bienestar, sino en el bien de su pequeña nación. Había poco espacio para la espontaneidad en un mundo cuidadosamente estructurado y planeado. Su agenda de obligaciones y compromisos reales, a veces, estaba organizada con años de antelación.

Consciente de que siempre estaba siendo juzgado y observado, Kiernan se había convertido en un hombre calmado y frío. En sus apariciones en público, siempre se mostraba circunspecto. A diferencia de su primo, él no podía permitirse demostrar sus sentimientos. A diferencia de Adrian, él no podía llegar tarde, ponerle motes a la gente, ni olvidar sus citas.

Kiernan era correcto en toda la rigidez de la palabra. Y su actitud no despertaba calidez en los demás, pero sí confianza. La gente sabía que podían confiar en él como rey. Incluso después de lo de Francine y los rumores que había despertado, su pueblo había seguido confiando en él, dándole el beneficio de la duda.

Sin embargo, su relación con Tiffany Wells, en la que Kiernan reconocía haber perdido el control de la situación, había dañado mucho su imagen. Su reputación había pasado de ser la de un hombre frío y distante a la de un caradura sin corazón.

No volvería a perder el control nunca más, se dijo él.

Por otra parte, bailar en una gala benéfica podía ser una manera de mejorar su imagen pública, pensó. Su ruptura con Tiffany había sido hacía un año. Tal vez, era hora de que la gente viera que era capaz de relajarse, divertirse y mostrar su cara más humana.

¿Era ésa la razón por la que se había ofrecido a hacerlo?, se preguntó él.

No.

¿Había sido por las chicas, porque se había dejado conmovir por los objetivos de *Nada de príncipes*? Kiernan sentía simpatía por esas jóvenes de procedencia humilde que buscaban el reconocimiento de alguien importante. Y apoyaba su causa.

¿Pero había sido ésa la razón por la que había aceptado bailar, comprometiéndose con algo que requeriría de él mucho más esfuerzo que firmar un cheque o dar un discurso?

No.

Entonces, ¿había sido por ella? ¿Era Meredith Whitmore la razón por la que había acordado hacer algo que tanto le incomodaba?

Kiernan pensó en ella. Tenía unos ojos preciosos color avellana, labios jugosos, unas cuantas pecas y un cabello castaño rizado que rogaba ser acariciado.

Su cuerpo, además, era esbelto, de bailarina. No podía negar que era una mujer

muy atractiva.

Y bella. Sin duda. Sin embargo, Kiernan sentía cierta aprensión por la belleza, sobre todo después de su experiencia con Tiffany. A veces, una cara de ángel podía esconder un corazón traidor.

Meredith Whitmore no parecía capaz de traicionar a nadie, pero había algo en ella que él no comprendía. Era una mujer joven, pero sus ojos parecían fríos, tristes, desconfiados.

Lo cierto era que Kiernan no había aceptado sólo porque le daría buena imagen, ni porque fuera una buena causa, ni por la belleza y el misterio que envolvía a Meredith Whitmore. Ni siquiera había sido por cómo ella había reaccionado a la noticia ni por cómo había intentado ocultarle su decepción.

No, se dijo Kiernan frunciendo el ceño. La verdadera razón se ocultaba en lo que había sentido cuando la había visto bailar, sin que ella lo supiera.

Pero no sabía precisar ni explicarse su motivación. Y eso le molestaba en gran medida.

Intentando dejar atrás sus elucubraciones, Kiernan respiró hondo y abrió la puerta del salón de baile.

Esperó encontrarla bailando, como el día anterior, y tal vez así descubrir la respuesta que buscaba. Pero Meredith no era la clase de mujer que se dejaba sorprender dos veces seguidas.

Ella estaba preparando el equipo de música en la otra esquina del gran salón. Al verlo, se enderezó.

—Señorita Whitmore —saludó él.

Meredith llevaba unas mallas de un horrible color púrpura, calentadores y una cinta en la cabeza. No tenía ni una gota de maquillaje en el rostro. Y llevaba una camiseta enorme color verde pistacho con el logo *No besamos ranas*.

Kiernan estaba acostumbrado a que la gente intentara impresionarlo, pero estaba claro que Meredith se había vestido pensando sólo en su comodidad y en el trabajo que tenía por delante. Él no supo si sentirse complacido o molesto porque ella no se hubiera tomado ningún esfuerzo en resultar atractiva.

¡Y no supo si sentirse complacido o molesto porque estuviera atractiva de todas maneras!

—Príncipe Kiernan —saludó ella con tono frío—. Gracias por hacer un hueco en su agenda.

—He hecho todo lo que he podido. Aunque igual tengo que responder alguna llamada ocasional.

—Lo comprendo. Gracias por ser puntual.

—Siempre soy puntual —repuso él, comprendiendo por qué Adrian se había sentido intimidado. Nada de formalismos, ni de superficialidades. Algo en su tono de voz le recordaba a su viejo tutor de palacio. ¡Sin duda le sentaba bien el mote de Corazón de Dragón!



—Estupendo —dijo ella y se cruzó de brazos. Dio un paso atrás para observarlo. Frunció el ceño con desaprobación.

Kiernan se sintió fuera de lugar. Como si hubiera asistido a unas maniobras militares con el traje de gala real.

—¿Es necesario que use esos pantalones? —preguntó ella—. Le he traído unas mallas, por si acaso.

¿Mallas?, se dijo él, arrepintiéndose de haberse comprometido a bailar.

—Estoy seguro de que con lo que llevo puesto bastará —repuso él con rigidez, dejando claro en su tono de voz que un príncipe no discutía sobre sus pantalones con una plebeya.

Tras un momento en que no pareció muy convencida, Meredith se encogió de hombros y encendió un ordenador portátil.

—He traído un vídeo que quiero que vea, si no le importa, Alteza.

Kiernan se acercó a ella y un aroma a limón lo envolvió. La luz de las lámparas brilló en el pelo de ella, haciendo que sus rizos parecieran de fuego.

—Ha tenido doce millones de visitas —comentó él, mirando la página de Internet que ella había abierto.

Eran imágenes de una boda. Una multitud de invitados rodeaba un espacio en el centro, donde estaban el novio y la novia.

—Ahora, el primer baile —anunció una voz en el vídeo.

El novio le dio una mano a la novia y colocó la otra sobre su cintura.

—Es el vals nupcial —explicó Meredith—. Un baile tradicional de tres pasos.

El novio comenzó a girar con torpeza con su pareja por la pista de baile.

Kiernan se sintió aliviado. Ese hombre bailaba como él.

—No hace falta que me enseñes nada. Eso ya lo sé hacer —comentó él y se miró el reloj—. Igual todavía tengo tiempo de montar a caballo antes de comer.

—Ya he perdido un príncipe por culpa de los caballos —replicó ella, sin apartar la vista de la pantalla—. Nada de montar hasta que no pase el día de la gala.

Kiernan se quedó atónito y fijó la mirada en Meredith Whitmore. Ella pareció no darse cuenta.

Esa mujer daba órdenes con una naturalidad increíble, pensó él. Bueno, lo cierto era que Adrian ya se lo había advertido.

—Disculpa, pero no he aceptado hacer esto para que dirijas mi...

Meredith lo hizo callar como si fuera un muchacho.

—Shh. Esta parte es importante.

Kiernan estaba tan perplejo que tuvo ganas de reír. Nunca nadie le había hablado así. Era una mujer muy mandona, se dijo, mirándola. Y lo peor era que estaba guapa cuando mandaba.

Sin embargo, él no estaba dispuesto a dejarse controlar. Alargó la mano y apretó el botón de pausa del monitor.

Fue Meredith quien se quedó perpleja entonces y posó en él toda su atención.

—Te voy a dedicar dos horas al día para practicar, tiempo que apenas puedo permitirme —dijo él—. No vas a decirme lo que puedo y no puedo hacer con el resto de mi tiempo. ¿Está claro?

Pero Meredith Whitmore no se mostró impresionada, ni acobardada. Al contrario, parecía furiosa.

—Yo también he buscado un hueco para ti —replicó ella, ofendida—. No pienso invertir más tiempo para que termines lesionado tú también. ¡Andamos muy mal de tiempo y es por culpa del accidente a caballo del príncipe Adrian!

Kiernan la observó de cerca. En sus ojos, creyó percibir algo más.

—Los caballos te dan un miedo de muerte —adivinó él con suavidad.

Meredith miró al príncipe a los ojos. Ella no temía a los caballos, pero sí tenía un miedo de muerte a los caprichos de la vida, a las cosas que escapaban a su control. Pero era más fácil dejar que él creyera que había acertado.

—Claro que me dan miedo los caballos. No son algo común en las calles de Wentworth. La única vez que he visto uno fue cuando una enorme bestia se desbocó en medio de un desfile en la Semana de la Primavera y pisoteó a dos espectadores.

—¿Eres de Wentworth? —preguntó él, sin dejar de observarla con atención.

—Sí —afirmó ella y levantó la cabeza.

Entonces, sintiendo que le había revelado demasiadas cosas de sí misma, Meredith bajó la mirada y volvió a poner en marcha el vídeo.

En la pantalla, el novio miraba a la novia a los ojos y su expresión cambiaba, llena de ternura, como si estuviera transformándose de muchacho en hombre.

—Si te fijas —señaló ella, intentando centrarse en el trabajo—, la música está cambiando y los pasos también. Se parece más a la salsa, un baile original de Cuba que tiene también raíces africanas.

Los movimientos del novio se volvieron más sensuales y posesivos, mientras guiaba a la novia por la pista.

—Aquí viene otro cambio —indicó ella—. Ahora el ritmo es más cercano al *hip hop*.

Entonces, el novio soltó la mano de su pareja y comenzó a bailar solo delante de ella. Sus pasos contaban una historia de amor, llena de pasión, fuerza, devoción... los pasos de un hombre que ganaba seguridad en sí mismo a cada segundo.

—Esta clase de movimientos requieren un torso fuerte, además de flexibilidad y equilibrio —comentó ella—. Es una clase de baile que tiene mucho de deporte. Es necesario estar en forma.

Meredith miró al príncipe de reojo. Sin duda, él tenía un torso fuerte y estaba en forma.

El bailarín del vídeo se sujetó de cabeza sobre una mano, se puso en pie de un salto, se quitó la chaqueta y se aflojó la corbata.

—Si se quita algo más, me voy —dijo Kiernan.

Meredith lo miró. ¿Acaso el príncipe Playboy era en realidad un puritano?

Los dos observaron cómo el novio movía pies, brazos y caderas con una impecable coordinación y sensualidad. La multitud aplaudía emocionada.

Con las últimas notas musicales, el novio corrió hacia la novia, se echó de rodillas a sus pies, la rodeó la cintura con los brazos y la miró como si fuera su tesoro más preciado. Una mirada capaz de hacer que cualquiera se derritiera.

El baile había sido tan íntimo y conmovedor que, cuando terminó, Meredith apenas se atrevió a mirar a Kiernan, sintiéndose como si acabaran de presenciar un acto privado entre un hombre y una mujer.

Pero no era más que teatro, se recordó ella.

—¿Qué le parece?

—Me parece que me he sentido muy incómodo viendo eso.

Vaya, él también había captado la sensualidad y lo íntimo del baile, se dijo ella.

—Creo que va a tener que superar su puritanismo —comentó ella con tono de superioridad.

En ese momento, él posó la mirada en los labios de ella y Meredith tuvo la certeza de que el príncipe era de todo menos puritano.

El aire vibró entre ellos, pero Meredith se negó a mostrarse intimidada. Se puso en jarras y lo observó como si fuera un interesante espécimen que hubiera que analizar al microscopio.

—¿Ha captado el romanticismo del baile? —preguntó ella—. El novio representaba con sus pasos la esperanza, el amor, su entrega total a la novia.

—¿Aunque para eso tenga que quedar como un tonto delante de tanta gente?

—¡No queda como un tonto! Parecía loco de amor. ¡Toda mujer sueña con que su novio la mire de esa manera!

—¿Ah, sí? —preguntó él, mirándola a los ojos—. ¿Tú también?

¿Ella también?, se preguntó Meredith. ¿Quedaría en su corazón todavía algo de debilidad, la necesidad desesperada de creer en el amor?

—Yo no creo en el amor —repuso ella, sin estar segura de a quién quería convencer. ¿Al príncipe o a ella misma?

—¿De veras?

—¡Sí! —exclamó ella y, sin darle tiempo a preguntar por qué, continuó—: La verdad es que yo soy una excepción a la regla. A la gente le gusta el romanticismo. El amor es el motor esencial de cualquier representación de danza. Da la esperanza de un final feliz.

—Algo que no siempre se hace realidad —puntualizó él con amargura.

En ese instante, Meredith sintió compasión por él.

Durante una fracción de segundo, los ojos del príncipe se llenaron de un dolor que a ella le resultaba demasiado familiar.

—Lo que quiero decir es que, si puede bailar de forma un poco parecida,

conseguirá meterse a todo el mundo en el bolsillo —continuó ella con tono suave—. ¿Qué opina?

—No pienso bailar de forma parecida a eso. Ni siquiera para meterme a la gente en el bolsillo.

—Bueno, claro, no tiene por qué ser igual, pero ese vídeo recoge la esencia de lo que queremos hacer con la escena del baile del príncipe.

—Es demasiado íntimo —protestó él.

—Es la escena de un sueño, Alteza. Bailar es muy parecido a actuar.

—¿Podríamos actuar algo menos íntimo?

—Supongo que sí. ¿Pero qué gracia tendría eso? Además, sería una sorpresa para todo el mundo. Tiene la reputación de ser... un poco rígido. Esto cambiaría su fama del todo.

—¿Rígido? ¿Es que vas a decirme que, además de puritano, soy rígido?

Kiernan la miró con intensidad y sus ojos fueron un libro abierto. Meredith leyó en ellos su deseo de tomarla entre sus brazos y demostrarle si era rígido y puritano o no.

Cuando él se metió las manos en los bolsillos, ella no supo si sentirse aliviada o decepcionada.

—Modificaremos la escena para que se sienta cómodo con ella —dijo Meredith—. Veamos ahora qué sabe hacer.

Ella se giró para poner la música, aprovechando el momento para recuperar toda su profesionalidad y distancia. Hizo sonar el vals nupcial, se enderezó y le tendió la mano.

—¿Alteza?

Era el momento de la verdad, se dijo Meredith, con la sensación de que, si él aceptaba su invitación al baile, todo su mundo iba a cambiar.

Kiernan titubeó un momento.

—¿Alteza?

Kiernan le dio la mano.

Y Meredith sintió que una corriente eléctrica le recorría todo el cuerpo.

## Capítulo 3

—Podríamos empezar así —dijo Meredith—. Con un vals sencillo de tres pasos, igual que el del vídeo.

El príncipe Kiernan siguió moviéndose, intentando no pensar en lo bien que encajaba la mano de ella en la suya, ni en la suave curva de su cintura.

¡También le costaba gran esfuerzo no mirarle los labios! La tentación de demostrar a la señorita Meredith Whitmore que no era ni rígido ni puritano era muy fuerte. Y los labios de ella parecían demasiado apetitosos.

—Hmm —dijo ella—. No está tan mal. Es obvio que sabe bailar el vals de tres pasos. Lo que pasa es que no tiene... ¿Cómo lo diría? ¡Fluidez! Tal vez eso mismo es lo que necesitamos para el comienzo del número. Sería genial empezar con cierta torpeza, como si fuera una armadura que lo protege e impide que se sienta incómodo ante la proximidad física.

¿Estaba ella hablando de la maldita actuación o de lo que él sentía por dentro?, se preguntó Kiernan.

—Pero, ahora, atento al momento de transición —indicó ella, ladeando la cabeza—. Quizá podría relajarse un poco con el cambio de ritmo. Podemos intentarlo.

Aunque lo que quería era decir que había cambiado de opinión y que ya no quería hacer el baile, Kiernan relajó un poco los hombros y tomó la mano de ella con más suavidad.

—Príncipe Kiernan, esto no es una marcha militar.

¡Cielos! Él lo intentó de nuevo. Respiró hondo un par de veces.

—No, mucho peor. Puedo sentir la tensión de su mano. Piense en algo que le guste hacer, que le haga sentir relajado. ¿Qué podría ser?

—¿Leer un libro?

Ella suspiró y pensó que, tal vez, él era un caso perdido.

—Piense en algo más físico que le guste hacer.

Kiernan no pudo pensar en nada. Todo lo que se le ocurría requería control y atención y no era relajante.

—¿Montar en bici? —sugirió ella con entusiasmo—. Sí, imagínese eso, que monta en bici por un camino tranquilo en el campo, con vacas pastando en verdes praderas a los lados y la merienda lista en la cesta.

A Kiernan comenzó a sudarle la mano de tanto esforzarse en relajarse.

—Nunca ha llevado la merienda en la cesta de la bici, ¿verdad?

—No, la verdad. Me relaja montar a caballo. Pero a ti no te gustan los caballos.

—Si no fuera por los caballos, Alteza, no tendría que estar haciendo esto —señaló ella con un poco de mal humor.

A Kiernan le recorrió un pequeño escalofrío ante su tono insolente.

Pero eso Adrian ya se lo había advertido. Lo que no le había avisado era que iba a resultarle refrescante el que alguien le hiciera saber su opinión con tanta honestidad y

le hablara de igual a igual, sin agachar la cabeza.

—En las fotos en que aparece montando a caballo, los animales dan mucho miedo... con los ojos desorbitados y babeando —dijo ella y se estremeció.

—No te dejes engañar por las fotos de las revistas —replicó él—. A la prensa le gusta retratarme en mis peores momentos. Los ayuda a recrear la imagen de villano que me han asignado.

De pronto, los dos rieron juntos.

—¿De veras que nunca ha montado en bici?

—Sí he montado, pero no es mi pasatiempo favorito. Cuando a los demás niños les regalaban su primera bici, a mí me regalaron mi primer caballo. ¿Me he perdido algo extraordinario?

—Extraordinario, no. Se ha perdido algo normal. Sentir el viento en el pelo, la excitación de bajar una gran cuesta, pasar por encima de los charcos... No puedo imaginar que alguien no haya disfrutado de esos placeres campestres.

—¿Sientes lástima por mí porque no he montado en bici por el campo?

—No he dicho que sintiera lástima.

—Por el tono de tu voz, me lo pareció.

—De acuerdo —admitió ella—. Siento un poco de lástima.

—Pues no lo hagas —le espetó él—. Nunca nadie ha sentido lástima por mí y no quiero que haya una primera vez. Ocupo un lugar de gran privilegio y poder. No soy un hombre que inspire compasión. Ni lo deseo.

—No hace falta que se ofenda. Es que me pareció triste. Es probable que tampoco se haya metido descalzo en un charco de barro. Quizá, nunca haya salido con los amigos a tomar algo y jugar a los dardos. Ni haya experimentado la emoción de ahorrar dinero durante toda la semana para poder comprarse un helado de tres bolas con chocolate fundido por encima.

—No entiendo lo que quieres decir.

—¡No es de extrañar que no sepa bailar, Alteza! Se ha perdido casi todas las cosas importantes de la vida.

Hubo un silencio.

—No sabía que mi vida hubiera sido tan vacía.

—Alguien debía decírselo —repuso ella, encogiéndose de hombros.

Entonces, Kiernan rió. Y ella, también. Al fin, había conseguido relajarse un poco. Y, al mismo tiempo, las defensas de ambos habían comenzado a debilitarse.

—Bueno, imagínate ir a montar en bici seguido de un pelotón de guardas de seguridad y periodistas saltando delante de ti para tomar la foto perfecta. ¿Te resulta agradable y bucólico?

—No tanto —admitió ella—. Es una vida difícil, ¿no es así?

—Mi vida no es difícil —repuso él—. Al contrario. Todo el mundo me envidia.

—No es eso lo que he preguntado —señaló ella en voz baja—. Me pregunto por el precio que tiene que pagar. Como no saber si la gente lo quiere por usted mismo o

por su título real.

Durante un instante, Kiernan se sintió como si Meredith hubiera invadido su espacio privado. Le molestaba que ella pudiera ver con tanta claridad en su interior.

Él estaba solo y ella lo sabía. Esa mujer parecía capaz de ver lo que otros no habían podido.

—¿Qué te parece pescar en un arroyo tranquilo? Eso me parece relajante — sugirió él, intentando cambiar de tema cuanto antes.

—Perfecto —repuso ella mientras seguían bailando—. Yo he pescado una vez. En un estanque.

—¿De veras?

Kiernan se acercó más, apretándola contra su cuerpo. Un tipo de tensión muy diferente vibró entre ellos. Hasta que él la pisó.

Ella lo soltó, dio un paso atrás y lo observó un instante.

—Va a ser todo un reto enseñarle a bailar, Alteza.

—Eso me temo.

—Pues a mí me gustan los retos.

—Eso me temo también —repuso él con total sinceridad.

Meredith se obligó a centrarse. Debía hacer su trabajo, se dijo.

—Bien, empecemos de nuevo —indicó ella, se acercó y le tendió la mano.

Él se la tomó.

—Respire hondo, deslice el pie hacia delante, hacia atrás, uno, dos, uno, dos... ¡He dicho deslizar, Alteza, no moverse como un ganso! Míreme a los ojos, no a los pies. ¡Ay!

—Eso no habría pasado si me hubiera mirado los pies —le espetó él.

—Son gajes del oficio. No se preocupe por mis pies. Ni por los suyos. Míreme a los ojos. ¡Así no! Me mira como si estuviera mirando algo desagradable que se le ha pegado a la suela del zapato.

Él hizo una mueca.

—Ahora me mira como un niño maleducado.

Kiernan intentó poner gesto neutro.

—Ahora parece aburrido, como si estuviera escuchando un discurso interminable.

—¡No estoy aburrido!

—Alteza —dijo ella, suspirando.

—¿Sí?

—Finja que me ama.

—Oh, oh —murmuró él.

—Ay —protestó ella cuando volvió a pisarla. No era de extrañar, reconoció. ¿En qué había estado pensando para pedirle que fingiera que la amaba?, se reprendió a sí misma. ¡Como si la tensión que vibraba entre ambos no fuera lo bastante fuerte!

Por suerte, el príncipe no estaba dotado para fingir. La miró con intensidad, como si estuviera sufriendo delante del torno de un dentista. Ella tuvo ganas de llorar. Pero

no de alegría, sino de desesperación.

Era la primera vez que Meredith dudaba ser capaz de enseñar a bailar a alguien. Aunque la verdad era que, hasta entonces, todo el mundo que había ido a su escuela había tenido el deseo de aprender.

También, tenía que reconocer que nunca antes se había sentido tan intimidada.

Y no sólo porque estuviera con el príncipe Kiernan.

Él era el más masculino de los hombres. Exudaba una energía poderosa que hacía que se sintiera tan femenina... Ella tenía que hacer un gran esfuerzo para ocultar la atracción que sentía. ¡Y en dos ocasiones, lo había sorprendido mirándola los labios con suficiente intensidad como para derretir el Polo Norte!

Por desgracia, lo que Meredith debía hacer era explorar toda esa energía masculina, dar rienda suelta a la innegable química que había entre ambos para trasladarlo al baile. Si podía conseguirlo, estaba segura de que el público caería rendido a sus pies.

Pero Kiernan parecía decidido por completo a mantener el control y no perder la compostura en ningún momento.

—Creo que es suficiente por hoy —señaló ella, tras media hora más de intentar que él se relajara con el vals.

Kiernan la soltó sin ocultar su alivio.

—Mañana a la misma hora —dijo ella y empezó a guardar su equipo—. Trabajaremos en la siguiente parte. Puede que le guste. Algunos movimientos son muy atléticos.

Él no se mostró muy entusiasmado. Y, a la mañana siguiente, ella tampoco lo estaba.

—¡Alteza! ¡Tiene que mover las caderas! Un poco nada más. ¡Por favor!

—¡Estoy moviéndolas!

—No, así, no —dijo ella y suspiró—. Tiene que hacerlo así —indicó y se lo demostró, exagerando los movimientos—. Ahora, usted. Inténtelo. Quiero ver cómo balancea las caderas.

—Ya está bien —dijo él, cruzándose de brazos—. He tenido suficiente.

—Pero...

—No. No quiero escuchar ni una palabra más, señorita Whitmore.

Su tono de voz dejaba claro quién mandaba allí.

—Sólo quiero decir que, aunque su porte es excelente para el ejército y para un príncipe, ¡es un desastre para bailar!

—He dicho que ni una palabra más. ¿Es que no lo has entendido? —le advirtió él—. Necesito un descanso. Y tú, también.

Kiernan se giró, sacó el móvil e hizo una llamada.

Ella se quedó mirando sus anchas espaldas, furiosa y, al mismo tiempo, temerosa de interrumpirle.

Cuando Kiernan terminó la llamada, tenía el rostro de alguien preparado para



dirigir una nación entera.

—Ven conmigo —ordenó él.

No debía hacerlo, se dijo Meredith. No tenían tiempo que perder. Sólo tenía unos pocos días para enseñarle a bailar.

Por otra parte, sin embargo, Meredith se sintió aliviada porque él parecía necesitar un descanso del baile, no de ella.

Meredith lo siguió por los lujosos pasillos de palacio. Quiso rebelarse. ¿Pero qué sentido tenía? Las cosas ya iban bastante mal. Sin duda, no podían ir peor.

No se habían reído juntos ni siquiera una vez esa mañana. Todo había sido demasiado rígido y él no había bajado la guardia ni un momento, a excepción del instante en que la había mirado, como si hubiera estado a punto de devorarla, cuando ella le había hecho una demostración de cómo mover las caderas.

El príncipe la guió a través de unas puertas de cristal a un patio y ella suspiró, maravillada.

Era un jardín exquisito rodeado por muros de piedra con enredaderas. Había una fuente en la que el agua salía de la cabeza de un león. Las mariposas revoloteaban alrededor de las primeras flores de la primavera y el aire estaba impregnado de olor a lilas.

Había una pequeña mesa de hierro forjado con un mantel de lino, puesta para té para dos. Una mesita adyacente contenía un recipiente de cristal lleno de limonada con hielo y una bandeja de tres pisos con los más delicados pastelitos.

—¿Lo ha pedido usted? —preguntó ella, atónita.

De pequeña, había jugado miles de veces a invitar a té a su osito de peluche.

¡En esa ocasión, sin embargo, su acompañante no parecía tan comprensivo ni inofensivo!

—Siéntate —ordenó él.

Embelesada por el precioso entorno, Meredith no tuvo fuerzas para protestar. Obedeció. Él también se sentó y sirvió limonada para los dos.

—Come un pastel.

Meredith quiso negarse, por orgullo, pero no pudo evitar mirar los apetitosos dulces con gula, imaginando el sabor de cada uno de ellos. En sus juegos de la infancia, siempre había tenido que fingir que las galletas con mantequilla habían sido pasteles. Eligió un hojaldre con crema y se tomó unos instantes para observarlo, apreciando lo artesanal de su preparación.

Mordió despacio, intentando ocultar lo impresionada que estaba.

—Ahora, hablaremos del movimiento de caderas —dijo él tras un silencio.

El pastelito de crema debía de haber socavado sus defensas por completo, porque Meredith no dijo nada en absoluto. No habló a favor del movimiento de caderas. Lo único que hizo fue lamer un poco de crema que estaba a punto de salirse del hojaldre con polvo de azúcar.

Por un momento, Kiernan se quedó embobado. Parpadeó y apartó la mirada.

—No pienso menear las caderas —afirmó él con determinación—. Ni hoy, ni mañana, ni nunca.

Su comentario perdió fuerza en el momento en que miró a Meredith y la sorprendió sacando la punta de la lengua para limpiarse un poco de crema de los labios.

—Creo que esto es lo mejor que he probado nunca —dijo ella con reverencia—. Disculpe, ¿qué estaba diciendo?

—No me acuerdo —repuso él, pasándole la bandeja de pasteles de nuevo.

Meredith sabía que una mujer más sofisticada se contentaría con haber probado el hojaldre de crema, pero la niña que había en ella se rebeló ante tal posibilidad.

Así que eligió un pequeño pastelito con escamas de chocolate. Sin duda, él le estaba ofreciendo a propósito todas aquellas delicias para sobornarla.

—Era algo sobre el movimiento de caderas —señaló ella. El pastelito era tan frágil que parecía a punto de desintegrarse entre sus dedos. Lo mordió por la mitad, cerró los ojos y contuvo un gemido de placer.

—¿Ah, sí? —dijo él con voz de hombre atormentado.

—Creo que sí —contestó ella y lamió el borde del pastel y un poco de chocolate que se le había derretido en el dedo—. Está riquísimo. Tiene que probar uno igual.

Kiernan tomó otro pastel de chocolate y se lo metió en la boca sin miramientos. Parecía desconcertado.

—¿Tienen droga dentro? Son adictivos.

—Yo estaba empezando a preguntarme lo mismo —admitió él—, porque no consigo centrarme en...

—El movimiento de caderas —terminó de decir ella, sin quitarle los ojos de encima a la bandeja—. No se preocupe. No es tan importante como yo pensaba. Lo cambiaremos por algo que le guste hacer.

Kiernan sonrió.

—Te gusta el dulce, ¿verdad?

—Sí —afirmó Meredith, embelesada—. Olvidemos el movimiento de caderas, entonces. Habría sido divertido, de eso no cabe duda. El público se habría vuelto loco. Pero no va con usted, es verdad.

—¿Por qué no pruebas ése? —propuso él.

Sin duda, el príncipe quería recompensarla por haber cedido, pensó ella. No debería dejarse sobornar, pero...

—¿Cuál?

—El que estás mirando.

—No podría —dijo ella con la boca pequeña.

—Sería una lástima que no lo hicieras.

—En ese caso... —replicó ella y tomó de la bandeja una cereza bañada en chocolate—. ¿Siempre toma el té con estos pasteles?

—No.

—Qué pena.

En el hermoso jardín, resonó el ruido de pezuñas en el empedrado.

—Ah —dijo él con excitación—. Ahí está mi caballo. Por favor, quédate y disfruta del jardín todo lo que quieras. Mañana nos vemos.

No era ni una pregunta ni una sugerencia, sino un mandato real, observó Meredith. Él se había cansado de bailar por el momento y no le importaba lo que ella pensara.

El príncipe se levantó, caminó hasta una gran puerta doble de madera, la abrió y salió.

«Haz algo», se ordenó Meredith. Y lo hizo. Se metió una tartaleta de mantequilla entera en la boca. Luego, se levantó de la silla y salió por la misma puerta que él había salido. Tenía que hacerle saber que el tiempo era esencial. Si se iba a montar a caballo, tendría que trabajar más al día siguiente. No podía dejar que el príncipe creyera que podía salirse con la suya sólo a cambio de unos pastelitos.

Meredith se encontró en el patio principal del castillo. Se quedó allí un momento, impresionada por la opulencia de sus alrededores.

Una fuente en el centro lanzaba agua sobre una estatua de bronce a tamaño natural del abuelo de Kiernan montando a caballo. Todo estaba rodeado de jardines y árboles exóticos llenos de flores.

A lo lejos, se veían las granjas, los campos verdes y los pastos salpicados de vacas y ovejas. Y, más lejos, brillaban la ciudad de Chatam y el mar.

Aquello era de una belleza sobrecogedora, pero ella no podía dejarse engatusar. Tenía una misión que cumplir, se dijo.

Delante de la fuente, un mozo de cuadra sujetaba el caballo para el príncipe, que estaba de espaldas a ella, con un pie en el estribo.

Kiernan parecía estar en su elemento, observó Meredith. Era un hombre que irradiaba poder, gracia y seguridad, tres cosas que ella todavía no había conseguido que sacara en la pista de baile.

El caballo era magnífico. Era enorme, negro como el azabache. Cuando ella se acercó, el animal la miró.

En vez de soltar el discurso que había planeado, Meredith se quedó con la boca abierta y no pudo contener una exclamación de admiración.

El príncipe Kiernan miró por encima del hombro cuando la escuchó detrás de él.

Meredith, que momentos antes había convertido el hecho de comerse un pastel en una escena digna de una película porno, estaba allí parada con los ojos como platos y la boca abierta.

Entonces, Kiernan recordó que a ella le daban miedo los caballos. Se detuvo, bajó el pie del estribo y la observó con detenimiento.

—Ven a saludar a *Ben* —sugirió él, haciéndole una seña al mozo de cuadra para

que se fuera.

Meredith titubeó un poco, sin saber qué hacer. Por una parte, temía dejar de lado su cometido estrictamente profesional y adentrarse en terreno personal. Y, por otra, estaba deseando tocar aquel hermoso animal.

—No tengas miedo —dijo él.

—Es gigante —susurró ella, acercándose un poco.

El príncipe la tomó de la mano y la acercó más.

Se habían tocado mientras habían bailado, pero eso era diferente, reconoció Kiernan. Todo iba a ser diferente después de la erótica experiencia de haberla visto comiendo pasteles.

Él puso la mano de ella junto al morro del animal, con suavidad.

—Quiere olerte —señaló Kiernan.

El caballo acercó la cabeza, hinchó las fosas nasales e inspiró sobre la mano de ella.

—¡Oh! —exclamó ella con una sonrisa.

—Tócalo —sugirió él—. Aquí. Entre la boca y la nariz.

Despacio, Meredith lo acarició y cerró los ojos, como había hecho cuando había mordisqueado el hojaldre con sus blancos dientes.

—Es más suave que el terciopelo.

—¿Lo ves? No hay nada que temer.

Pero los dos sabían que no era cierto.

Meredith apartó la mano.

—Gracias —dijo ella con rapidez—. Tengo que irme.

Kiernan percibió su miedo y se dio cuenta de que le latía el pulso a toda velocidad en la base del cuello.

—Todavía, no.

Había algo en su tono de voz que obligó a Meredith a obedecerlo.

—Tócalo aquí —indicó Kiernan y acarició el cuello del caballo.

Tras un instante de duda, Meredith alargó la mano y lo imitó.

—Puedo sentir su fuerza —murmuró ella—. Es pura energía.

Kiernan tuvo la tentación de tomar su mano y colocársela sobre el pecho, para ver si ella también podía sentir su fuerza, su energía.

Debía dejar de pensar esas cosas, se reprendió a sí mismo. ¿Cómo iba a bailar con ella si seguía por ese camino? Sin embargo, no quería que Meredith se fuera.

—Si acercas la nariz al mismo sitio que acabas de tocar, percibirás un olor mucho más dulce de lo que puedas imaginar.

—Espero no ser alérgica a su pelo —comentó ella, intentando dar un poco de ligereza al hechizo que parecía estar envolviéndolos en ese momento. Luego, se puso de puntillas, se acercó e inspiró.

Meredith se volvió hacia el príncipe y él sonrió con satisfacción al ver su sorpresa.

—Te lo dije —señaló él—. ¿Quieres montarlo?

—¡No!

—No es peligroso —insistió Kiernan—. Te prometo que yo cuidaré de ti.

Por alguna extraña razón que Kiernan no acertó a comprender, ella se quedó rígida de pronto. Y pálida.

—Quizá en otra ocasión.

—Estás temblando —observó él—. No hay razón para que tengas miedo.

Sin embargo, Meredith sabía que sí había razón para estar aterrorizada.

Pero, cuando miró al príncipe a los ojos y leyó en ellos su preocupación, todo su miedo se esfumó de golpe.

—Yo te ayudaré. Pon un pie aquí y la mano aquí.

Y Meredith lo hizo. No pudo resistirse a la tentación. Ella no era más que una pobre chica de Wentworth. Nunca volvería a presentársele una oportunidad como ésa.

Iba a montar un caballo bajo el sol de primavera en los hermosos jardines del palacio de Chatam, con el príncipe Kiernan prometiendo protegerla.

«Te prometo que yo cuidaré de ti». Meredith había escuchado esas mismas palabras en otra ocasión, cuando le había contado a Michael Morgan que estaba embarazada. Él había dicho que se casarían.

Entonces, recordó cómo había esperado en las escaleras del juzgado de paz, siendo todavía una niña, con el vientre abultado. Había esperado una hora, dos. Había pensado que algo horrible podía haberle pasado a Michael. Había pensado que él podía haber sufrido un accidente, que podía estar tirado en alguna parte, muriéndose.

Su madre, que se había negado a asistir a la ceremonia, había aparecido allí al fin después de que oscureciera, cuando el juzgado de paz ya había cerrado, y la había recogido de las escaleras, temblando, empapada y helada por la lluvia.

Eso era lo que pasaba cuando se confiaba en alguien, se recordó ella.

Pero, incluso sabiéndolo, Meredith se convenció de que no perdería nada por disfrutar de ese momento nada más.

Siguió las instrucciones de Kiernan, puso un pie en el estribo y sostuvo las riendas. Con sus manos fuertes, él la sujetó de la cintura, la levantó y la colocó sobre la silla.

Ella se sintió invadida por una sensación de satisfacción. Por primera vez en su vida, y probablemente por última, estaba montada sobre un caballo.

—¿Damos un paseo?

Ya que había llegado hasta allí, sería una pena no aprovechar para dar un pequeño paseo, se dijo Meredith y asintió.

Llevando las riendas, Kiernan caminó delante del caballo, sin dejar de hablar con ella en tono relajante.

—Eso es. Tranquila. Imagínate que eres una manta sobre el caballo —indicó él y la miró—. Así, estupendo. Tienes buen equilibrio. Siente el ritmo. Va hacia delante y hacia atrás y hacia los lados. ¿Puedes sentirlo?

Ella asintió, disfrutando de la experiencia. Pensó que, en cualquier momento, el príncipe daría la vuelta y regresarían. Pero no.

—A tu izquierda tienes el primer laberinto de setos —señaló él—. Yo solía pasarlo en grande escondiéndome allí cuando era niño.

Kiernan le ofreció una visita guiada a los jardines de palacio, contándole dónde había montado su primer poni, dónde se había caído en una ocasión y se había roto el brazo y cuál había sido la fuente donde Adrian y él habían echado detergente.

Con el aroma a caballo y a flores que la rodeaba, bajo el sol, con el príncipe delante de ella, conduciéndola con tanta confianza, mirándola de vez en cuando con una sonrisa, Meredith se dio cuenta de algo.

Algo que daba mucho miedo.

Por primera vez desde el accidente que se había llevado la vida de su bebé hacía seis años, su corazón sentía el ligero cosquilleo de un sentimiento, el más peligroso de todos.

Felicidad.

## Capítulo 4

Cuando Kiernan volvió la cabeza para mirarla, se dio cuenta de que Meredith estaba encantada. Había algo en ella que le inquietaba. Era demasiado joven para ser tan seria y sus ojos escondían un dolor demasiado profundo.

Sin embargo, en ese momento, los oscuros nubarrones parecían haberse esfumado de los ojos de ella. Estaba radiante y mucho más hermosa de lo que él había esperado.

—Oh —dijo ella—. ¡Kiernan! ¡Está haciendo algo!

El príncipe se giró y vio que el caballo estaba meneando la cola. Se rió al ver la expresión de ella.

—Eso sí que es un movimiento de cadera —bromeó él—. Es una mosca que le molesta, nada más.

Sin embargo, Meredith seguía un poco tensa. Kiernan se propuso cambiar eso.

—Respecto a eso de mover las caderas... hace cien años, te habría encerrado en el calabozo para enseñarte quién es el jefe. Diez días a pan y agua habrían servido para que aprendieras modales.

Ella rió.

—Y, si no hubieras aprendido, habría añadido ratas.

—De verdad, Kiernan, conseguirás mucho más de mí sobornándome con pasteles —repuso ella, riendo—. Puedes ahorrarte las ratas.

¿Conseguir más de ella? De pronto, aquel comentario despertó la imaginación de Kiernan. Casi podía sentir el tacto del pelo de ella entre sus dedos, saborear sus jugosos labios.

Pero, al mirarla de reojo, comprendió que ella lo había dicho de forma inocente. Su risa era el sonido más delicioso que él había escuchado jamás, como el de agua fresca gorgoteando sobre las rocas.

Era como si, al reír, Meredith cambiara, observó Kiernan. Las sombras desaparecían de sus ojos y, de pronto, dejaba de parecer lejana.

Él también rió, de corazón, y sus risas se combinaron envolviéndolos en una luz más radiante que la del sol.

Hacía mucho tiempo que Kiernan no reía de esa manera. Su relación con Tiffany había despertado en él una amargura que nunca había conseguido quitarse de encima.

Cuando sus risas se fueron difuminando, Kiernan la miró y se quedó impresionado por la intimidad del momento que compartían. En ese instante, supo que se había creado un vínculo entre los dos.

Él se sintió como si hubiera pasado años en el hielo, a punto de morir congelado, y hubiera visto de repente la promesa de una cálida hoguera en la lejanía.

Pero esa promesa le convertía en un hombre débil, se dijo Kiernan. Necesitaba mantener la guardia y no dejarse llevar por tontas esperanzas.

Kiernan no recordaba haberse sentido nunca tan vulnerable. Ni montando un caballo desbocado sobre el barro, ni cuando la prensa había decidido crucificarlo,

primero por lo de Francine y, luego, por lo de Tiffany.

Al terminar su paseo, Kiernan se quedó mirándola, sin atreverse a ayudarla a desmontar. Si la tocaba en ese momento, algo dentro de él estaría perdido, pensó, sintiéndose igual que Adán ante la manzana, igual que Sansón ignorante de las tijeras de Dalila.

Pero Meredith no podía bajar sola del caballo.

—Pasa una pierna por encima —dijo él, esquivo.

Meredith lo hizo pero, en vez de girar el cuerpo y poner el otro pie en el estribo, se quedó sentada de lado sobre la montura. Entonces, sin previo aviso, empezó a deslizarse hacia abajo.

A Kiernan no le quedó más remedio que acercarse de una zancada y tomarla de la cintura, apretándola contra su cuerpo para evitar que se lastimara.

Meredith se quedó quieta, con la cabeza hacia atrás, mirándolo a los ojos.

—Kiernan. No sé cómo darte las gracias. Ha sido una mañana muy agradable —dijo ella.

Ese era el problema, pensó Kiernan. Lo habían pasado tan bien que las barreras entre ellos se habían derrumbado y habían alcanzado un nuevo grado de familiaridad. Ella ni siquiera lo había llamado Alteza, ni príncipe. Y había comenzado a tutearlo.

Pero Meredith lo había hecho sin darse cuenta, adivinó él. Debería corregirla. Sin embargo, no era capaz. Aparte de Adrian, había poca gente que se sintiera tan cómoda con él como para reír juntos y para llamarlo por su nombre de pila.

Con Tiffany, no le había pasado nunca.

Meredith no se movió de entre sus brazos. Y él no la soltó. Ella tragó saliva.

—¿Alteza?

Aja. Ella había recordado la forma adecuada de referirse a él. Demasiado tarde, pues Kiernan ya echaba de menos el sonido de su nombre en los labios de ella.

—¿Sí?

—Gracias por no dejarme caer.

Sin embargo, parecía que ambos estuvieran cayendo, a un territorio desconocido del que no tenían ningún mapa.

—No es caer lo que importa —repuso él en voz baja—. Lo importante es saber levantarse.

Kiernan meneó la cabeza, queriendo quitarse de encima una extraña sensación. Por primera vez en mucho tiempo, se había sentido como un hombre, no como un príncipe.

De pronto, empezó a sonar música por la ventana que había sobre sus cabezas.

—¿Qué? —preguntó ella—. ¿Qué clase de magia es ésta?

Toda la mañana había sido mágica, pero él no podía permitirse el lujo de reconocerlo ante ella.

—¡Nada de magia! —replicó Kiernan en tono cortante—. El cuarteto de música de cámara está practicando, eso es todo. Lo hacen todos los martes a las once en



punto.

—Alteza, ¿bailamos?

¡Por supuesto que no iba a bailar con ella! Kiernan se sentía demasiado embelesado por cómo el sol brillaba en su pelo, por el apetitoso color de sus labios. Debía ocuparse de su caballo, era algo mucho más seguro.

Sin embargo, la repentina invitación de Meredith tenía el delicioso poder de la espontaneidad y era difícil de resistir. Además, si se negaba, quizá ella sospecharía la razón, caviló Kiernan.

Había algo en ella que le gustaba y, al mismo tiempo, le disgustaba que le gustara. Mucho.

Aunque deseaba protegerse a sí mismo de su propia vulnerabilidad, por otra parte ansiaba disfrutar de la luz que había descubierto en ella.

Así que Kiernan soltó las riendas del caballo, sin preocuparse por si el animal regresaba solo a los establos. Se sintió como un hombre en guerra, no con ella, sino consigo mismo. Quería disfrutar del placer de la compañía de Meredith, pero no a expensas de volverse débil.

Y, lo que más lo asustaba, era perder el control de sus emociones.

Kiernan la miró, le dio una mano y le puso la otra sobre la cintura.

Quizá por lo imprevisto del momento, por cómo la música flotaba sobre el jardín, Kiernan hizo exactamente lo que ella había querido desde el principio. Se relajó. Dejó de estar rígido y tenso. Se sintió como un hombre fuerte, capaz de disfrutar de la luz de su acompañante sin convertirse en una polilla atraída fatalmente por las llamas.

Bailaron alrededor del patio hasta quedarse sin aliento. De pronto, ella fue lo único que existía para él. Lo único que podía sentir era el sensual contacto de los dedos en su cadera. Y lo único que podía oler era su aroma.

Cuando sonó la última nota de música, Kiernan fue consciente de repente del mundo que los rodeaba.

El caballo estaba mirándolos, los pájaros cantaban, el sol brillaba, el olor a lilas inundaba el aire.

Y Meredith lo estaba mirando con gesto de aprobación. Él respiró hondo, esforzándose porque no se le subiera a la cabeza.

—Ha sido fantástico —dijo ella con suavidad.

—Gracias —respondió él con cierta frialdad, fingiendo no tener ningún interés en su aprobación.

—Creo que estás preparado para aprender algunos pasos de baile moderno mañana.

«Mañana». Kiernan casi lo había olvidado. Con esa mujer, cada día sería un reto, de eso no cabía duda.

Y, como si hubiera decidido demostrárselo, Meredith se puso de puntillas y le dio un suave beso en la mejilla.

Luego, dio un paso atrás.

Kiernan se quedó estupefacto. Aquel beso inocente había despertado en él algo devastador. De pronto, se dio cuenta de que toda su vida había estado llena de obligaciones y responsabilidades, pero había carecido de la única cosa que de veras importaba.

Sin embargo, el amor no existía, se recordó a sí mismo. Él había aprendido la lección. ¿O no?

Durante un momento, Meredith pareció sorprendida por su propio arrebato y él pensó que estaba a punto de disculparse. Aunque no lo hizo. Se cruzó de brazos y lo miró a los ojos con gesto desafiante, como retándole a que la reprendiera por lo inapropiado de ese beso.

Pero él no podía. Y ése era el problema. En todo momento, ella parecía desafiar su capacidad de hacer siempre lo correcto.

Conteniéndose para no tocarse la mejilla, donde ella había posado sus suaves labios, Kiernan se dio media vuelta y se acercó a su caballo. Con un grácil movimiento, montó el animal y, sin mirar atrás, se alejó a todo galope.

Un baile nuevo había comenzado entre ellos. Y era un baile que no tenía nada que ver con la actuación de la gala benéfica.

En el camino a casa desde palacio, Meredith no podía dejar de sorprenderse por su audacia. ¡Había besado al príncipe!

—No fue un beso en realidad —dijo ella, hablando sola—. Fue más bien una manera de darle las gracias.

¿Qué tenía de malo que quisiera darle las gracias por lo bien que lo había pasado?

De todas maneras, si tuviera que hacerlo de nuevo, lo haría encantada, admitió Meredith. Había sido una delicia tocarle la piel con los labios, sentir su barba incipiente, ver el brillo de sus ojos una milésima de segundo después.

Meredith aparcó delante de su casa, un pequeño apartamento encima de la escuela de baile. Había comprado el edificio con el dinero del seguro.

Había dedicado todo lo que había recibido a la escuela y al proyecto *Nada de príncipes*. Ambas cosas la habían ayudado a seguir adelante en los momentos más oscuros de su vida, cuando sólo había querido morir.

Esa noche, en la soledad de su casa, se sorprendió al comprobar lo frescas que eran todavía sus heridas.

Habían pasado seis años.

La abuela se había llevado a la niña de paseo en su sillita, por la calle. Por alguna razón, la madre de Meredith, Millicent, no había oído las sirenas. ¿Quizá porque había estado demasiado cansada después de tanto trabajar? ¿O tal vez había estado sumida en sus tristes pensamientos? Un coche robado, perseguido por la policía, se había estrellado en la calzada. La madre de Meredith había muerto al instante, después de lanzarse delante del carrito en un acto de valentía para proteger al bebé.

Carly había muerto por las heridas días después, a pesar de las súplicas y las plegarias de su madre.

Esa noche, el apartamento le pareció más vacío y callado que otras veces a Meredith, sin duda, porque ese día, por primera vez en años, se había permitido sentirse conectada a otro ser humano.

Meredith dejó la bolsa que llevaba en la mano y se dirigió a las baldas que estaban llenas de fotos de su hijita, Carly. Eligió su favorita, se la llevó al sillón y la acarició con la punta de los dedos.

Se quedó dormida poco después, con lágrimas empapándole la cara.

Cuando se despertó, Meredith tenía apretada la foto contra el pecho. Pero, en vez de sentir la misma tristeza que siempre sentía cuando se despertaba con la foto de su hija, recordó la felicidad que había experimentado el día anterior.

Y un sentimiento de culpa se apoderó de ella. No estaba preparada para ser feliz de nuevo. Ni podía confiar en la felicidad. Siempre tenía un final y, en su lugar, dejaba un vacío insoportable.

Meredith se consideraba una mujer fuerte, pero no lo bastante como para tener esperanza. Ni para poder sobrellevar otra pérdida. No podía regodearse en la felicidad que había sentido el día anterior. En absoluto. Lo que tenía que hacer era protegerse contra ella.

Pero, al empezar la mañana, Meredith se dio cuenta de que ella no era la única que se había propuesto protegerse.

Kiernan apareció cubierto con una armadura invisible. ¡Y bailó como si la llevara puesta! ¿Habría sido por el beso?, se preguntó Meredith. ¿O por lo que habían experimentado juntos el día anterior? Aquel hombre se mostraba tan rígido que parecía imposible que la hubiera ayudado a montar a caballo o que le hubiera hablado de las travesuras de su infancia mientras la guiaba de paseo por el jardín.

Meredith intentó no dejarse afectar por su frialdad y concentrarse en el trabajo que tenía por delante.

Ella había hecho una versión modificada del baile de los recién casados. Había esperado conseguir una coreografía impactante, algo que aprovechara la potencia atlética del príncipe, pero él se había mostrado reticente.

—¿La palabra *sexy* significa algo para ti?

Durante un instante fugaz, los ojos de él brillaron con un fuego que desapareció enseguida.

—Lo hago lo mejor que puedo —repuso él con reserva.

Pero no era cierto, pensó Meredith. Ella le había visto hacerlo mucho mejor. Aquél ni siquiera parecía el mismo hombre con el que había bailado el día anterior en el jardín, tan poderoso, tan seguro, tan masculino.

Por la expresión rebelde de él, Meredith adivinó que estaba a punto de dar por

terminada la sesión de ensayo.

Ella suspiró.

—Conoces los pasos. Sabes hacerlos. Pero eres como un niño repitiendo de memoria la tabla de multiplicar. Algo te detiene, te impide fluir.

—Es mi naturaleza. Soy reservado. Siempre hay algo que me detiene.

Entonces, durante una milésima de segundo, Kiernan posó los ojos en los labios de ella y a ella le dio un vuelco el estómago, como si estuviera en una montaña rusa.

Si se dejara fluir, ¿la besaría?, se preguntó Meredith. ¿A qué sabrían sus labios? Ella se sorprendió por la intensidad con que deseaba averiguarlo. Y por la tentación que tuvo de echarse a sus brazos y besarlo sin más.

Meredith también necesitaba detenerse a sí misma, si quería mantener la relación profesional que los unía. ¡Y, al mismo tiempo, necesitaba que él se dejara fluir para poder enseñarle a bailar!

—¿Tu naturaleza es reservada o lo es el papel que te ha tocado representar en la vida? —preguntó ella.

—En mi caso, ambas cosas están entrelazadas.

—Lo entiendo, pero en el baile hay que dejarse llevar. Tienes que poner toda la carne en el asador, mostrar todo lo que has sido, todo lo que eres y todo lo que esperas ser en el futuro.

—Es una actuación de diez minutos para una gala benéfica —le recordó él—. No un examen final de acceso al Cielo.

Pero exactamente eso era lo que Meredith quería que él experimentara. Para ella, se había convertido en mucho más que una actuación.

Cuando Meredith se dejaba llevar por el baile, entraba a formar parte de algo más grande. Era una sensación increíble. Se sentía por encima de los problemas y de las tragedias, libre del pasado y del sufrimiento. Sí, era como alcanzar el Cielo.

Sin embargo, no podía contarle eso al príncipe. Era una pretensión demasiado ambiciosa. Y él tenía razón. Se trataba de una actuación de diez minutos para una gala benéfica en la Semana de la Primavera. Ella estaba allí para enseñarle unos cuantos pasos, nada más.

¿Por qué se había propuesto despertar una sensación desconocida dentro de él? De algún modo, Meredith quería que él experimentara lo mismo que ella. Quería que alcanzara el Cielo, también.

Su interés en él se había vuelto demasiado personal, reconoció Meredith para sus adentros. Y no podía dejar que así fuera.

Debía limitarse a enseñarle a hacer los pasos, a bailar de forma que él estuviera satisfecho consigo mismo, se dijo ella. Al pueblo de Chatam le encantaría, aunque él no dejara del todo de moverse con esa rigidez suya tan difícil de vencer.

Sin embargo, para ella, eso sería un fracaso de grandes dimensiones. Sobre todo, cuando sabía de lo que el príncipe era capaz, después de lo que había vislumbrado en él el día anterior.

De pronto, Meredith posó los ojos en dos camisolas blancas que había colgadas en un ropero al otro lado del salón de baile. Eran parte del uniforme de los sirvientes de palacio.

Entonces, supo qué debía hacer.

Y, como si eso confirmara que estaba en el buen camino, Meredith creyó escuchar la risa de un bebé. Era el recuerdo de la risa de su hija lo que oía, nada más, pero podía ver su carita risueña con tanta claridad como si la tuviera delante.

En ese momento, Meredith fue consciente de que algo estaba cambiando dentro de ella. Para bien. Su tristeza no había desaparecido, pero estaba mezclada con algo nuevo: un profundo sentimiento de gratitud por haber experimentado un amor tan profundo.

Y se dijo que su experiencia del amor debía ayudarla a ser mejor persona.

El legado de su hija debía ser algo bello. Algo de lo que estuviera orgullosa.

Si eso significaba transportar al príncipe a un estado donde no se sintiera tan solo, aunque fuera sólo temporal, ella lo haría.

No se trataba del baile que tenían que representar, admitió Meredith para sus adentros, sino de la persona en que ella se quería convertir. Aunque fuera a necesitar todo su valor para hacerlo.

El día anterior, la espontaneidad los había transportado mucho más cerca de donde ella quería llevar al príncipe que sus estudiados pasos de baile, pensó Meredith.

Ese día, probaría con un poco de magia.

## Capítulo 5

El príncipe deseaba con ansiedad que llegara el día de la gala benéfica y todo terminara. Quería que la tentación de Meredith desapareciera de su vida. Deseaba no tener que verla mover las caderas, ni tocarla, ni tener que mirarla como si fuera su novio.

Cuando los ensayos terminaran, Meredith Whitmore dejaría de darle órdenes. Y Kiernan ya no tendría que enfrentarse a esa mujer impertinente que no se cansaba de intentar encontrar dentro de él algo que él no quería destapar. Esa mujer que no aceptaba un no por respuesta...

Esa mujer que podía conseguir que comer pasteles se convirtiera en un acto erótico y, al instante siguiente, podía mirar un caballo con los ojos maravillados de una niña. Esa mujer cuyos labios se habían posado como una mariposa en su mejilla.

Debía dejar de pensar en esas cosas, se ordenó Kiernan.

Meredith era una mujer muy molesta e irritante. También, era peligrosamente sexy. Y refrescante. No temía decirle lo que pensaba, ni temía exigirle lo que quería. No tenía miedo de él, ni se dejaba intimidar por su posición ni por su poder.

Y eso era lo que más iba a echar de menos cuando todo terminara, admitió Kiernan. Estaba demasiado acostumbrado a ser el jefe, a ser obedecido sin preguntas, sin discusiones, sin sugerencias.

¿Cómo era posible que una instructora de danza de Wentworth le pareciera su igual?, se preguntó.

Sin duda, iba a quedar un gran vacío en su vida sin ella. Pero era mejor no pensarlo demasiado, se dijo.

A Kiernan se le daba bien rellenar vacíos. Tenía demasiadas obligaciones, de todos modos, y el trabajo se le estaba amontonando después de todo el tiempo que estaba dedicándole a los ensayos.

—Hoy vamos a hacer algo diferente —anunció Meredith, acercándose desde el ropero con algo en la mano—. Creo que el salón de baile mismo puede ser el culpable de... la rigidez que experimentas. Es demasiado grande, demasiado formal.

—¿Me estás llamando rígido otra vez?

—No te ofendas. Tú mismo dijiste que tu trabajo te ha hecho ser así.

—No. Tú sugeriste que era por mi trabajo. Yo dije que era así de nacimiento. Y no utilicé la palabra rígido. Creo que dije reservado.

—Es lo mismo —repuso ella con tono jovial—. Hoy vamos a hacer un pequeño experimento. Con tu reserva.

Oh, oh. La idea no tenía buena pinta, se dijo Kiernan.

—Toma —dijo ella—. Ponte esto.

Meredith le tendió una de las dos camisolas blancas que tenía bajo el brazo. La que le ofreció tenía el nombre de *Andy* bordado en uno de los bolsillos. Kiernan titubeó. ¿Qué se estaría proponiendo aquel demonio de mujer?

Una travesura, adivinó él. Podía leerlo en sus ojos.

No debería entrar en su juego, pensó Kiernan. Sin embargo, su tiempo juntos terminaría pronto. ¿Por qué no saber qué travesura había planeado? El brillo de sus ojos era irresistible. Y, a pesar de todas sus reservas, él se moría de curiosidad por descubrir qué guardaba ella bajo la manga.

Así que se puso la camisa blanca y se la abotonó. Le estaba demasiado apretada. Meredith lo inspeccionó un momento con el ceño fruncido. Luego, regresó al ropero y volvió con una gorra de béisbol blanca.

—Toma —dijo ella y se la tendió—. Póntela bien calada, para que te tape un poco los ojos. Perfecto. Ya estamos listos para sacarte de palacio sin que nadie se entere.

Meredith se puso otra camisola blanca. La suya tenía bordado el nombre de *Molly* en el bolsillo.

—No podemos hacer eso —protestó él, sabiendo que su reticencia era inútil.

—¿Por qué no?

—Las medidas de seguridad son para algo. Tengo más responsabilidades y obligaciones de las que puedes soñar. No puedo salir de aquí a ritmo de vals sin decirle a nadie adónde voy y por qué.

—Creo que deberías hacerlo, para mejorar tu baile. ¿Lo ves? Ya estás otra vez mostrándote reservado. Alteza... no, mejor, Andy, ¿alguna vez has roto las reglas?

—No puedo permitirme ese lujo —repuso él, tenso.

Ella sonrió.

—El príncipe de Chatam no puede. Pero Andy, sí. Vamos. Será sólo un ratito. Una hora, tal vez. En cierta manera, eres prisionero de tu propia vida. Escapémonos. Sólo por esta vez.

Kiernan se quedó allí parado un momento. De nuevo, se dio cuenta de que ella decía cosas que nadie más se atrevía a decir. Y veía cosas que nadie más veía.

Meredith no veía al príncipe. Ella veía al hombre.

Y las constricciones de su posición le parecían insoportables.

Parecía decidida a rescatarlo, reflexionó Kiernan.

Y la bondad de su propósito le resultó tan irresistible como el brillo de picardía de sus ojos.

Pero él no podía irse sin más. Sería lo más irresponsable que hubiera hecho jamás.

Por otra parte, ¿por qué no?, se preguntó Kiernan. La isla de Chatam era el lugar más seguro del mundo. Se suponía que él estaba en clase de baile. Nadie le echaría de menos durante unas horas.

De pronto, lo que ella le ofrecía le pareció imposible de rechazar.

Libertad. Completa libertad. La única cosa que él nunca había tenido.

—¿Vienes, Andy?

Él suspiró.

—Molly, espero que sepas lo que estás haciendo.

—Confía en mí.

Y Kiernan se dio cuenta de que estaba empezando a hacerlo. ¡Aunque lo que menos quería en el mundo era confiar en una mujer! Pero, de alguna manera, ella estaba consiguiendo romper sus defensas y ganarse su confianza...

Kiernan la siguió al aparcamiento. Ella le guió al coche más pequeño que había visto jamás, un mini de color rojo chillón.

Meredith entró. Él abrió la puerta del copiloto y se sentó a su lado. Las rodillas le quedaron más o menos a la altura de la barbilla.

—En la entrada de servicio ya me conocen —indicó ella—. Los saludaré con la mano y podremos irnos.

Eso fue lo que pasó.

En cuestión de minutos, estaban alejándose por una estrecha carretera local. Kiernan nunca había montado en un coche tan... frágil. Estaba sólo a unos centímetros del suelo y, con cada bache y cada piedrecita en el camino, le crujían los huesos. Incluso se golpeó con la cabeza en el techo del vehículo.

—¿Adónde vamos?

—¿Recuerdas que te pregunté si alguna vez te habías metido descalzo en un charco?

—No quiero hacerlo —replicó él aunque, una vez más, se dio cuenta de que sus protestas serían inútiles. En el instante en que habían salido por la puerta de servicio, había notado que algo en su interior se abría. Y había tomado la decisión de disfrutar de lo que el día tuviera que ofrecerle.

—No importa que no quieras hacerlo. Andy sí quiere.

—¿Pero por qué quiere hacer algo así?

—Porque le gusta divertirse.

—Ya. Nuestro hombre, ese Andy, no tiene nada de rígido ni reservado.

—Eso es —contestó ella y lo miró radiante, como una maestra que acabara de ayudar a un niño a solucionar un difícil problema—. Tenemos mucho trabajo que hacer contigo, Andy.

—A Andy no le gusta trabajar.

—Eso es cierto.

—Le gusta hacer el pillo. Y cuando está en la escuela...

—¿Sí?

—Le guiña un ojo a la maestra y la hace sonrojar.

—Oh-oh.

—También le gustan las motos, el cuero negro, conducir muy rápido y romper las reglas.

—Vaya.

—Le gusta la música alta y los bares llenos de humo y las chicas con faldas muy cortas y camisetas que dejan el ombligo al aire. Le gusta ver cómo mueven las caderas cuando bailan.



—Cielos.

—Se mete el dedo en la nariz. Se refresca en la fuente del pueblo en las fiestas del verano y no se quita el sombrero cuando tocan el himno nacional.

—Así es Andy, muy bien.

—Le gusta nadar en el mar. Desnudo. Bajo la luz de la luna.

Meredith tragó saliva.

—Creo que he creado un monstruo.

—Deberías pensar mejor con quién te escapas, Molly.

—Lo sé.

—Pero dicen que a las mujeres les gustan los chicos malos.

Meredith se puso seria. Frunció el ceño. Kiernan se dio cuenta de que apenas la conocía, lo que era extraño, pues se sentía como si la conociera desde siempre.

—¿Tienes novio? —preguntó él de improviso. No había visto anillos en su mano, así que había supuesto que estaba soltera. Sin querer, contuvo el aliento esperando la respuesta.

—Estoy soltera —repuso ella y apretó las manos sobre el volante.

—Me sorprende —afirmó él. Y, al mismo tiempo, le resultaba un alivio.

Meredith titubeó antes de hablar, sin apartar la mirada de la carretera.

—Me quedé embarazada a los dieciséis años. El padre me abandonó. Eso me hizo dejar de creer en el amor —señaló ella.

Kiernan percibió en su voz un profundo dolor.

—¿Y el bebé? —preguntó él en voz baja. De alguna manera, estaba seguro de que Meredith no podía haber abortado. Nunca.

Tampoco le parecía probable que lo hubiera dado en adopción, pensó él. Aquel primer baile que la había visto representar, cuando ella se había creído a solas, le había enseñado que era una mujer apasionada. Y adivinaba que era la clase de persona que se aferraba a lo que amaba, costara lo que costara.

Kiernan la miró. Meredith tenía el rostro contraído, como si estuviera esforzándose en no derrumbarse. Había algo que ella no quería contarle. Entonces, de pronto, Kiernan intuyó a qué se debía la sombra que veía en sus ojos.

Él contuvo el aliento. Necesitaba saber que ella confiaba en él tanto como él estaba empezando a confiar en ella.

—Era una niña. Decidí tenerla —susurró ella—. Quizá fue una locura. Mi madre y yo teníamos que trabajar día y noche limpiando casas para poder llegar a fin de mes. Pero no me arrepiento de nada. Lo único que lamento es no haber podido estar más con ella. Con las dos.

Un escalofrío recorrió a Kiernan de pies a cabeza.

—Mi madre la recogió de la guardería un día en que yo no podía. Iban a cruzar la calle cuando un coche, perseguido por la policía, las atropello.

La voz de Meredith estaba tintada de dolor.

—Lo siento mucho —dijo él, sabiendo que las palabras nunca serían suficiente—.

Eres demasiado joven para haber sobrevivido a una tragedia así.

—Ni siquiera tenía un año —añadió ella.

Meredith, entonces, empezó a temblar. Se negó a mirarlo, sin apartar los ojos de la carretera.

Kiernan quiso gritarle que parara, necesitaba abrazarla y consolarla. Pero los ojos de ella delataban sentimientos para los que no había consuelo.

—Lo siento mucho —repitió él, sintiéndose impotente.

Kiernan alargó una mano y la posó en el hombro de ella, pero ella lo rechazó.

—Pasó hace mucho —dijo ella, forzándose a fingir calma—. Hoy sólo somos Molly y Andy, ¿de acuerdo?

No podía haber pasado tanto tiempo, pensó Kiernan. Ella no era tan vieja como para eso.

Pero Meredith le había confiado un pedazo de su vida.

Y su confianza le resultaba frágil y preciosa. Si decía algo incorrecto, tal vez, esa confianza podría esfumarse, se dijo él.

De todas maneras, no podía quedarse callado. Debía seguir su instinto y preguntarle.

—¿Puedes decirme cómo se llamaban tu bebé y tu madre? —quiso saber él, hablando con suavidad—. Por favor.

Ella se quedó en silencio durante un largo instante, tanto que Kiernan pensó que no respondería. Cuando lo hizo, él se sintió hondamente emocionado, como si ella le hubiera entregado su corazón.

—Carly —musitó ella—. Mi bebé se llamaba Carly. Mi madre se llamaba Millicent, pero todos la llamaban Millie.

—Carly —repitió él en voz baja—. Millie.

Entonces, Kiernan asintió, sabiendo que no había nada más que decir, y guardó en su pecho esos nombres como el sagrado tesoro de la confianza que ella le había mostrado.

Algo en la forma en que él pronunció los nombres de su hija y de su madre, con una tristeza genuina y con una gran reverencia, le proporcionó a Meredith una inesperada sensación de consuelo. Durante los últimos días, ella había llegado a conocer al hombre que era el príncipe Kiernan y había llegado a olvidar, en ocasiones, que se trataba de la persona más poderosa de su país.

Y algo en la forma en que él pronunció aquellos nombres hizo que ella comprendiera el alcance de su poder. Su manera de decir Carly era casi como una bendición.

A Meredith se le saltaron las lágrimas, pero las contuvo. Kiernan le apretó la mano un momento. ¿Por qué le había hablado de Carly y de su madre?, se preguntó Meredith. Podría haber dicho nada más que estaba soltera.

¿Sería porque quería que él bajara la guardia y eso requería que ella también lo hiciera? ¿Sería porque había confiado en que él sabría escucharla?

Fuera lo que fuera, Meredith se sorprendió al no sentirse vulnerable ni pensar que había desvelado demasiado sobre sí misma.

En lugar de eso, experimentó una inesperada sensación de ligereza al compartir la carga que había llevado sola durante tanto tiempo.

Sin embargo, sentirse todavía más maravillada por Kiernan no la ayudaría a conseguir su objetivo. Lo que necesitaba era hacer que él se bajara de su pedestal, para conseguir hacerle bailar con el corazón.

Por eso, durante unas horas, Kiernan no sería el príncipe, ni el hombre más rico, influyente y poderoso de Chatam. Ese día, sería sólo Andy. Y ella no sería una mujer con una terrible tragedia a sus espaldas. Sería sólo Molly. No serían más que dos sirvientes de palacio tomándose unas horas libres.

Meredith paró el coche en uno de sus lugares preferidos de la isla, un inmenso parque natural.

Ella abrió la puerta del coche y cargó a Andy con bolsas y cestas para que las llevara por el sendero que atravesaba el bosque de cedros. Aquella farsa le estaba resultando muy divertida. ¡Nunca había soñado con que un príncipe le llevara sus bolsas!

Meredith observó con alivio que no había ni un alma en las cascadas. Era un lugar lleno de encanto, muy visitado los fines de semana. Pero nadie solía ir a esas horas de la mañana, ni los días de diario.

Kiernan dejó su carga y miró a su alrededor.

—Qué lugar tan hermoso.

Las aguas turquesa brillaban en un estanque rodeado por piedras negras pulidas por el paso del tiempo. En el extremo opuesto, varias cascadas derramaban agua fresca en el estanque, entre verde musgo y exuberante vegetación pintada de azul y morado de flores silvestres.

—¿Nunca habías estado aquí?

—Había oído hablar de ello y lo he visto en fotos muchas veces. Pero, según el protocolo de seguridad, venir aquí hubiera significado cerrar las puertas del parque e impedir que sus visitantes pudieran disfrutar de él. Tengo tantos placeres a mi disposición que me parecía muy egoísta hacerlo.

Meredith observó que, además de haber reaccionado con tanta corrección a lo que ella le había contado de su hija, Kiernan era capaz de ser humilde y de pensar en los demás. No era un príncipe arrogante, a pesar de su inmenso poder.

Sin embargo, no era momento para tener pensamientos serios, se dijo ella.

Además, estaba encantada de haber sido ella la primera en llevarlo allí.

—Oh, Andy —dijo Meredith—. ¡Hablas como si te creyeras de la realeza!

—Oh, Molly —repuso él con tono de disculpa—. Ya me conoces. Tengo aires de grandeza.

—Tengo un plan para hacerte bajar a la realidad, Andy.

—Apenas puedo esperar a que me lo cuentes.

Y de veras parecía ansioso, como si estuviera disfrutando con aquella inesperada experiencia, pensó ella.

—Bueno, entonces, quítate los zapatos y remángate los pantalones —sugirió ella—. Esto es lo que quiero enseñarte.

Kiernan ni siquiera protestó.

Escondido detrás de las cascadas, separado del estanque principal por un espeso follaje, había un gran charco del tamaño aproximado del salón de baile, rebosante de barro.

Meredith entró en él.

—Ten cuidado. Está... —advirtió ella y, antes de poder acabar la frase, se resbaló.

En milésimas de segundo, Kiernan se presentó a su lado y la sujetó de la cintura, impidiendo que cayera.

—Oh, Molly, eres muy patosa. Si yo fuera tú, dejaría de soñar con ser bailarina —bromeó él y la soltó la cintura, aunque siguió dándole la mano.

Ella pensó que nunca podría saciarse de su tono juguetón y bromista.

—Dejaré de soñar con ser bailarina si tú dejas de soñar con ser príncipe.

—Trato hecho —dijo él con gran alivio.

Los dos rieron con ganas.

—Está templado —señaló él, sorprendido—. Nunca había sentido nada igual.

Ni Meredith tampoco. El barro era exquisito, templado y espeso mientras hundía en él los pies, los tobillos. Pero era la mano de él, sujetándola, lo que más maravilloso le parecía.

Se habían tocado todos los días desde que habían empezado las clases. Pero, excepto en aquel momento mágico en el patio de palacio, su baile había sido sólo cuestión de negocios. Los dos habían mantenido sus barreras. El beso que ella le había dado en la mejilla había derrumbado la primera de las barreras. Y las demás estaban cayendo como un dominó.

Sin embargo, aquella excursión no tenía tanto que ver con sus objetivos profesionales.

Meredith lo miró al rostro, bañado por el sol que penetraba entre las hojas de los cedros, y suspiró. Era una cara perfecta y atractiva, pero era su expresión lo que la cautivó.

El príncipe Kiernan tenía los ojos cerrados. Parecía relajado por completo y su rostro, normalmente serio, parecía lleno de alegría. Él ladeó la cara hacia el sol, respiró hondo y suspiró.

Estaba bien.

Pero no era suficiente.

Meredith necesitaba con desesperación que el príncipe se deshiciera de sus inhibiciones y de su reserva. Quería que se desprendiera de ese escudo que lo

mantenía alejado de los demás.

Ella se agachó y enterró la mano en el barro. Agarró un poco. Durante un instante, titubeó.

Era cierto. Kiernan era demasiado rígido. Nunca podría sacar todo su potencial como bailarín si seguía manteniendo ese escudo a su alrededor.

Y Meredith acababa de tener, tal vez, la peor idea de mundo. Vivían en un país dirigido por una monarquía muy tradicional. Los niños en la escuela y los soldados empezaban su día de trabajo jurando lealtad y obediencia a la madre de ese hombre, la reina Aleda. Pero, dentro de unos años, sería él ante quien inclinarían sus cabezas.

El príncipe ya había empezado a tomar responsabilidades. Meredith sabía, por lo que había leído en los periódicos y por lo que le había oído hablar por teléfono, que él tenía un gran interés en mantener la salud económica de la isla y que era un gran diplomático.

Kiernan había promocionado su país en el extranjero de forma incansable. Y había fundado varias organizaciones benéficas. Era comandante en jefe de las fuerzas armadas.

El hombre que estaba ante ella con los pantalones remangados hasta las rodillas tenía influencia en la vida de cada uno de los ciudadanos de Chatam.

En realidad, no era de extrañar que le resultara difícil relajarse, reflexionó ella. Por eso, su idea podía ser una de las peores del mundo. Era demasiado irreverente. ¡En una tierra gobernada por la monarquía, nadie agarraba un puñado de barro y se lo lanzaba a su futuro rey!

Sin embargo, Meredith estaba comprometida con su causa. En su corazón, algo le dijo que aquello, por muy absurdo y ridículo que pareciera, era lo que debía hacer. Y le tiró el puñado de barro.

Le dio en el pecho y Kiernan dio un paso atrás, perplejo. Abrió los ojos como platos y se miró la munición de barro que le había estallado en la camisa.

Su reacción le diría mucho sobre él, pensó Meredith.

¿Se pondría furioso?

¿Se quedaría en silencio?

¿Se encerraría en sí mismo?

Pero, no. Él esbozó una sonrisa y, cuando levantó la vista hacia ella, Meredith tuvo ganas de llorar de emoción por lo que vio en sus ojos.

—Joven irrespetuosa —la reprendió él con tono juguetón—. Te estás buscando pasar una noche en las mazmorras.

—¡Andy! ¿Otra vez estás soñando con vivir en un palacio? ¡Mazmorras! Apuesto a que ahora vas a amenazarme con dejarme a pan y agua y rodeada de ratas. Pobrecillo.

—¿Soñando? No, nada de eso. Ahora sueño que soy un guerrero y tú acabas de empezar la guerra. Pero te lo advierto: los prisioneros van a las mazmorras. Si me complaces, puede que te ahorre las ratas.

Ella rió con nerviosismo cuando la mirada de él se oscureció al hablar de hacerla su prisionera.

¿Qué había hecho?, se dijo Meredith. ¿Iba a ser capaz de manejar la situación que ella misma había empezado?

Kiernan se agachó y se levantó con la mano llena de barro. La miró pensativo, echó hacia atrás la mano y apuntó.

Ella empezó a correr en zigzag por el barro. El proyectil de él le pasó silbando junto a la cabeza.

—Ja, ja —se burló ella. Se agachó, tomó otro puñado de barro y se lo lanzó.

Pero él también había tenido tiempo para recargar su munición.

Sus bolas de barro se cruzaron a medio camino. La de él le dio en el brazo. La de ella iba dirigida justo a su cabeza.

Kiernan levantó el brazo para protegerse, parte del misil explotó en sus fuertes bíceps, pero algunas gotas aterrizaron en su mejilla. Ella contuvo el aliento, asustada por su propia audacia.

—Lo siento —gritó Meredith.

—Más lo vas a sentir.

Kiernan se detuvo, se limpió el barro del mentón y la miró fingiendo fiereza. Y Meredith pensó que, en ese momento, sí que parecía un guerrero, pero del tipo primitivo que se pintaba la cara antes de ir a la batalla.

Él soltó un grito digno de tal guerrero y corrió tras ella, parándose un instante a recoger todo el barro que pudo.

El entorno vibró con los gritos de guerra de él y los chillidos juguetones de ella. Se tiraron barro el uno al otro hasta acabar cubiertos de manchas oscuras y hasta que su pelo quedó oculto bajo negros churretones. Al fin, sólo sus dientes y el blanco de sus ojos estaban limpios. La camisola de Andy había quedado para la basura.

Sus risas y jadeos resonaban en el estanque mientras corrían en el charco, intentando escapar a los proyectiles del contrario.

—¡Toma, Molly!

—¡Has fallado! Andy, tiras como una chica.

—Tú has fallado. Tú tiras como una chica.

—¡Pero lo soy!

—¿Una niña? Eres más bien un monstruo de barro. ¡Toma eso!

Reían tanto que casi se atragantaban. El eco de su alegría resonaba entre las piedras a su alrededor.

A pesar del ruido, del caos, de la risa, una paz de espíritu invadió el corazón de Meredith. Había vuelto a sentir lo mismo que había experimentado el día en que habían montado a caballo. Pero durante mucho más tiempo. Alegría.

Al ser consciente de ello, perdió el equilibrio. Kiernan corría tras sus talones y ella se resbaló. Cayó de espaldas en el barro, que suavizó el golpe y salpicó a su alrededor.

Meredith observó como Kiernan, detrás de ella, intentaba detenerse, pero no lo consiguió y le cayó justo encima. Al menos, pudo parar con los brazos a sus costados, para no aplastarla con su peso.

Meredith miró al rostro del príncipe guerrero. Tenía los ojos brillantes de reír y parecían más azules que nunca. Su sonrisa también relucía, blanca como la nieve.

Ella nunca había sentido nada tan exquisito. Estaba acostada en una cama de barro templado, con la piel resbaladiza. Y Kiernan, igual de resbaladizo, estaba sobre ella. Parte de su cuerpo descansaba en las suaves curvas de las piernas y caderas de ella.

Hasta entonces, él siempre había guardado las distancias.

Y ella, también.

Sin embargo, algo delicado y sutil había cambiado entre ellos.

Su risa se desvaneció y fue reemplazada por un silencio profundo, lleno de tensión sensual.

Él la miró y sus ojos se llenaron de ternura. Alargó una mano y tocó los labios de ella con el pulgar, sólo un instante.

—Tenías barro aquí —susurró él como excusa, con voz ronca.

Durante un momento maravilloso, las barreras de ambos habían desaparecido. Y ella se sintió más abierta que nunca.

Todo era hermoso a su alrededor: el canto de los pájaros, la sensación del barro, los olores de las flores.

Kiernan estaba tan cerca que ella podía ver su barba incipiente. Y podía sentir su aliento en las mejillas, acariciándola con tanta suavidad como su pulgar le había tocado el labio. Estaba tan cerca que podía percibir su aroma, salvaje y limpio como el bosque.

Meredith cerró los ojos y deseó que aquel momento pudiera durar para siempre.

Y que pudiera ir a más.

—Te advertí que sufrirías las consecuencias si te hacía prisionera —dijo él.

¿Iba a besarla? En parte, Meredith sabía que no sería buena idea, pero por otra parte deseaba saborear sus labios, sentir su contacto.

Ella alargó la mano, cubierta de barro, y le acarició la mandíbula. Le acercó un dedo a los labios.

Como si no le importara el barro, Kiernan le mordisqueó el dedo con suavidad.

Meredith notó la suavidad de los labios de él. ¿Cómo podía existir una sensación tan deliciosa?

Y, si se sentía así sólo al tocar sus labios, ¿qué pasaría si él la besaba en la boca? Podría morir de placer, se dijo ella.

Entonces, Meredith supo que algo nuevo estaba naciendo dentro de ella, algo más fuerte y más resistente de lo que había soñado jamás, algo parecido a lo que sentía cuando bailaba.

Se sintió en el Cielo.

Dejándose llevar por el deseo, Meredith le rodeó el cuello con las manos manchadas de barro y lo atrajo hacia ella.

Él apoyó su cuerpo sobre ella, pecho contra pecho, piernas entrelazadas. Los dos, fundidos en uno solo.

Entonces, algo dentro de Meredith le gritó que parara. Le recordó que los momentos de pasión se cobraban un precio demasiado alto.

Sin embargo, en ese instante, a ella no le importaba pagar el precio.

Y, en apariencia, a él, tampoco.

Porque Kiernan la besó. El hecho de que estuvieran cubiertos de barro no hizo más que aumentar la sensualidad, la deliciosa sensación de dejarse llevar por una fuerza más poderosa que ellos mismos, de no preocuparse por lo que sucediera después.

Y Kiernan no sabía a barro, sino a la lluvia de la tormenta, pura, limpia, primigenia. Su beso fue tierno y, al mismo tiempo, lleno de fuerza y pasión.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Meredith había dejado que alguien la tocara, ni de forma simbólica ni física.

Y no se había creído capaz de sentir tanta gula, tanto deseo.

Meredith se zambulló en un mar de sensaciones que la llenaba de alegría, que la satisfacía y curaba sus profundas heridas.

Era una locura. Exquisita, deliciosa, irresistible locura.

Debía detenerlo, se dijo Meredith. Tenía que hacerlo.

Sin embargo, se sentía impotente, en brazos de algo tan increíble y espléndido que no habría podido detenerlo ni aunque le hubiera ido la vida en ello. Ella no era tan fuerte.

Pero Kiernan, sí.

Él se apartó y Meredith, perpleja y triste, supo que su fuerza de voluntad había ganado la batalla. Kiernan se separó de ella, titubeó, le dio un suave beso en la mejilla y se puso en pie, mirándola.

Meredith vio cómo la pasión de sus ojos era reemplazada por el comedimiento. Entonces, supo, con desesperada tristeza, que aquel momento había llegado a su fin.



## Capítulo 6

Kiernan se recompuso y le tendió la mano. Ella la tomó y él la ayudó a levantarse. Si el príncipe le decía que lo lamentaba, Meredith querría morir.

Pero Kieran no dijo nada y ella tuvo una curiosa sensación de alivio al intuir que no lo lamentaba. Ni un poco.

Ella tampoco se arrepentía.

Los dos se quedaron en silencio, mirándose, conscientes de la atracción que había entre ellos.

Él le soltó la mano, pero no apartó la mirada.

—Gracias —dijo Kiernan con suavidad.

Ella sabía a qué se refería. Ese momento tan vibrante de vida había sido un regalo para los dos.

Meredith no se había dado cuenta de lo hueca de su existencia hasta que había experimentado aquellos maravillosos momentos con él. Se había sentido libre, despreocupada, alegre. Había pasado mucho, mucho tiempo desde la última vez que se había sentido tan llena de vida.

Aun así, al pensar que la magia iba a terminar, Meredith tuvo ganas de llorar.

Intentó disfrazar la intensidad de sus sentimientos forzándose a sonreír.

—De nada. La gente paga grandes sumas de dinero para poder jugar con el barro en un *spa*.

—Sí —contestó él, observándola con atención, como si reconociera lo falsa que era su sonrisa—. Lo sé.

Claro que él lo sabía. Él pertenecía a ese mundo, al de los *spas*, los yates y los partidos de polo.

Y no podía invitarla a compartirlo.

Ella no tenía el pedigrí necesario para ser amada por él.

Ser amada... ¿Cómo había podido pensar en algo así?, se dijo Meredith, sorprendida por la velocidad de sus pensamientos.

Entonces, tuvo que reconocer que iba a tener que pagar un precio muy alto por aquel momento de abandono, pues había llegado a ver el corazón del príncipe y había sido testigo de cómo la frialdad de sus ojos había sido sustituida por la más pura ternura. Sí, iba a tener que pagar un precio altísimo, pues ella también había bajado la guardia.

Por un instante, Meredith deseó cosas que nunca podría tener.

Sin embargo, debía estar agradecida por haber logrado escapar de su propia prisión. Aunque sólo hubiera sido durante unos minutos.

Kiernan se apartó de ella con gesto pensativo, como si estuviera haciéndose las mismas reflexiones que ella.

Atravesó la valla de madera y se metió debajo de la cascada con ropa y todo.

Ella lo siguió y se metió en el estanque también. Su piel estaba hipersensible.

Observó como él subía a una roca bajo las cascadas y se dejaba mojar por el agua, como si así estuviera quitándose de encima la experiencia que acababan de compartir.

Ella también debía limpiarse de los residuos del día, se dijo Meredith. Nadó hasta la roca y subió junto a él.

El agua fresca y limpia les caía como un intenso masaje sobre la piel.

Aunque Kiernan y Meredith estaban casi pegados, ella fue dolorosamente consciente de la distancia que los separaba, que mantenía sus mundos alejados a pesar de todo.

Entonces, ella lo miró y se quedó sin respiración.

Kiernan tenía el rostro levantado hacia el agua, los ojos cerrados, mientras los restos de barro se disolvían y desaparecían de su cara y de su pelo, dejando desnudos unos rasgos perfectos: fuerte mandíbula, orgullosas mejillas, fuerte nariz, un pequeño hoyuelo de su barbilla...

La camisa de Andy también estaba más limpia, pero el agua la había vuelto transparente y se pegaba a su fuerte pecho. Meredith vio la silueta de sus pezones, la marca de sus costillas, su fuerte y plano vientre. Y se le quedó la boca seca de deseo.

Quería tocarlo. Saborearlo. Abrazarlo.

Eran deseos imposibles. Sólo conseguiría sufrir más si seguía pensando en ello, se dijo Meredith. ¿Y no había padecido ya suficiente en la vida?

¿Era el frío del agua lo que la hacía tiritar o era, más bien, por tenerlo tan cerca?

Meredith quiso poder grabarse ese momento en la memoria, no olvidar nunca su infinita belleza.

Kiernan se volvió y se tiró de cabeza al estanque desde la roca. Nadó hasta la orilla donde habían dejado las cestas hacía poco más de una hora.

¿Cómo podía haber cambiado todo tanto en tan poco tiempo?

Meredith también se lanzó al agua, nadó y salió del estanque con el pelo chorreando. Por cómo Kiernan la miró, ella se dio cuenta de que la blusa de Molly también debía de haberse quedado transparente.

Ella se miró el pecho. Su sujetador, un cómodo modelo deportivo que usaba para bailar, dejaba ver a través de la tela.

Meredith se sentó a su lado y rebuscó en las cestas. A toda velocidad, sacó una toalla y se envolvió el cuerpo con ella. Luego, le tendió otra toalla a Kiernan y una muda de ropa.

Él sonrió, tal vez por lo rápido que ella se había cubierto.

—Vas bien preparada —comentó él.

Sí. Y no, se dijo Meredith. Había algunas cosas para las que no podía estar preparada. Como para dejar que terminara un día tan perfecto.

Kiernan tomó la muda y, sin hacer ningún comentario fácil sobre la sensualidad del momento, se fue detrás de una roca para cambiarse.

Meredith no quería imaginárselo desnudo allí en medio, pero la tentación fue demasiado fuerte.

En el camino de regreso, permanecieron en silencio, como si ambos estuvieran rumiando lo que había pasado y deliberando cómo podían volver al punto de partida: las clases de baile.

Meredith entró en palacio por la entrada de servicio. Tuvo que detenerse un momento, mostrar su identificación y su pase. El guarda de seguridad se quedó estupefacto al reconocer al príncipe sentado junto a ella, se puso firme e hizo el saludo oficial.

No podía haber un mejor recordatorio de quién era el hombre que iba a su lado, pensó Meredith.

Y la mirada atónita del guarda al ver a su Alteza sentado en un utilitario tan humilde con una de las empleadas no pudo ser mejor recordatorio de quién era ella.

Él no era Andy. Ella no era Molly.

Él era un príncipe, nacido en una cuna de poder y prestigio. Ella era la hija de una criada, una mujer que había dado a luz a un hijo ilegítimo, una persona con una trágica historia a las espaldas.

El príncipe salió casi sin mirarla. Ella apenas lo miró.

No se dijeron adiós.

Meredith se preguntó si él aparecería al día siguiente para su clase.

¿Y ella?

Todo se había vuelto demasiado peligroso y ella ya no sabía cómo manejar la situación.

Sin embargo, incluso esa tintineante sensación de peligro era como un cosquilleo que la hacía sentir viva.

Estaba viva y, por primera vez en mucho tiempo, sentía una profunda gratitud por la vida. El dolor. La alegría. La capacidad de ser herida. La capacidad de amar. Todo formaba parte del baile más increíble y universal.

—Para mí, está prohibido —dijo ella, hablando sola. No podía amar a Kiernan a causa de quién era él. Y a causa de quién era ella.

Aunque... ¿qué era más atractivo que una fruta prohibida?

\* \* \*

Cuando el príncipe Kiernan entró por las puertas de la sala de baile a la mañana siguiente, Meredith se debatió entre el alivio y el miedo.

Él llegó puntual como siempre.

Intercambiaron los saludos oportunos. Ella puso la música. Él le tomó una mano y posó la otra en su cintura.

La excursión a las cascadas había sido, sin duda, una malísima idea, pensó Meredith.

Estaba pasando lo mismo que había sucedido después de que ella hubiera paseado a caballo y hubieran bailado juntos en el jardín. Kiernan había bajado la guardia, pero sólo de forma temporal, ¡para después erigir sus defensas más altas que nunca!

Tras media hora de bailar con lo que parecía un robot, Meredith había dejado de

sentirse vibrante de vida. ¡Sólo se sentía frustrada! ¿Estaría él bailando tan mal sólo para fastidiarla? Tal vez, el príncipe esperaba que ella cancelara la clase. E, igual, ella debería hacerlo.

Pero no podía. Era demasiado tarde para practicar con otra persona. Las chicas, que estaban ensayando por su lado, en la escuela, practicaban hasta la saciedad, día y noche, poniendo toda el alma en ello.

Meredith no iba a decepcionarlas sólo porque el príncipe Kiernan fuera el hombre más cabezota del mundo.

¡Pero ya estaba harta!

—Esto es exasperante —dijo ella, soltándose y cruzándose de brazos. Lo miró a los ojos.

En alguna parte, tras su máscara de frialdad y compostura, debía estar el hombre que la había perseguido lanzándole barro y riendo el día anterior.

—Te lo advertí. No tengo talento.

—Usa tus poderes de príncipe y ordena a alguien que nos consiga la película *Bailando en el cielo*. Y haz que nos la traigan ahora mismo.

Era una petición imposible. Era una película antigua. Sería muy difícil, si no imposible, de encontrar, reconoció ella para sus adentros.

Durante un momento, Kiernan pareció a punto de discutir, pero no lo hizo, probablemente porque prefería hacer cualquier cosa con tal de no bailar.

Con ella.

La tensión entre ambos era demasiado fuerte. Si se aprovechaba bien, podía ser la energía necesaria para conseguir una actuación impresionante. Pero si se intentaba bloquear, sólo provocaría una puesta en escena desastrosa.

Kiernan se sacó el móvil del bolsillo e hizo una llamada.

—Diles que no olviden las palomitas —ordenó ella de mal humor—. Y quiero también algo de beber.

—Eres una mandona —dijo él—. Como siempre.

Minutos después, sonó su móvil.

—Está preparada en la sala de teatro —indicó él.

—¿No podemos verla aquí?

—No. No pienso sentarme en el suelo helado para ver una película. Ni siquiera por ti.

Ni siquiera por ella. Meredith se dio cuenta, al instante, de que a él se le habían escapado aquellas palabras. En cierta forma, implicaban que él haría cualquier cosa por ella.

Ella intentó calmar los acelerados latidos de su corazón y siguió al príncipe a otra sala.

Era la primera vez que Meredith estaba en la zona privada de palacio. La sala de baile, la sala del trono y la sala de exposiciones estaban en el ala pública de palacio, abiertas a visitas guiadas durante todo el día.

El príncipe Kiernan la guió bajo un arco custodiado por dos guardias que lo saludaron con mucha pompa. La puerta conducía al área privada de la familia real.

A la entrada, había un gran cuarto de estar a un lado y una escalera al otro lado. Todo estaba lujosamente decorado, con cuadros de viejos maestros, alfombras persas, valiosas antigüedades, muebles tapizados con finas sedas bordadas. Una impresionante lámpara de araña iluminaba la estancia.

Kiernan no prestó atención a nada de ello mientras comenzaba a subir por las escaleras, junto a paredes llenas de retratos de sus antepasados, todos parecidos a él y todos mirándolos con gesto de desaprobación.

—Qué aspecto tan alegre tienen —se burló ella—. Tus antepasados sí que parecían distantes y reservados.

—¿Verdad?

¡Así que de ahí había heredado él su rigidez!

—Quizá sea una pérdida de tiempo intentar romper algo arraigado en tus genes durante cientos de años.

—Es lo que intentaba decirte.

Y, si no hubiera sido tan estúpida como para llevarlo de excursión a las cascadas, Meredith lo habría creído.

—Esta es la planta donde duermen los invitados —indicó él y la guió por un ancho pasillo.

Tres puertas a cada lado del pasillo estaban abiertas y Meredith se asomó al pasar. Todas estaban decoradas con mucho gusto.

Sin duda, príncipes y presidentes de todo el mundo habían pasado por allí, pensó Meredith y, sin que él se diera cuenta, lo miró con cierta sensación de admiración.

Kiernan abrió una puerta al final del pasillo.

Meredith intentó disimular su asombro. La sala de proyecciones era, sin duda, uno de los más lujosos teatros privados del mundo. Las paredes estaban tapizadas de cuero. Las alfombras eran doradas, con el escudo de la corona en tonos oro oscuro. Había tres filas de asientos tapizados de suave cuero, mirando hacia una de las pantallas más grandes que ella había visto en su vida.

Había dos asientos delante de todos los demás y Kiernan señaló hacia ellos. Meredith ocupó uno, pensando que ahí debían de haberse sentado las personalidades más importantes.

—¿Quién fue la última persona que se sentó aquí? —preguntó ella.

—Creo que fue el presidente de Estados Unidos. Un hombre agradable.

Un hombre con una chaqueta blanca, parecida a la que le habían tomado prestada a Andy, llegó con un bol lleno de palomitas calientes. Apretó un botón a un lado del asiento y salió una bandeja del reposabrazos.

—Lo de las palomitas era broma —dijo ella, aunque no rechazó el bol.

—¿Quiere beber algo, señorita?

En parte, intimidada por donde estaba, Meredith estuvo a punto de decir que no,

sólo por no llamar la atención.

Pero, otra parte de ella pensó que, tal vez, nunca volvería a tener una oportunidad como aquella y que debía aprovecharla al máximo. Decidió comprobar qué pasaría si le pedía al sirviente algo sumamente exótico y poco común, sobre todo para ser las diez de la mañana.

—Sí, gracias. Tomaré una piña colada.

El sirviente ni siquiera parpadeó, le tomó su pedido al príncipe y desapareció para regresar minutos después.

—Lo siento —dijo el criado—. Hoy no tenemos leche de coco fresca.

Meredith contuvo el malicioso impulso de responder: «que no vuelva a pasar». El sirviente la miraba con gesto amistoso, sin juzgarla.

—¿Quiere alguna otra cosa?

—No, gracias, muy amable —dijo ella con sinceridad.

Meredith le dio un trago a su bebida. Incluso sin la leche de coco fresca, era pura ambrosía.

La película empezó. Durante los primeros minutos, ella sólo podía pensar en que el príncipe Kiernan estaba a su lado. Se sentía como si fuera su primera cita y ambos tuvieran miedo de darse la mano.

*Bailando en el Cielo* era una película vieja y mala, pero las escenas de baile eran increíbles, llenas de fuerza y sensualidad.

Aunque había visto la película una docena de veces, Meredith pronto se sumergió en la historia de una joven malcriada y egoísta que pasaba por delante de una escuela de baile llamada El Cielo y se quedaba cautivada por lo que veía por la ventana. El instructor de baile era un hombre mayor y amargado, que había tenido que dejar su carrera de bailarín a causa de una caída. Daba clases de baile sólo por el dinero, porque tenía que hacerlo.

A lo largo de las escenas de baile preferidas de Meredith, la joven conseguía dejar atrás su actitud cínica y superficial y el instructor volvía a tener esperanza.

La historia era cada vez más romántica, impregnada de la química sexual que bullía entre los dos personajes. El instructor luchaba consigo mismo para no aprovecharse del amor de la joven, pero al fin sucumbía a ella y la extraña pareja, unida gracias al baile, vivía un final feliz.

¿Por qué había insistido tanto en que el príncipe viera aquella ridícula historia, tan azucarada y poco realista?, se preguntó Meredith de pronto.

Cuando hubo terminado, a ella le corrían lágrimas por las mejillas. Se las secó antes de que se encendieran las luces de la sala, dejó a un lado el vaso vacío y el bol de palomitas, también vacío.

—Ahora ya sabes lo que espero de ti. Yo misma encontraré la salida. Nos vemos por la mañana.

Kiernan se dio cuenta de que ella evitaba mirarlo a los ojos. Algo de la película la había entristecido.

No debía darle muchas vueltas, se dijo él. Sobre todo, después de lo que había pasado el día anterior.

La había besado. Y no había sido un suave beso en la mejilla. No, había sido la clase de beso que abría el corazón de un hombre.

Había sido la clase de beso capaz de hacer que un hombre mirara atrás y encontrara su vida pasada vacía de todo sentido.

Quizá, tales cosas pudieran pasar entre una mujer y un hombre corrientes.

Pero en su mundo... Si él se hubiera dejado llevar por ese beso, el mundo de Meredith habría llegado a su fin.

Ella le había confiado sus más profundos secretos. ¿Qué pasaría si esos secretos fueran expuestos ante todos? Si él se dejaba llevar de nuevo por lo que sentía, la prensa pondría a Meredith en el centro de un circo romano. Publicarían fotos de ella y el bebé. El pasado de su madre sería investigado. Encontrarían a su ex y le harían preguntas sobre su relación.

Así que lo mejor era no seguir adelante, se dijo Kiernan, y hacer caso omiso de lo disgustada que ella parecía.

Pero no fue capaz.

Kiernan se puso delante de ella, bloqueándole el paso.

—¿Estás triste?

—No. Sólo es que tengo que irme. Tengo que...

—Estás triste —afirmó él—. ¿Por qué? ¿Es por la película?

—No, yo...

—Por favor, no me mientas —pidió él—. Nunca lo has hecho antes y no eres buena mentirosa.

Ella se quedó callada.

—¿Te ha recordado al padre de tu bebé? —preguntó él—. ¿Era eso lo que sentías por él?

Kiernan recordó la vibrante sensualidad que había envuelto a la pareja de protagonistas y sintió el aguijón de la envidia. Pero lo que él sintiera no era importante. Meredith estaba temblando.

—Habla conmigo, Meredith.

—Tenía un final feliz —susurró ella—. ¡Odio los finales felices! ¡Si no fuera por las escenas de baile, nunca te habría pedido que vieras un bodrio así!

A Kiernan le sorprendió que odiara los finales felices. ¿Cómo era posible que una mujer tan joven y llena de vida hubiera perdido la esperanza de un final feliz para su vida?

—El padre de mi bebé era mayor que yo, tenía veintidós años. Era nuevo en el

barrio y todas las chicas estaban locas por él. Yo estaba entusiasmada porque me hubiera elegido.

Kiernan sintió una profunda rabia hacia ese hombre al que nunca había conocido, hacia un tipejo así, capaz de manipular y engañar a una jovencita. Pero no dijo nada, temiendo que, si hablaba, ella se cerraría en banda.

Y le pareció que ella necesitaba desahogarse, decir todo lo que había estado conteniendo durante demasiado tiempo. Y él tenía que ser lo bastante hombre como para escuchar, sin dejarse distraer por lo jugoso de sus labios y el recuerdo de su sabor. Sin poner sus propias necesidades por delante de las de ella.

—Si me hubiera casado con Michael, el padre de mi bebé, habría sido un desastre —afirmó Meredith—. Ahora lo sé. Para mi madre y para mí ya era lo bastante difícil llegar a fin de mes y habría sido peor con él. ¿Quieres saber el mal gusto que tengo con los hombres? ¿Lo quieres saber?

Kiernan leyó el dolor en sus ojos y deseó saberlo todo de ella. Todo.

—Ni siquiera vino al funeral.

Meredith empezó a llorar.

Y Kiernan hizo lo que debió haber hecho el día anterior en el coche, lo que había querido hacer entonces.

La abrazó contra su pecho, le acarició la espalda, dándole fuerzas, consolándola.

—Yo lo quería con locura. Supongo que me aferraba a la esperanza de que Michael entrara en razón, de que regresara a rescatarme. Esperaba que le demostrara a mi madre que se había equivocado respecto a él. Y que nos amara —confesó ella—. Kiernan, a él yo no le importaba nada. En absoluto. Y yo me engañé pensando que sí. ¿Cómo puede una persona confiar en sí misma después de eso? ¿Cómo?

A él le encantó que lo llamara por su nombre de nuevo, sin títulos formales de por medio.

La confianza y la amistad estaban ocupando el lugar de los formalismos. Kiernan la abrazó, la dejó llorar. Y tuvo que admitir que aquello no era simple amistad.

La furia que él sentía hacia el hombre que tan cruelmente la había utilizado y le había roto el corazón se desvaneció mientras la sostenía contra su pecho, cautivado por la intimidad de aquel momento y por lo sagrado de su confianza.

Nunca antes había sentido algo tan profundo, reconoció Kiernan.

—Te mereces algo mucho mejor —dijo él al fin.

—¿Ah, sí?

Kiernan la apartó un poco y la miró a los ojos.

—Sí —repuso él con fuerza—. Claro que sí. Debes confiar más en ti. Entonces, sólo eras una niña. Tenías dieciséis años, ¿no?

—Cuando Carly nació, tenía diecisiete.

—Una niña —repitió él—. Utilizada por un hombre adulto. Fue despreciable. Si te soy honesto, ¡me gustaría encontrarlo y darle una buena lección!

Meredith sonrió al escucharlo.



—¿Lo encerrarías en las mazmorras?

Kiernan se sintió aliviado por ver que ella se estaba recuperando y que sus ojos comenzaban a brillar de nuevo.

—¡Eso es! ¡Con muchas ratas!

—Gracias —dijo ella.

—No he terminado. En cuanto a que no confíes en ti... Meredith, has superado experiencias dolorosas y te has propuesto mejorar las cosas para los demás. ¿Recuerdas lo que te dije cuando me diste las gracias por no dejarte caer del caballo?

—Sí —musitó ella—. Dijiste que lo importante no es no caerse. Todo el mundo se cae. Dijiste que lo que contaba era saber levantarse.

Kiernan se sintió halagado porque ella lo recordara con tanta exactitud.

—Y lo que cuenta es cómo te has levantado, Meredith. Al ayudar a esas chicas de Wentworth estás honrando la memoria de tu bebé. Y de tu madre.

Ella sonrió con los ojos húmedos y se apartó, no muy convencida.

—Mírame. Soy una idiota, llorando delante de un príncipe.

Meredith se giró y él la agarró del brazo para que no se fuera.

—No quiero que te vayas, todavía, no. Tomemos el té antes.

—¿Habrá hojaldres de crema? —preguntó ella, intentando disimular que era él quien le resultaba irresistible, no los pastelitos.

—Sí.

Kiernan la condujo a un ascensor al otro lado del pasillo y la llevó a sus aposentos.

—Es muy bonito —observó ella, parada en la puerta, como si tuviera miedo de entrar. Aquello era demasiado íntimo—. ¿Es a ti a quien le gustan los Monet? —preguntó para distraer sus pensamientos, pues había varios cuadros del maestro francés en palacio.

Él asintió.

—A mí también. Tengo varias copias de obras tuyas.

—Yo pienso que era un visionario —señaló él—. Creo que esos paisajes soñadores y mágicos eran como él veía el mundo. ¿Sabes lo que me más me gusta de él?

Meredith lo miró.

—Su discapacidad era su mayor don. Y tus duras experiencias, Meredith,...

Ella lo miró como si estuviera esperando que le lanzara un cabo salvavidas. Él esperó poder hacerlo.

—Tus duras experiencias te han hecho ser lo que eres. Fuerte y, al mismo tiempo, buena. Tu bondad reluce en ti como un halo dorado.

Por la expresión de Meredith, Kiernan pensó que le había dicho lo que ella necesitaba oír, pero aun así no parecía del todo convencida. Él se giró hacia la mesa donde estaba dispuesto el té, en un balcón con vistas a los jardines y a la ciudad de

Chatam.

—En vez de romperte con tus caídas, has encontrado fuerzas para seguir adelante —continuó él.

—No, no lo he hecho.

Kiernan no pensaba dejar el tema hasta que la hubiera convencido de su bondad, de su fuerza innata y de que tenía que dejar atrás toda su tristeza. Quería que ella estuviera orgullosa por cómo estaba eligiendo vivir, por el futuro que estaba eligiendo.

—Quiero saberlo todo de ti. Quiero saber cómo te has convertido en la mujer maravillosa que eres —dijo él con total sinceridad.

Ella lo miró a los ojos y, luego, a la bandeja de pasteles que una criada estaba llevando.

—Oh —dijo ella—. Los hojaldres de crema.

—Sé cómo sacarte tus secretos, Meredith.

—No hay nada de maravilloso en mí.

—Ah, bueno, eso lo decidiré yo.

Meredith pensó un instante y suspiró. Estaba a punto de rendirse. Kiernan le pasó la bandeja. Ella tomó un hojaldre de crema y suspiró de nuevo. Cuando lo mordió y cerró los ojos, él supo que ella se había rendido del todo.

Hablaron durante largo rato, de cosas sinceras y profundas. Y Kiernan se sintió como si pudiera estar allí con ella para siempre.

Era ya bien entrada la tarde cuando Meredith se miró el reloj, soltó una exclamación y le presentó sus excusas. Se fue en cuestión de segundos.

Kiernan no se había sentido nunca tan unido a nadie y nunca nadie había depositado en él tanta confianza.

Se quedó allí sentado, solo. De pronto, la sala le pareció fría y vacía. Era como si la vida se hubiera esfumado de allí cuando Meredith se había ido.

Sin ella, la habitación parecía rígida. E incómoda.

A Kiernan le había gustado tenerla allí, en su espacio privado. Le había gustado ver la película juntos y que ella hubiera intentando ocultar lo impresionada que había estado porque un presidente se hubiera sentado en su misma silla. Y le había gustado cómo había tratado a Bernard, con amabilidad y no como si hubiera sido invisible, al contrario de lo que solía hacer Tiffany.

Y, para colmo, le había gustado la película.

A pesar de que era una tontería romántica, la película hablaba de personas que tenían el valor de perseguir sus sueños, de superar sus constricciones y elegir lo que realmente querían.

Y, por último, a Kiernan le había encantado cómo Meredith le había abierto su corazón, tal vez vencida por los pastelitos de crema y su genuino interés por ella.

Él había descubierto que, sobre todo, Meredith era valiente.

Había tenido una vida difícil, llena de pérdidas, pero no se había rendido a la

autocompasión. Meredith estaba aceptando los retos que la vida le presentaba. Tenía valor para seguir adelante.

Y eso era lo que ella le estaba pidiendo, caviló Kiernan. Meredith esperaba que él sacara todo su valor a la pista de baile, que se lanzara a bailar sin barreras, sin máscaras y sin red de seguridad.

Ella le estaba pidiendo que fuera el mismo hombre que había sido cuando la había estado persiguiendo por el barro.

Un hombre radiante de vida. Alguien despreocupado y genuino.

Sin defensas. Sin barreras.

Y le estaba pidiendo, también, que fuera como acababa de ser: sensible y compasivo.

La verdad era que lo que Meredith le pedía requería más valor que cualquier cosa que Kiernan hubiera hecho jamás. En las cascadas, él se había comportado así. Y, una vez más, después de la película, los dos se habían relacionado de forma abierta por completo, sin barreras.

El príncipe se sintió como si estuviera al borde de un precipicio. ¿Sería capaz de lanzarse, confiando en que algo o alguien lo recogería antes de caer o se daría media vuelta?

—Es mejor dar media vuelta —dijo él hablando solo—. Por ella.

Pero Kiernan dudó tener la suficiente fuerza de voluntad como para hacer eso. Quería aprovechar al máximo el tiempo con ella antes de que todo terminara. Así, podría tener recuerdos, un secreto sagrado que pudiera saborear a solas cuando Meredith se hubiera ido.

## Capítulo 7

—Desde el principio —dijo Meredith.

La clase de baile no iba mejor que la del día anterior. La película no había cambiado nada, se dijo ella. No, no era cierto. Lo había cambiado todo.

La había cambiado a ella. Quizá no había sido la película, sino lo que había pasado después.

Cuando Kiernan la había abrazado, Meredith se había sentido como si todo por lo que había luchado desde la muerte de su madre y de su hija, independencia, fuerza y autoconfianza, se desvanecieran.

Y había comprendido la terrible verdad.

Todas esas cualidades por las que había luchado no habían sido más que distracciones. La pura verdad era que estaba sola por completo en el mundo.

Y, durante un momento, durante un instante tierno y exquisito en brazos del hombre más poderoso del país, no se había sentido sola. Sentada junto a él en el balcón de sus aposentos privados, contemplando sureino, abriéndole su corazón, contándole sus secretos... no se había sentido sola.

Y aquélla era la sensación más adictiva que había experimentado nunca. Quería sentirlo de nuevo. Para siempre.

Debía tener cuidado y mantener a raya sus sentimientos, se dijo ella.

Sus mundos eran demasiado distintos, igual que les sucedía a los personajes de la película. Pero, a diferencia de lo que había ocurrido en la pantalla, sus vidas no podrían unirse nunca. Y, cuanto antes lo aceptara, mucho mejor, pensó Meredith.

Esa mañana, Meredith se sentía un poco avergonzada por haberle contado sus secretos el día anterior. No sólo le había hablado de Carly y de Michael, sino también de su infancia, de cómo había sido crecer con una madre soltera en Wentworth y de cómo ella se había convertido en lo mismo.

Meredith le había hablado del ballet, de la fe que su madre había tenido en ella y de cómo había perdido una beca cuando se había quedado embarazada. Le había hablado de lo difíciles que habían sido los primeros días de Carly, a pesar de la ayuda de su madre.

Le había contado, también, que había recibido el dinero de un seguro después de la tragedia, lo que le había permitido montar su escuela y crear *Nada de príncipes*. Y le había confesado lo culpable que se sentía por estar haciendo realidad sus sueños gracias a que sus seres queridos hubieran muerto.

Oh, sí, le había contado demasiadas cosas. Y, ese día, estaba afectando de forma negativa a la manera en que ella estaba bailando.

En el presente, era Meredith quien había levantado sus defensas. Era ella quien no podía abrirse por completo, quien no podía mostrarse como alguien vulnerable en la pista de baile.

Y le estaba fallando a Kiernan, se reprochó ella, porque no podía permitirse

volver a abrirse a él.

Estaba tan rígida y tensa como el príncipe había estado el primer día. ¡Qué terrible ironía el que, justo cuando él empezaba a abrirse, ella se cerrara en banda!

—¿Cuál es el problema? —preguntó él.

¡El problema era que él la miraba con ojos llenos de ternura! ¡Se estaba enamorando de él, ése era el problema!, se dijo Meredith.

—¿Sabes una cosa? —dijo él y chasqueó los dedos—. ¡Tengo el poder de arreglar cualquier problema!

Sí, pensó Meredith. Él podía ponerse de rodillas y confesarle que estaba loco por ella, decirle que no podía vivir sin ella.

¡Tanto trabajo, tantos esfuerzos por proteger su corazón... para nada!, se reprendió a sí misma con desesperación.

—Voy a hacer una llamada —informó él, sonrió y salió del salón.

Cuando regresó, Kiernan tenía una bolsa de papel en la mano. La abrió y, con la agilidad de un mago, sacó un pedazo arrugado de tela blanca.

—¡Tachan!

—¿Qué es eso?

—Creo que tengo la solución —repuso Kiernan y sacó otro pedazo de tela. Se lo puso en la solapa. Tenía bordado el nombre de Andy.

Meredith miró el pedazo de tela que él le tendía. Tenía el nombre de Molly.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que esta clase de baile es como actuar?

Ella asintió.

—Bueno, yo voy a ser Andy durante el resto de los ensayos. Y tú vas a ser Molly.

Meredith lo miró estupefacta. Quiso negarse. Quiso proteger su corazón, fingir que no era demasiado tarde para eso.

Pero no pudo resistirse a la tentación de aceptar una propuesta tan brillante. Si pudiera fingir ser otra persona, había una pequeña posibilidad de salvar su representación de la catástrofe. Y, tal vez, al mismo tiempo, podría salvarse a sí misma de un amor imposible.

En ese momento, Kiernan había tomado la responsabilidad de salvar la situación, quitándole a ella ese peso. Él puso la música, la miró y le tendió las manos.

—¿Bailamos, Molly?

Ella asintió. Le dio las manos.

—¿Recuerdas a Andy? —preguntó él, sonriendo mientras empezaban a bailar.

—¿Ese muchacho travieso que nunca hace las tareas? —replicó ella, esforzándose por cambiar de humor.

—Pero sí vio la película.

—Una estrategia para perder clase, seguro.

—Es cierto.

Kiernan hizo los primeros pasos del baile con total perfección. Sólo quedaba en ellos un ápice de rigidez.

La transición se acercaba.

—Andy le guiña un ojo a la maestra y la hace sonrojar —le recordó Meredith, sumergiéndose en el momento.

Y Kiernan se convirtió en ese instante en el joven pícaro capaz de hacer perder la cabeza a su maestra sólo con un guiño de sus ojos color zafiro.

—Creo que también hace que a ella se le caigan las cosas —continuó ella, sonrojándose—. Y que se olvide de lo que estaba enseñando.

Kiernan sonrió con la sonrisa traviesa de Andy. A través de la danza, se convirtió en el joven que montaba en moto con cazadoras de cuero negro, en el muchacho que amaba la velocidad y que rompía las reglas.

En ese momento, Kiernan se transformó por completo en un chico malo. Juguetón. Rebelde.

¡Y comenzó a mover las caderas!

Kiernan le soltó la mano a Meredith y representó su solo de baile. Se hizo el amo de la pista.

Ella se quedó boquiabierta cuando él se arrancó de la solapa el nombre de Andy y lo tiró al suelo.

Delante de sus ojos, Kiernan se convirtió en el hombre que amaba la música alta y los bares llenos de humo, las chicas con faldas muy cortas y blusas ajustadas. Se transformó en el chico que se refrescaba en la fuente de la ciudad y que no se quitaba el sombrero cuando sonaba el himno nacional.

Se convirtió en un hombre tan cómodo consigo mismo como para disfrutar nadando desnudo en el mar bajo la luz de la luna.

Entonces, llegó la siguiente parte del baile.

Kiernan dejó de actuar como un joven inmaduro que perseguía a las chicas y rompía las reglas sólo por diversión.

Era un hombre maduro reclamando a la mujer con la que quería pasar el resto de su vida.

Kiernan cruzó la pista de baile hasta ella y bailaron juntos como si nada más existiera en el mundo, sólo los dos y la pasión que los unía.

Meredith no era Meredith. Era Molly. Y eso hizo que algo dentro de ella se liberara. No tenía un pasado. Sólo era una joven que buscaba excitación.

Al representar el papel de Molly, Meredith llegó a comprenderse a sí misma cuando había sido joven. Y a perdonarse.

Al fin, los dos quedaron sin aliento y la música se paró. Pero Kiernan no la soltó. La miró en silencio, hablándole sin palabras.

Meredith se apartó con sonrisa temblorosa.

—Ha sido perfecto —dijo ella.

—Lo sé. Podía sentirlo.

Meredith luchó por mantener la calma, por trazar la línea que separaba lo personal de lo profesional. Debía desistir de su deseo de besarlo, de tener algo que él

nunca podría ofrecerle.

—¿Sabes lo que estaría genial? —señaló ella—. Podemos cambiar un poco la pieza para que, en la escena del sueño, sean Molly y Andy los que bailan y que Andy se convierta en un príncipe.

Kiernan siguió mirándola en silencio y ella se dijo que debía tomar una decisión drástica. Tenía que ponerle fin a aquello.

—Sabes lo que significa esto, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

—Que hemos terminado.

—¿Terminado? Pero quedan dos días más de ensayo —protestó Kiernan, frunciendo el ceño.

—No, no hay nada más que ensayar —repuso ella con firmeza. No se sentía capaz de repetir un baile como aquél dos días más con él—. Hemos terminado. La próxima vez que bailemos, será en la gala benéfica, príncipe Kiernan.

Kiernan la miró atónito. Ella también estaba estupefacta. Le había puesto fin a su relación. De golpe. Había decidido terminar con aquella locura en ese mismo instante.

—Bueno, felicidades, Alteza —dijo ella con forzado buen humor y le tendió la mano para estrechársela—. Nos veremos la noche de la gala. Sólo quedan un par de días.

Pero, en vez de estrecharle la mano, el príncipe se la tomó, se inclinó y se la besó.

—No —dijo él.

—¿No qué?

—Volveremos a vernos antes de la noche de la gala.

—¿Cómo?

—Tú me abriste las puertas de tu mundo, Meredith. Me ofreciste un regalo sin esperar nada a cambio. Ahora quiero hacer lo mismo contigo. Te invito a vivir una noche en mi mundo —indicó él.

Ella se obligó a negarse, pero fue incapaz de abrir la boca.

—Es lo menos que puedo hacer por ti. Enviaré un coche a buscarte esta noche. Haremos una cena de despedida en mi yate.

Debía decir que no, gritó una voz dentro de Meredith.

¿Pero qué mujer podía negarse a pasar una velada con un príncipe, por muy desesperada que estuviera por proteger su corazón?

Sería una cena de despedida, él mismo lo había dicho, pensó Meredith. Una última vez a solas.

Intentando bloquear sus dudas y sus celos, ella se rindió a la tentación. No podía perder mucho más por disfrutar de una noche con él. ¿O sí?

Meredith se puso un sencillo vestido de cóctel negro, altos tacones y las joyas

más caras que podía permitirse, dos pequeños pendientes de diamantes engarzados en oro blanco. Un chófer uniformado la fue a recoger y la condujo a una enorme limusina negra con el escudo de la casa real. Ella se sintió como una celebridad, mientras los viandantes se detenían a mirar con curiosidad y ella les devolvía la mirada tras los cristales tintados del vehículo.

El coche atravesó las calles de Chatam hasta llegar al puerto. Allí, se detuvo delante de un atracadero privado. El yate, llamado *Real Azul* se mecía suavemente en el muelle.

Había una alfombra preparada para que a ella no se le quedaran atrapados los tacones entre los listones de madera de la plataforma flotante. Las ventanas del yate despedían luz que se derramaba sobre las aguas oscuras.

Más que un barco, eso parecía un palacio flotante.

Meredith vio entonces al príncipe Kiernan en la cubierta superior, esperándola apoyado en la barandilla.

Tuvo deseos de correr hacia él, pero se contuvo y caminó hacia el yate con la elegancia y gracia que había adquirido después de tantos años de bailar. Sabía que él la estaba contemplando y disfrutó de ello.

El príncipe Kiernan la recibió en la cubierta, sin dejar de mirarla a los ojos ni un momento. A ella se le aceleró el corazón. Luego, él le tomó la mano, se inclinó y se la besó.

—Bienvenida —dijo él, recorriéndola con la mirada.

Todo el tiempo que había pasado maquillándose, peinándose y vistiéndose mereció la pena en ese momento, pensó ella. Aunque Kiernan parecía estar memorizándola. Le había dado la bienvenida, ¿pero no sería aquello más bien un último adiós?

—Estás preciosa.

—Gracias —repuso ella. Él también estaba increíble, observó, vestido con un traje oscuro y camisa blanca. Parecía un príncipe de cuento de hadas.

—Ven —invitó él, le dio la mano y la condujo hasta un asiento de cuero blanco en cubierta.

El barco fue alejándose del atracadero, hacia la salida del puerto.

—Quiero avisarte de que, a pesar de que he intentado librarme de mis compromisos para esta noche, espero una llamada del ministro de trabajo. Tengo que atenderla. Espero que sea breve, pero tal vez se alargue un poco. Espero que no te aburras.

Meredith estaba acostumbrada a esa clase de interrupciones en sus ensayos.

—¿Aburrirme? ¿Cómo voy a aburrirme aquí? —replicó ella y señaló a su alrededor, viendo la isla alejarse—. Esto parece un sueño.

—Ahora empezará a hacer más fresco, según nos adentremos en mar abierto —indicó él—. ¿Quieres entrar?

Meredith negó con la cabeza. Él sacó una manta de un cajón debajo del banco y



se la puso a ella sobre los hombros. Luego, se acercó más para darle calor con su cuerpo.

Mientras el barco navegaba, Kiernan y Meredith hablaron de todo y de nada. Sobre lo entusiasmadas que estaban las chicas con la actuación, sobre el talento y el potencial de Eric Fisher, sobre el estado de salud del príncipe Adrian, sobre la llamada que Kiernan esperaba del ministro, que podría significar buenas noticias para el futuro del país.

Después de una media hora de bordear la costa de la isla, el yate se detuvo ante una pequeña cueva. Meredith escuchó como echaban el ancla.

—Se llama la cueva de la Luciérnaga —indicó él—. ¿Ves por qué?

—Oh —dijo ella al ver miles de pequeñas lucecitas brillar en la oscuridad—. Es muy hermoso.

Comenzó a levantarse más viento y Kiernan le tendió la mano a Meredith para llevarla dentro.

El espectáculo era tan bonito como en el exterior.

La decoración era fabulosa, con cuadros modernos, caras alfombras y una increíble lámpara de araña sobre la mesa del comedor, puesta para dos con una maravillosa vajilla de porcelana.

Meredith bien podría haberse sentido fuera de lugar e incómoda ante tanto lujo, pero Kiernan estaba con ella, bromeando, haciéndole reír y eso le hacía sentir más a gusto que en ninguna parte.

La cena estaba compuesta de deliciosos platos y vinos inmejorables, algo que una chica de Wentworth nunca probaría en otras circunstancias.

Después de cenar, salieron a cubierta para tomar café. Kiernan la cubrió con la manta y la rodeó con sus brazos. Se sentaron rodeados de luciérnagas y charlaron. Al principio, de cosas superficiales, como de lo rica que había estado la comida, de la belleza de las luciérnagas y las estrellas.

Sin embargo, Meredith ansiaba comprobar que él también confiaba en ella.

—Dime qué hiciste para ganarte esos horribles apodos de príncipe Rompecorazones y príncipe *Playboy*. Por lo que yo te conozco, esos sobrenombres no parecen ir contigo —se atrevió a preguntar ella al fin.

—Gracias —dijo él con sinceridad—. Pero tengo que reconocer que el apodo de *Playboy* no era tan injusto.

Kiernan recordó el verano en que había cumplido dieciocho años.

—Me sentí libre. Eran los meses que mediaban entre mi salida de la escuela privada y mi entrada en el ejército. Hasta que tuve dieciocho años, mi madre había sido muy estricta con la prensa, impidiendo que se acercaran a mí. Y las mujeres no habían formado parte de mi mundo, excepto como algo deseado en la distancia, como fotos de estrellas de cine pegadas en las paredes de los dormitorios masculinos. Así que yo no estaba acostumbrado a experimentar la atracción mutua en ese campo —explicó él—. Y, como muchos hombres a esa edad, me volqué en disfrutar de la

libertad y me olvidé de las responsabilidades. Por desgracia, mis andaduras se hicieron públicas. Yo estaba desbocado, como si fuera una nueva estrella de *rock* triunfando en el mundo. No me daba cuenta de que podía haber consecuencias negativas. Me halagaban la atención que me prestaban la prensa y las jovencitas. Salí con todas las mujeres hermosas que mostraban el más mínimo interés por mí.

—Y fueron muchas —comentó ella con tono seco.

—Por eso digo que me merecí el apodo de *Playboy* —señaló él, avergonzado—. Pero, tras aquel verano en que mi vida fue tan expuesta al público, me volví más cuidadoso y, también, más cínico. Empecé a entender que pocas de aquellas jóvenes estaban realmente interesadas en mí. Sólo les atraía el título, la forma de vida y el cuento de hadas asociado a salir con un príncipe. Podía salir con las mujeres más hermosas del mundo y sentirme el más solitario de los hombres —admitió—. Durante un tiempo, me esforcé en buscar a la mujer con la que pudiera compartir amor verdadero. Estoy seguro de que rompí corazones a diestro y siniestro, sólo porque me daba cuenta desde la primera o la segunda cita de que aquello no iba a funcionar y rompía la relación. De alguna manera, sin embargo, creo que siempre me hicieron responsable de que las mujeres pusieran en mí sus vanas esperanzas y sus sueños fantásticos.

¿No era eso lo que ella estaba haciendo?, se dijo Meredith. Al estar ahí sentada, compartiendo con él su mundo y disfrutando de su compañía, no estaba haciendo más que alimentar sus vanas esperanzas y sus sueños fantásticos.

Una noche nada más. Se permitiría disfrutar de ello sólo esa noche, se propuso ella para tranquilizarse. Sólo se trataba de conocer al príncipe todo lo que pudiera antes de dejar que ella regresara a su mundo y él siguiera en el suyo.

—Conocía a Francine Lacourte desde que éramos niños —continuó Kiernan—. Siempre habíamos sido buenos amigos.

—La duquesa —señaló Meredith y no pudo evitar sentir celos por la manera en que él pronunciaba su nombre, con tierna reverencia.

—Era la mujer más divertida y más inteligente que había conocido. También era muy sensible. Tenía un encanto especial que la hacía muy atractiva. Y no le gustaba nada darse publicidad.

—Os prometisteis, ¿no es así?

—Durante un breve tiempo.

—Y tú rompiste el compromiso, lo que te dio el sobrenombre de príncipe Rompecorazones. Ella nunca se recuperó, ¿verdad?

Kiernan sonrió con aire ausente.

—Pero la verdad que nadie conoce es que yo no rompí nuestro compromiso. Fue ella.

¿Kiernan le estaba contando algo que nadie más sabía? Que confiara en ella le resultó a Meredith el más exquisito de los regalos.

—¡Pero la prensa dijo lo contrario! Dicen que ella sigue llorando vuestra ruptura.

Se volvió muy huidiza. Creo que no he visto ni una foto suya en las revistas desde que os separasteis. Y han pasado años de eso.

—Nuestros amigos de la prensa sólo necesitan un hecho, por ejemplo que Francine no se muestre en público, para construir toda una historia que satisfaga sus propósitos. Durante un tiempo, incluso una de las revistas extendió el rumor de que yo la había asesinado. ¿No te parece ridículo?

—¡Es terrible!

—Te voy a contar algo que muy poca gente sabe. Sé que no hace falta que te diga que esta conversación debe permanecer en secreto.

De nuevo, Meredith se enorgulleció de la confianza que él le mostraba, ¡aunque eso la alimentara peligrosamente sus sueños y esperanzas!

—Ese encanto especial que tenía Francine y que a mí me resultaba tan atractivo... tenía que ver con su inclinación espiritual. Francine se metió en un convento. Llevaba mucho tiempo queriendo hacerlo. Me amaba, creo. Pero no tanto como amaba a Dios.

—¿Es monja? —preguntó Meredith, atónita.

Kiernan asintió.

—Elegió un convento de clausura —señaló él—. ¿Te imaginas la pesadilla que habría sido para ella si los *paparazzi* se hubieran enterado? Yo tengo un equipo en palacio que se encarga de protegerme de los ataques de la prensa, así que les dejé que inventaran la otra historia que todo el mundo creyó.

—Lo hiciste para protegerla.

—Yo no lo veo así. Ella me dio muchas cosas en el tiempo en que estuvimos juntos. Yo sólo la correspondí ayudándola a tener la privacidad que ella tanto ansiaba.

—Y dejaste que todos creyeran que eras el malo de la película.

—Bueno, como te he dicho, tengo un equipo de relaciones públicas encargado de protegerme de lo peor. La prensa puede decir lo que quiera. Estoy acostumbrado a que se metan conmigo y no dejo que me afecte. Así que, si podía ayudar a Francine, ¿por qué no hacerlo?

—Pero tu apodo de Rompecorazones quedó confirmado por cosas que pasaron después...

—Después de Francine, llegó Tiffany. Yo sentía que había llegado el momento de encontrar pareja. Además, empezaba a recibir presiones de palacio para que sentara la cabeza. Había sufrido mucho por la decisión de Francine, aunque también la admiraba por ello. En cierta forma, comencé a buscar una mujer que fuera su antítesis. Y ésa fue Tiffany. Voluble, hermosa, ligera, vivaz... Tiffany Wells me sedujo con su actitud segura y femenina.

Pocos hombres no se dejarían seducir por Tiffany Wells, pensó Meredith con cierta envidia.

—Yo era un hombre adulto —continuó Kiernan—. Ella era una mujer adulta. E hicimos lo que hacen los hombres y las mujeres antes o después —admitió—. Me avergüenza confesar que, durante demasiado tiempo, confundí la atracción sexual que

sentía por ella con amor. Aun así, usamos medidas de protección. Fuimos muy responsables en lo que se refiere al sexo —indicó—. Pero mientras la pasión inicial se enfriaba, me di cuenta de que, en realidad, eso era lo único que teníamos en común.

—¿Te aburrías con ella?

—Su charla incesante sobre pequeñeces me daba dolor de cabeza. Yo cada vez me sentía más desilusionado y ella parecía cada vez más enamorada —explicó Kiernan—. Cuando le dije que lo nuestro había terminado, ella me dijo que estaba embarazada.

Meredith soltó un grito sofocado. Kiernan le apretó la mano y la miró a los ojos antes de seguir hablando.

—No, Meredith, no es tu misma historia. Yo no abandonaré a una mujer embarazada.

## Capítulo 8

El príncipe Kiernan le contó a Meredith el resto de la historia. Después de superar la conmoción inicial tras el anuncio de Tiffany, él había sopesado sus opciones con toda la urgencia que la situación requería.

Había elegido tomar el camino más honorable, preparándose para aceptar toda la responsabilidad de sus actos.

Kiernan había decidido anunciar su compromiso. Habían establecido una fecha próxima para la boda, para que no se notara el embarazo de Tiffany. La prensa se había cebado en la noticia. Y Tiffany había disfrutado con frenesí de la atención de los medios de comunicación, tanto como a él le había asqueado. Habían tomado fotos «sorpresa» de ella cuando había ido a comprar su vestido y las flores, haciendo la fiesta de despedida de soltera con sus amigas, incluso mirando cunitas.

—Cuando estábamos juntos, no podíamos tener ni un momento de privacidad. Las cámaras siempre estaban persiguiéndonos, los periodistas nos gritaban preguntas, la prensa siempre parecía saber dónde estábamos. Ahora, mirando atrás, me pregunto si era Tiffany quien los mantenía al tanto. Nuestra vida se convirtió en un agobio. Había helicópteros sobrevolando el palacio a todas horas, y el yate, los partidos de polo... había fotógrafos escondidos en los árboles, hasta detrás de los arbustos —recordó él—. La verdad es que tenías toda la razón del mundo en lo que me dijiste cuando comenzamos los ensayos de baile, Meredith —señaló—. El amor vende periódicos y revistas y sube audiencias. El interés en nosotros como pareja parecía insaciable.

—¡Qué horror! —exclamó ella.

—Eso piensas tú —replicó él con amargura—. A Tiffany le gustaba con locura. Sin embargo, yo me sentía como si fuera a bordo de un tren sin frenos del que no pudiera bajarme.

—Pero te bajaste. Rompiste vuestro compromiso, ¿no? ¿Qué pasó con el bebé? En todas las noticias que siguieron al suceso, ninguna mencionó que Tiffany hubiera estado embarazada.

—Porque no lo estaba.

—¿Qué?

—Antes de aquello, a mí nunca se me había ocurrido pensar que ella pudiera ser capaz de una mentira de proporciones tan monstruosas. Por suerte para mí, la verdad fue desvelada antes de que nos casáramos. Lo malo es que sucedió la noche anterior a la boda.

Kiernan siguió contándole la historia. Un criado fiel, destinado a servir a Tiffany, había acudido a él de noche, en la víspera de la boda para revelar algo crucial. El hecho de que Tiffany hubiera tenido la menstruación lo había salvado. A pesar de que habían sido altas horas de la noche, él se había enfrentado a Tiffany de inmediato y había cancelado la boda.

Sin embargo, el mundo entero lo había visto como el hombre frío y despiadado que le había roto el corazón a la novia en la víspera de su boda. La prensa se había mostrado enloquecida, sacándole todo el jugo posible a su imagen de rompecorazones.

Tiffany, por otra parte, había seguido disfrutando de la atención de los medios, que la fotografiaban a menudo con gafas de sol y aspecto desanimado. Había representado a la perfección el papel de víctima y de sufridora.

—¿Por qué diablos no hiciste público lo que ella te había hecho? —preguntó Meredith, sorprendiéndose a sí misma por lo protectora que se sentía con él—. Aceptaste sin más la decepción del público porque su cuento de hadas se hubiera ido a pique... ¿Por qué?

—Hablas como Adrian —señaló él e hizo una pausa antes de continuar—. En el intento desesperado de Tiffany de capturarme, vi algo que no era malvado. Era triste y enfermizo. Me di cuenta de que, tras su máscara de suprema confianza, se escondía una mujer muy frágil —explicó—. Poca gente sabe lo frágil que era. Tiffany intentó suicidarse después de que yo descubriera su mentira.

—A mí me suena a manipulación —observó Meredith enojada.

—De todas maneras, yo también tenía mi parte de culpa. Me rendí a la tentación y me entregué a ella sin pensar en lo que hacía. Coloqué a Tiffany en la situación de esperar más de lo que yo estaba preparado para ofrecer —recordó Kiernan—. No creo que Tiffany hubiera podido soportar que su engaño se hiciera público, ni las burlas que habría suscitado.

—Pero parece que soporta muy bien que se burlen de ti. Me enerva su total falta de responsabilidad, Kiernan.

—Llevo aguantando los ataques de la prensa desde que soy mayor de edad. En realidad, me es indiferente lo que digan de mí.

—La protegiste a ella, también. ¡Aunque no se merecía tu protección ni lo más mínimo!

—No exageres, Meredith —repuso él, encogiéndose de hombros de nuevo—. No soy ningún héroe.

—Sólo eres un príncipe.

Kiernan rió.

—Sólo soy un hombre —añadió él—. Debajo del príncipe, sólo hay un hombre.

Un hombre bueno, pensó Meredith. Un hombre con sentido de la decencia y del honor. Un hombre que no había abandonado a la mujer que había creído embarazada de él.

Era el hombre de sus sueños, reconoció ella. Era tan fácil enamorarse de él...

En ese momento, llegó uno de los camareros del barco y le susurró algo al oído a Kiernan.

—Lo siento mucho. Es la llamada que tengo que responder.

Lo cierto fue que Meredith se alegró de tener un momento de soledad para

analizar la emoción que sentía ante lo que él le había revelado. Y, al mismo tiempo, necesitaba separarse un poco de él.

—No te preocupes.

El camarero le llevó un poco más de café, el periódico del día y una selección de revistas.

Después de mirar pensativa hacia el mar durante largo rato, Meredith se dijo que necesitaba cualquier tipo de distracción para no seguir dándole vueltas a la cabeza. Tomó el periódico.

Al llegar a la sección de Sociedad, se quedó helada.

Había una foto de la bella y rica Brianna Morrison bajo el titular:

¿La nueva víctima del Príncipe Rompecorazones?

¡Aunque la señorita Morrison parecía todo menos una víctima! Estaba sosteniendo un delicado vestido verde, su elección para el gran baile de la Semana de la Primavera.

Cuando me lo pidió, no podía creerlo, respondía Brianna al entrevistador. Es como un sueño hecho realidad.

Meredith se quedó rígida. Ella estaba acompañando al príncipe en su yate esa noche. Pero él había sido muy claro. Era sólo una despedida.

El príncipe había decidido darle a la plebeya un regalo final antes de proseguir con su vida.

Pero había invitado al baile a otra mujer.

Bueno, eso era lo normal. Meredith siempre había sido consciente de que ella no pertenecía a ese mundo. Brianna Morrison era una rica heredera, los Morrison poseían fábricas, negocios inmobiliarios y astilleros.

Esa noche Kiernan le había contado que recibía cierta presión para que sentara la cabeza. Brianna era hermosa y talentosa. Los intereses de su familia habían estado vinculados a la isla de Chatam durante generaciones.

Y ella no era más que Meredith Whitmore. Una instructora de baile, más entregada a su proyecto benéfico que a su negocio, una mujer con un trágico pasado.

No, el príncipe sólo había pretendido darle a su profesora de baile una noche encantadora. Nada más.

Para Kiernan, aquello no era más que una forma de mostrarle su agradecimiento. Él nunca había dicho que fuera nada más que una manera de despedirse de ella y del mundo que habían compartido durante unos pocos y gloriosos días.

Ella había sido una tonta por alimentar su confianza, en parte esperando y rezando poder formar parte de su mundo.

Meredith dejó el periódico y llamó al camarero.

—¿Pueden llevarme de vuelta a Chatam, por favor? No me encuentro bien.

En pocos segundos, Kiernan se presentó ante ella.

—Espero que no hayas terminado la llamada de teléfono por mi culpa —dijo ella, esforzándose por ocultar su tristeza, mirando al mar que comenzaba a encrespase

bajo un viento creciente.

—¡Claro que sí! ¿No te encuentras bien? Debe de ser por el movimiento del barco, igual estás mareada. Llamaré a mi médico para que espere en el muelle.

—No, no es tan grave —repuso ella, intentando no derretirse al ver lo preocupado que él parecía y la ternura con que la miraba—. Seguro que es por el mar. Sólo quiero irme a casa.

—Daré órdenes para que volvamos de inmediato.

Kiernan se puso en pie, la miró a los ojos y frunció el ceño.

Entonces, vio el periódico abierto.

Meredith se acercó para cerrarlo, pero él le detuvo la mano, se inclinó y leyó el titular.

—¿Has leído esto? —preguntó él.

Ella no dijo nada y levantó la barbilla con orgullo, negándose a mirarlo.

—¿Es por esto por lo que no te sientes bien de repente? Fue organizado hace meses —explicó él en voz baja.

—No es asunto mío. Sé muy bien que no pertenezco a tu mundo, príncipe Kiernan. Esto no ha sido más que un bonito regalo para una plebeya que te gusta un poco.

—Yo no pienso que no pertenezcas a mi mundo —replicó él con pasión—. ¡No es por eso en absoluto! Y no creo que seas una plebeya.

—Ya, claro.

—Meredith, no entiendes las repercusiones que tendría para ti que te vieran en público conmigo.

—¿Temes que use el cubierto equivocado?

—Deja de hablar así.

—Pensé que el vestido que llevo puesto era bonito. Seguro que a ti te parece pasado de moda.

—No he pensado tal cosa. Es un vestido precioso. Tú eres preciosa.

—No tanto como para que quieras que me vean contigo en público.

—Meredith, es necesario que entiendas que, en cuanto te vean conmigo, tu vida no volverá nunca a ser la misma. Llevarte a ese baile sería como tirarte a una pecera llena de pirañas. La prensa empezaría a diseccionarte viva. Me has contado algunos secretos importantes de tu vida. ¿Quieres ver esos secretos publicados en la primera página de las revistas del corazón, como comidilla para la multitud? Yo nunca te haría eso.

—Claro —dijo ella con sarcasmo—. Lo haces para protegerme. Eso es lo que haces siempre.

—Estoy intentando protegerte —afirmó él—. No estaría de más que mostraras un poco de agradecimiento.

—¿Agradecimiento? Eres un tonto engreído.

Al ver que Kiernan se quedaba estupefacto, Meredith se puso más furiosa y



continuó.

—En el pasado, siempre has elegido a mujeres débiles, que necesitaran a un príncipe fuerte para que las protegiera. Pero yo no soy así.

—¿Que he elegido a mujeres débiles?

—Es obvio.

—Siento mucho haberte contado nada de mi vida.

Y Meredith también lo sentía. Porque le había hecho esperar cosas que no podía tener. Furiosa consigo misma, siguió atacándole, como si no pudiera parar.

—Soy una chica de Wentworth. ¿Crees que tu mundo puede asustarme? He caminado en lugares donde tenía que ir con un cuchillo escondido bajo el abrigo. He pasado hambre, por el amor de Dios. Y he quedado tan exhausta después de trabajar y cuidar a un bebé que ni siquiera podía mantenerme en pie. He enterrado a mi hija. Y a mi madre. ¿Crees que tu pequeño mundo lleno de comodidades podría asustarme? ¿Crees que la prensa me da miedo? Podría manejar a la prensa con las manos atadas —le increpó ella—. No te atrevas a fingir que lo haces para defenderme, Alteza. Sólo te estás protegiendo a ti mismo. No quieres que nadie sepa lo de esta noche. Ni que yo exista. Soy una chica pobre de baja alcurnia. Tienes razón. La prensa desenterraría mi sórdido pasado. ¡Qué embarazoso para ti que la gente pensara que sales con alguien como yo!

—Te lo he contado todo sobre mí —replicó él en voz baja—. ¿Y ésa es la conclusión a la que has llegado?

—¡Así es! —le espetó ella, furiosa—. ¡Siempre hablas sobre ti!

Meredith sintió que la rabia le daba fuerza.

Después de la confianza que habían compartido, de aquella cena íntima, de la creciente amistad que habían vivido en los últimos días, eso era exactamente lo que necesitaban.

Distancia.

Rabia.

Desconfianza.

Y, luego, cuando llegara a casa, ya tendría tiempo para sufrir la desesperación de haber creído en sueños inalcanzables, se dijo ella.

Sin embargo, cuando Meredith se dio cuenta de que había hecho la cosa más tonta de toda vida, incluso más tonta que haber creído que Michael Morgan había sido un príncipe azul.

Se había enamorado de un príncipe de verdad. Y no se sentía capaz de sobrevivir al fracaso de otra relación.

—¿Qué te pasa? —preguntó Adrian a Kiernan al día siguiente.

—¿Por qué lo dices?

—¡Kiernan! Estás muy raro. Te muestras impaciente. Estás de muy mal humor.

No haces más que cancelar compromisos.

—¿Qué compromisos?

—Se suponía que ibas a llevar a Brianna Morrison al baile. Lo peor que podías haber hecho es cancelar eso. La prensa sólo verá que otra mujer ha quedado destrozada por tu culpa. Brianna llevaba meses preparándose. El príncipe Rompecorazones ataca de nuevo, ¿o qué?

—¿Es eso lo que dicen las revistas del corazón?

—No, las revistas dicen cosas peores. Se están cebando contigo. Esta mañana han publicado una foto de Brianna Morrison tirando al río el vestido que había comprado para el baile.

—Asegúrate de que la multen por tirar basura a la vía pública.

—¡Kiernan! ¡No seas tan frío! En este momento, eres el hombre más odiado del planeta.

Sí. Incluso por la única persona que a él le importaba, pensó Kiernan.

Adrian lo observó con atención.

—Ya tienes esa mirada otra vez.

—¿Qué mirada?

—No lo sé. De mal humor. De desesperación.

—Adrian, déjalo ya —advirtió Kiernan.

—Si te pasa algo, me gustaría ayudarte.

—No puedes. A menos que puedas aprender a bailar en... —comenzó a decir Kiernan y se miró el reloj—... menos de cuatro horas.

Adrian puso los ojos como platos.

—Debí haberlo sabido.

—¿Qué? —preguntó Kiernan. ¿Le habría dado alguna pista a su primo sin darse cuenta?

—Corazón de Dragón. Ella tiene la culpa de todo.

Kiernan se acercó a su primo.

—No quiero volver a oír que la llamas así. ¿Me entiendes?

—Te ha hecho algo y por eso estás tan enfadado —señaló Adrian—. Lo sé.

—No, no me ha hecho nada —repuso Kiernan—. He sido yo. He hecho algo que me pone furioso. He confiado en la persona equivocada.

Adrian lo observó con el ceño fruncido, preocupado.

—Que me aspen —dijo Adrian—. No estás enfadado. Estás enamorado.

Kiernan pensó en negarlo de inmediato. Pero, cuando abrió la boca, no consiguió hacerlo.

—¿De Corazón de D... Meredith? —preguntó Adrian.

—Qué más da. No tiene sentido. Después de haberle contado mis secretos más íntimos, ¿sabes qué hizo? Me llamó tonto engreído.

Adrian sonrió.

—No tiene gracia.

—No. Es un motivo de alegría. Al fin hay alguien que te hace abrir los ojos.

—No te pongas de su lado. Ella ni siquiera te cae bien.

—La verdad es que siempre me cayó bien. Muy bien. Me exigía que diera lo mejor de mí mismo y no se conformaba con menos. Es fuerte y segura de sí misma y da un poco de miedo, pero me gusta mucho.

—¿Sabes lo que me ha dicho? Me ha dicho que elijo a mujeres débiles a propósito. ¿Qué opinas de eso?

—Que al fin, alguien te habla claro en vez de disfrazar las cosas y decirte sólo lo que cree que quieres oír.

—Tú nunca me habías dicho que pensaras que mis mujeres fuera débiles —le acusó Kiernan.

—Porque eran tan guapas que quitaban la respiración. Pensé que, probablemente, eso merecía la pena. Me daba cuenta de que nunca salías con nadie que te exigiera mejorar como persona. Pensé que lo hacías por elección propia y que no querías dar tanta prioridad al amor en tu vida. Me pareció que para ti eran mucho más importantes tus obligaciones como príncipe.

—Creo que eso mismo pensaba yo. Hasta que me enamoré. El amor no acepta segundos puestos.

—¡Así que la amas! —exclamó Adrian.

—Qué más da. Anoche la invité a cenar al yate y ella vio una revista que anunciaba que iba a ir al baile con Brianna. Se fue hecha una furia.

—Vaya, es hora de que pongas los pies en la tierra, Kiernan. Cualquier mujer que esté cenando con un hombre se disgusta si descubre que tienes planes con otra mujer para dentro de unos pocos días.

—Le expliqué que había sido planeado hacía meses.

—¿Y no le dijiste que lo cancelarías de inmediato? —preguntó Adrian, meneando la cabeza.

—Le dije que era por su propio bien. Hay algunas cosas de su pasado que no quiero que desentierre la prensa. ¡Sólo quería protegerla!

—Apuesto a que eso no la convenció.

—¡Es la verdad!

—Ella no es la clase de mujer que acepta que manejen su mundo.

—Es cierto. Y no confía en mí. Yo le abrí mi corazón y ella lo rechazó. Piensa lo peor de mí, igual que el resto del mundo.

—Kiernan, no haces más que justificarte.

—¿Por qué iba yo a justificarme?

—Estás aterrorizado por lo que esa mujer exigiría de ti.

—No es verdad.

—¿No lo entiendes? Es tu oportunidad. Puede que no tengas otra. Aprovéchala. Sé feliz. Haz algo por ti mismo por una vez en la vida. Conquista a Corazón de Dragón.

—No la llares así.

—¡No puedo creer que no se me hubiera ocurrido antes! —señaló Adrian, poniendo gesto serio—. Ella es digna de ti, Kiernan. Es fuerte. Y no es de las que se callan. Creo que es lo mejor que te ha pasado. No la dejes escapar.

Y, de pronto, Kiernan recordó el mal aspecto que ella había tenido cuando se había ido del yate. Había estado asustada. Ella había perdido todo lo que había amado en una ocasión. Por eso, le aterrorizaba creer en él, confiar.

Adrian tenía razón, se dijo Kiernan. Él se había equivocado. En vez de refunfuñar porque ella no había confiado en él, debía ver más allá. ¿Por qué iba Meredith a confiar en la vida? ¿O en él? La vida no le había traído más que desgracias.

Iba a tener que convertirse en un hombre mejor para ser digno de ella, se propuso Kiernan. Iba a tener que ir a buscarla y sacarla de su agujero de soledad y desconfianza.

Kiernan de Chatam iba a tener que aprender lo que significaba realmente ser un príncipe para una mujer.

Estaba listo para afrontar el reto. Estaba preparado para rescatar a la doncella del miedo y la soledad que se habían alojado en su corazón.

—No sé por dónde empezar —admitió Kiernan.

Adrian sonrió.

—Claro que sí. Tienes que ganarte a la chica. Igual que tendrías que hacer si fueras un hombre cualquiera. Ella no va a caer rendida a tus pies sólo porque seas príncipe, supongo que lo sabes. Por todos los santos, hasta dirige un proyecto llamado *Nada de príncipes*. Seguro que se hace la difícil por orgullo —opinó Adrian—. Y no te pongas tan serio. Por una vez en tu vida, Kiernan, diviértete —aconsejó.

El espectáculo debía continuar, se dijo Meredith en el camerino mientras esperaba, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Nunca había estado tan nerviosa antes de una actuación.

—Señorita Whit —la llamó una de las chicas con excitación—. Está aquí. Ha venido. Oh, cielos, es el hombre más guapo que he *veído* en mi vida.

—Visto —le corrigió Meredith.

—La música está empezando —susurró Erin—. Oh, no puedo creer que esto esté pasando. Mi producción se está haciendo realidad. Acabo de mirar al otro lado del telón. Señorita Whit, la sala está abarrotada. Hasta hay gente de pie.

Tenía que hacerlo por ellas, por sus chicas. Eran lo único que le quedaba en el mundo, se dijo Meredith.

—Estoy lista —dijo Erin—. Estoy tan asustada...

Meredith le dio a su protegida un fuerte abrazo.

—¡Déjalos impresionados! —la animó Meredith.

Cuando Erin salió, ella se quedó observándola por un lateral con el corazón lleno

de orgullo. El número empezaba con las chicas vestidas como limpiadoras, con cubos y fregonas, y como camareras. Algunas de ellas llevaban mochilas del colegio. Todas llevaban demasiado maquillaje. Estaban merodeando en la calle, junto a las farolas, como presas llamando al peligro.

Y allí llegaba el peligro: chicos con uniformes de carpintero, con gorros de panaderos y con chaquetas de cuero y cigarrillos en los labios.

Las chicas y los chicos bailaban juntos por turnos, primero con timidez, luego coqueteando, cada vez con más pasión.

Entonces, Erin, que tenía el papel protagonista, aparecía en el escenario con un delantal blanco con el nombre de Molly bordado en el bolsillo. Se quedaba mirando con ojos de tonta a un chico que llevaba una chaqueta con el nombre de Andy.

Los focos caían sobre ellos y el escenario se llenaba de niebla.

Era el momento de la escena del sueño.

El vals de tres pasos comenzó a sonar y, sintiéndose rígida como el cartón, Meredith salió al escenario.

Kiernan, también.

¡Qué injusto era que él estuviera tan guapo!, se dijo ella. Se había dejado una barba de pocos días, sin duda para hacer más realista su personaje.

Meredith caminó hacia él. Kiernan le dio una mano y le puso la otra en la cintura.

Ella cerró los ojos, llena de dolor.

Aquélla sería su última vez.

Meredith escuchó un creciente murmullo entre la multitud. El público estalló en exclamaciones cuando los focos iluminaron a la pareja y la gente reconoció a su príncipe.

—Estás horrible —le susurró él al oído.

—He estado ensayando mucho con las chicas —le susurró ella. Se tropezó un poco, pero él la sostuvo.

—Mentirosa. Lo que pasa es que has estado echándome de menos.

Ella intentó ocultar su sorpresa.

—¿Por qué iba a echarte de menos una chica como yo? —repuso Meredith—. Los dos sabemos que lo nuestro es imposible.

Kiernan la miró con gesto severo.

—Tienes miedo —indicó él en voz baja—. No son los caballos lo que te da miedo, sino esto.

La multitud estaba loca de emoción. No sólo había reconocido al príncipe, sino que él estaba haciendo algo por completo inesperado. Kiernan y Meredith bailaban al unísono. Ella intentó no mirarlo a la cara.

—No seas tonto —susurró ella—. Ya te he dicho que tu mundo no me asusta.

—Te asusta amarme. Te ha asustado desde el momento en que nos conocimos.

—Burro arrogante —le increpó ella.

—Burra cabezota.

Meredith se dio cuenta de que el fuego que ardía entre ellos estaba impregnando su baile. El público aplaudía emocionado por la vibrante química entre los dos bailarines.

Los ojos de ella se quedaron clavados en los de él. La mirada de Kiernan era tan fiera... Y, al mismo tiempo, tierna, protectora. Llena de cariño.

Kiernan sabía la verdad, así que ¿por qué seguir ocultándola?, se dijo Meredith. ¿Por qué no expresarse sin miedo a través de su baile?

Aunque él nunca pudiera ser suyo y aunque ella nunca pudiera ser apropiada para su mundo, era innegable que él estaba interesado en ella. Y ella deseó que las cosas pudieran ser distintas.

Soñaría que así era y se dejaría llevar por la música. Por última vez.

Ella sería Molly y él sería Andy, sólo dos jóvenes normales, enamorados.

En ese momento, Meredith se entregó a la música.

Y bailaron. Ella se desprendió de su armadura. Dejó atrás su doloroso pasado. Dejó atrás su miedo. Hizo caso omiso de sus dudas y su baja autoestima.

Meredith bailó como nunca había bailado, expresando con sus movimientos todos los secretos de su corazón, cosas que nunca había contado a nadie.

Entonces, de pronto, ella dejó de ser Molly. Se sintió Meredith Whitmore de pies a cabeza.

En ese instante de incalculable valor, Meredith perdió el pudor y no le importó que el mundo entero viera a través de ella. A pesar de que miles de personas los contemplaban, se sintió como si estuviera a solas con él, bailando el uno para el otro.

Entonces, Kiernan la soltó y la audiencia se volvió loca cuando representó su solo.

Kiernan se arrancó la chaqueta blanca de Andy.

Y Meredith comprendió lo que sucedía.

No era representar el papel de Andy lo que le hacía bailar tan bien, sino ser él mismo.

Kiernan.

El príncipe sacó a la luz sus cualidades más puras y verdaderas: era sensual, fuerte, capaz, tierno.

Cuando él se arrodilló en el suelo delante de ella, Meredith no pudo contener las lágrimas por el regalo que le había hecho.

Kiernan se había ofrecido a sí mismo. Una última vez.

Él había puesto todo lo que era en ese baile. No para el público, que estaba entusiasmado.

Ni para las chicas, que los animaban y vitoreaban desde los laterales del escenario.

Sólo para ella.

Kiernan la miró.

E hizo algo que no estaba escrito en la coreografía. La besó en la boca con

exquisita ternura.

Ella lo saboreó, intentando memorizar sus labios.

Los aplausos y los vítores parecían a punto de echar abajo el teatro. Meredith apartó la cara y le tocó la mejilla. Aunque el mundo entero los estaba observando, se sintió como si estuvieran a solas.

Aquél era su último adiós.

—Gracias —susurró ella con ojos llenos de lágrimas—. ¡Gracias, Kiernan! —añadió.

Entonces, Meredith se dio media vuelta y salió del escenario.

## Capítulo 9

Era el día después de la gala. El teléfono de Meredith no había dejado de sonar, pero ella se negaba a responder.

La gente dejaba mensajes. Querían apuntarse a su escuela de baile. Querían donar dinero a *Nada de príncipes*.

Erin Fisher dejó un mensaje diciendo con emoción que le habían concedido una beca para estudiar en la universidad de Chatam.

La prensa quería saber cómo se había sentido al bailar con un príncipe. Los periodistas le preguntaban si había sido ella quien le había enseñado al príncipe a bailar así. Y, sobre todo, querían saber si había algo entre ellos o si había sido sólo una actuación.

El teléfono estuvo sonando varias horas, hasta que Meredith se levantó y lo desenchufó de la pared.

No quería hablar con nadie.

Quizá, durante mucho, mucho tiempo.

Como había sospechado, el vídeo de su baile había sido subido a Internet segundos después de su actuación.

La *web* donde estaba colgado se había saturado de visitas y de descargas esa mañana.

Meredith había colaborado a ello. Ella había visto su baile juntos, al menos, una docena de veces.

Y, al verlo, no había podido evitar adivinar algo en él.

¿Era demasiado atrevido llamarlo amor? Probablemente, sí.

Alguien llamó a su puerta. Meredith esperó que la prensa no hubiera descubierto dónde vivía. Intentó ignorarlo, pero llamaron de nuevo con más insistencia. Ella se puso una almohada sobre la cabeza para no oírlo.

—¡Meredith, abre la maldita puerta antes de que la eche abajo!

Ella se quitó la almohada, se sentó en la cama y se quedó estupefacta.

—Lo digo en serio. Contaré hasta tres.

Meredith se acercó a la puerta y miró por la mirilla.

—Una.

El príncipe Kiernan de Chatam estaba ante su puerta, con una chaqueta blanca con el nombre de Andy y con gafas oscuras.

—Dos.

Ella abrió la puerta y se quedó parada, sin saber qué hacer. Podía tirarse a sus brazos. O hacerse la dura. O llorar. ¿O reír?

—Hola, Molly —saludó él.

Meredith se derritió.

—Me preguntaba si querías venir a tomar algo conmigo. Podemos tomar una cervecita y jugar a los dardos.



—Cuando te quites las gafas, todo el mundo te reconocerá —señaló ella.

—Vivamos peligrosamente. Me dejaré las gafas puestas. Puedes decirle a la gente que lo hago para ocultar un ojo morado.

—Kiernan...

—Andy —le corrigió él.

—De acuerdo, Andy —repuso ella y se cruzó de brazos—. ¿Por qué haces esto?

Él titubeó un momento y se levantó las gafas para que ella pudiera mirarlo a los ojos.

—Quiero que nos conozcamos. Así. Como Molly y Andy. Sin la prensa siguiéndonos los talones. Quiero construir cimientos sólidos antes de presentarte al mundo. Quiero que sepas que yo te cubriré las espaldas cuando empiecen a ir tras de ti.

—¿Vas a presentarme al mundo? —susurró ella—. ¿Vas a cubrirme las espaldas?

—Meredith, te echo de menos. Estar sin ti es como vivir en un mundo sin sol. Todo era frío y oscuro.

Ella supo que él hablaba con toda sinceridad.

—Echo de menos la libertad que he experimentado contigo —continuó Kiernan en voz baja—. Echo de menos la sensación de ser yo mismo como nunca había hecho antes. Echo de menos la espontaneidad. Y divertirme. ¿Puedes venir a jugar conmigo? Por favor...

Meredith sólo asintió, pues no se creía capaz de hablar.

—Vamos, entonces. Tu carroza te espera.

Ella no pudo negarse. Nunca había podido resistirse a él.

—Estoy en pijama.

—Es verdad. Un pijama demasiado grande. Prefiero imaginarte con un camisón de encaje blanco.

Ella tragó saliva al ver la pasión con que la miraba.

—Ve a cambiarte —ordenó él.

—Deja de mandar, príncipe pesado —le espetó ella.

Meredith se apartó de la puerta para dejarle pasar. Lo más probable era que, cuando él viera cómo vivía la gente normal, en una casa pequeña, con muebles viejos, se daría cuenta de que sus mundos eran demasiado diferentes, pensó ella.

Pero no fue así. Como si de Andy se hubiera tratado, Kiernan entró y se dejó caer sobre el sofá más viejo, tomó un libro romántico que había por ahí y arqueó las cejas, mirando a Meredith.

—¿Soñabas conmigo cuando leías esto? —preguntó él.

—¡No! —exclamó ella y salió, dando un portazo.

En su habitación, Meredith se puso unos vaqueros desteñidos y una blusa normal y corriente. Al fin y al cabo, ella era una chica normal y corriente, se dijo.

Sin embargo, cuando entró en el cuarto de estar, Kiernan la miró como si fuera una reina.

Sintiéndose en un sueño, Meredith lo siguió hacia la salida de su edificio. Bajaron las escaleras. En el descansillo, los esperaba una viejísima bicicleta.

Kiernan se montó en ella, se bajó un poco las gafas y señaló el manillar.

—Súbete.

—¿Bromeas? Nos vamos a matar.

—Ah, pero la diversión merece la pena.

—Es verdad —dijo ella y suspiró. Se sentó sobre el manillar.

Kiernan montaba muy mal en bicicleta. Meredith sospechó que no lo había hecho en muchas ocasiones en su vida, ni solo ni mucho menos llevando a otra persona. Estuvo a punto de chocarse tres veces antes de salir de su calle.

Una vez en la calle principal, Kiernan condujo de forma errática, saliéndose de la calzada en varias ocasiones y poniéndose una vez delante de un autobús de dos pisos.

—Sácales el dedo, cariño —gritó él cuando un conductor tocó el claxon furioso porque acababa de ponerse delante de él.

Meredith rió e hizo lo que le decía.

En el bar, fiel a su palabra, Kiernan se dejó las gafas puestas. Meredith creyó que la gente iba a reconocerlo, pero no fue así, tal vez, por lo impensable que era que un príncipe estuviera en el bar del barrio.

Pidieron patatas y pescado frito y dos jarras de cerveza. Y jugaron a los dardos. De regreso, Kiernan tomó el camino más largo, pedaleando a lo largo del río. Ella no sabía si el corazón le latía tan rápido por todas las veces que estuvieron a punto de caerse al canal de Chatam, o porque estaba llena de excitación.

—¿Qué te propones? —preguntó ella cuando Kiernan la dejó en la puerta de su casa y la besó con suavidad en la nariz.

—Durante toda mi vida, siempre he sabido lo que me proponía, siempre he tenido un plan, un protocolo, un mapa —repuso él con tono solemne—. La primera vez que te vi bailar, supe que tenías algo que yo necesitaba. No sabía qué era, pero fuera lo que fuera, por eso acepté representar contigo la escena de baile para la gala.

—¿Y sabes ya qué es? —quiso saber ella, curiosa e intrigada.

—Pasión —contestó él—. Toda mi vida ha estado bajo control, ha sido ordenada. Cuando te vi bailar aquel primer día, pude entrever lo que me estaba perdiendo —señaló—. Meredith, me haces experimentar cosas que no había vivido nunca. Y no me refiero a ir a las cascadas o a un bar. Me refiero a cosas dentro de mí mismo que no conocía.

Kiernan la besó en la nariz de nuevo.

—Nos vemos mañana.

—Mira —dijo ella, intentando mantener la calma—. ¡No puedo escapar de todas mis obligaciones sólo porque tú quieras experimentar cosas nuevas conmigo!

Kiernan rió y se acercó a ella.

—Pero si he estado ahorrando para que nos podamos comprar un helado triple con chocolate fundido por encima en la heladería del barrio... Para compartir.

—Algo muy tentador —admitió ella.

—¿El helado o yo?

—Lo de compartir.

—Ah —dijo él y la miró en silencio—. Disfrútalo, Molly. Disfrútalo sin más.

—De acuerdo —se rindió ella.

Y eso fue lo que hizo Meredith.

Se sumergió en una nueva vida.

Sin preocupaciones y llena de aventuras.

Durante las semanas siguientes, se comportaron como Andy y Molly y recorrieron en bicicleta cada centímetro de la isla. Descubrieron playas escondidas. Comieron helados en puestos callejeros. Se rieron hasta que les dolió la cara. Fueron al cine. Patinaron sobre ruedas.

Y, justo cuando Meredith empezaba a acostumbrarse a todo ello, alguien llamó a la puerta un día. Pero no era Andy quien estaba allí. En esa ocasión, no.

Se trataba del príncipe Kiernan de Chatam, vestido con traje de chaqueta oscuro, una camisa blanca inmaculada y una corbata oscura de seda.

Él se inclinó y le besó la mano.

—¿No vamos a montar en bici? —preguntó ella.

—Amo tu mundo, Meredith, pero ahora es el momento de que tú entres en el mío.

—Yo... yo... tendría que cambiarme —balbuceó ella, mirándose la camiseta desteñida que llevaba, sus pantalones de deporte y sus zapatillas viejas.

—Sólo cámbiate de ropa —replicó él en voz baja—. No cambies nada más de ti. Prométemelo.

—Lo prometo —dijo ella y corrió a su dormitorio para encontrar algo adecuado que ponerse para salir con un príncipe. Pocos minutos después, se reunió con él vestida con una falda de lino blanca y una blusa de seda a juego.

—¿Estás preparada? —preguntó él, tendiéndole la mano.

—¿Preparada para qué? —quiso saber ella, le dio la mano y lo miró.

—Mi madre quiere conocerte.

—¿De veras? —repuso ella y tragó saliva—. ¿Por qué?

—Porque le he dicho que he conocido a la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida.

Meredith dio un paso atrás, pensando que no lo había escuchado bien. El corazón estaba a punto de salirse del pecho.

—¡Pero a mí no me lo habías dicho!

Él ladeó la cabeza y sonrió.

—Creo que acabo de hacerlo.

Meredith se lanzó a sus brazos. Allí era donde quería estar el resto de su vida.

—¿Sabes cómo me siento ahora mismo? —susurró ella—. Me siento segura. Y protegida. Me siento cuidada. Mimada.

—Tú también me haces sentir así a mí —afirmó él.

—Y también tengo mucho miedo. ¿Quieres que conozca a tu madre? Eso parece algo muy serio.

—Eso es. Después de que hayas conocido a mi madre, nuestra relación será oficial. Serás mi novia. Y mi prometida. Y mi esposa.

—Vaya. ¿Esa es tu manera de pedirme que me case contigo?

Él rió.

—No. Sólo te advierto lo que se te avecina —señaló Kiernan y frunció el ceño—. Si puedes aguantar la presión. No puedes imaginar lo pesado que puede ser, Meredith. Me temo que tu vida nunca volverá a ser la misma. Asegúrate de saber lo que quieres antes de salir por esta puerta conmigo.

Pero Meredith lo sabía desde hacía mucho tiempo. Estaba segura de lo que quería. Volvió a darle la mano a Kiernan y sintió que su vida estaba completa.

Alguien con una cámara había descubierto la limusina aparcada delante de su casa. El vehículo llevaba el escudo de la casa real. Dispararon el *flash* y tomaron una foto de la pareja entrando en el coche.

Kiernan suspiró.

Pero ella le apretó la mano y rió.

—Puede que me asuste un poco tu madre —admitió ella después de sentarse—. Pero no me asusta nada más de tu mundo. Nada —aseguró y apoyó la cabeza en el hombro de él, sumergiéndose en su fuerza y su solidez. Todo iba a salir bien, se dijo. No había duda.

Durante un momento, un acogedor silencio los envolvió.

—¿Has oído eso? —preguntó él mientras el coche arrancaba.

—¿Oír qué?

Kiernan miró por la ventana y giró la cabeza para mirar a sus espaldas. Volvió a acomodarse con gesto de estupefacción.

—Meredith, juraría que he escuchado reír a un bebé.

Ella rió y sintió que el mundo era tal y como debía ser.

—No —repuso Meredith con suavidad—. No lo he oído. Pero lo he sentido. Muy dentro de mi alma.

Kiernan levantó el brazo para llamar a la puerta de su madre. Estaba molesto porque, nada más llegar con Meredith, su madre le había dicho que no podía atenderlo y que regresara después de una hora. Pero la reina había hecho entrar a Meredith y había cerrado la puerta tras ellas.

¡Él conocía a su madre! Lo más probable era que hubiera comenzado la inquisición. Sobre todo después de lo de Tiffany, quien no le había gustado a su madre en absoluto, la reina Aleda se sentía con derecho a hacer preguntas agresivas y emitir juicios apresurados. Lo más seguro era que Meredith estuviera acorralada en una esquina, temblando y llorando.

Sin embargo, al llegar junto a la puerta, a Kiernan le sorprendió escuchar risas al otro lado. Llamó y abrió.

Las dos mujeres levantaron la mirada. Estaban sentadas juntas.

Ambas mujeres estaban mirando algo sobre la mesa. Kiernan lo reconoció.

—¿Álbumes de fotos? —preguntó él, sin dar crédito—. ¡Os acabáis de conocer!

—Nunca es demasiado pronto para enseñar fotos tuyas de bebé —dijo Meredith—. ¿Qué me dices de la de la bañera? Es adorable.

—¿La foto de la bañera? —repitió él y miró a su madre, enfadado.

—No he podido evitarlo —se excusó la reina con una sonrisa—. Meredith me había preguntado cuál era mi mayor tesoro.

Entonces, las dos mujeres se miraron. Kiernan se quedó en silencio, impresionado por el hecho de que ambas compartieran su amor por él y que eso hubiera creado un vínculo instantáneo entre su madre y la mujer de su vida.

En los días y semanas siguientes, Kiernan no dejó de sorprenderse y admirar a Meredith.

El día después de su primera aparición oficial en público, en la que fueron juntos a ver las carreras de caballos, las especulaciones comenzaron. Una foto de Meredith de puntillas para besarle el morro al caballo real había ocupado la primera página en casi todas las revistas del mundo.

El gabinete de prensa de palacio empezó a verse asediado con preguntas. ¿Cuándo había empezado el príncipe a salir con su profesora de baile? ¿Quién era ella? Y, sobre todo, ¿de dónde provenía?

—Esto es sólo el principio —le dijo Kiernan a Meredith—. ¿Cómo quieres que nos enfrentemos a ello?

Meredith convocó una rueda de prensa.

Sí, estaba saliendo con el príncipe, afirmó delante de los periodistas. Sí, se habían conocido mientras habían estado ensayando una escena de baile para la gala benéfica.

Entonces, con voz firme y segura, Meredith desnudó su pasado delante de todos. Sin callarse nada. Habló de Wentworth. Habló de su embarazo en la adolescencia. Contó que el padre del bebé la había abandonado. Habló del bebé. De cómo había tenido que renunciar a sus sueños de ser bailarina de ballet. Describió la pobreza en la que había tenido que vivir. Y de la tragedia que se había llevado a su madre y a su niña. Contó también lo del dinero del seguro de vida, que la había ayudado a fundar *Nada de príncipes*.

Después de hablar, Meredith dejó a la prensa sin una sola cosa que desenterrar de su pasado. En vez de comérsela viva, los periodistas quedaron seducidos por su honestidad y por el hecho de que fuera una mujer normal. A diferencia de otras celebridades a las que la prensa se esforzaba por exprimir, la historia de amor de Meredith era como una historia del pueblo.

Como la historia de amor de cualquier ciudadano de Chatam.

Cuando más la conocía la gente, más la adoraba.

Y ella también los quería. Se convirtió en el centro de todas las miradas en cada acto público al que asistía, desde los festivales de cine de Cannes hasta su primer viaje a esquiar a las montañas de Colorado. Todo el mundo que la conocía quedaba embrujado por ella.

Y, por sorprendente que pareciera, Meredith se sentía en su hogar en cualquier lugar al que Kiernan la llevara.

Sin embargo, lo que más le gustaba a Kiernan era que a ella no se le subía a la cabeza. Seguía siendo la chica que había conocido. Con más confianza y con un brillo especial, gracias a haber abierto con su corazón al amor.

Meredith podía estar un día sobre la alfombra roja de un estreno y, al día siguiente, montando en bici o visitando un mercado local.

Cuando Kiernan le rogó que aceptara llevar guardaespaldas, ella se rió.

—Ya he vivido lo peor de mi vida, Kiernan. No tengo miedo.

Era cierto que no lo tenía. Meredith había nacido para el amor. Parecía que su capacidad de dar y recibir amor era interminable.

Y Kiernan, que era el mayor beneficiado de todo ese amor, no tenía ninguna intención de detenerla.

Además, él sabía algo que no había sabido hacía unos meses y que ni siquiera se habría creído si alguien hubiera intentado decírselo.

Los ángeles existían. Y Meredith tenía dos que la protegían y la guiaban. ¿Qué otra explicación podía haber para las coincidencias que los habían unido? ¿Y cómo era posible que él hubiera hecho algo tan impensable como aceptar bailar con ella? ¿Cómo podía ser que, en el primer momento, hubiera visto algo en ella a lo que no había podido resistirse?

Desde ese primer momento, cuando la había visto bailar, Kiernan había sabido que Meredith había ocultado un secreto capaz de transformar su vida. Lo había sabido con el corazón y no con la cabeza.

Pero, dejando a un lado a los ángeles, las sensaciones más mundanas que estaba experimentando tampoco podían ignorarse.

La deseaba. La quería de todas las maneras en que un hombre podía querer a una mujer. Sus besos eran cada vez más apasionados. Las veces que se quedaban a solas, sus encuentros eran una tortura de deseo.

Sin embargo, Kiernan no pensaba tomarla fuera del matrimonio.

Nunca. Lo que aquel otro hombre le había hecho a Meredith era imperdonable. Él no le haría nunca lo mismo. Nunca se aprovecharía de la pasión que ella sentía, ni de su entrega. Por eso, él siempre se apartaba en el último momento para evitar que su deseo fuera más lejos.

Un hombre tenía que seguir ciertos pasos si quería hacer suya a una mujer de forma honorable. Tenía que ganárselo. Y su intención era casarse con ella, aunque sólo se conocieran desde hacía unos pocos meses.

Pero Kiernan sabía escuchar su corazón.

Y su corazón le dijo que había llegado el momento.

## Capítulo 10

Meredith se despertó cuando escuchó un sonido en la ventana. Algo la estaba golpeando. Gimió y se tapó la cabeza con una almohada.

Igual Kiernan tenía razón. Iba a tener que mudarse a un edificio con medidas de seguridad. Lo más probable era que algún reportero estuviera husmeando por su ventana con la intención de tomar la foto de su vida.

Pero, a pesar de sus intentos de ignorarlo, el ruido sonó otra vez, más fuerte. Alguien estaba lanzando guijarros contra el cristal.

Otra vez más.

Meredith se levantó, molesta. ¡Iban a romper la ventana! Sin embargo, cuando la abrió y se apoyó en el quicio, lista para cantarle las cuarenta al que estuviera allí, se encontró con Kiernan debajo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella, fingiendo enfado.

—Tengo una sorpresa para ti.

—¿Qué hora es? —dijo ella, haciendo una mueca como si estuviera malhumorada.

—Casi medianoche.

—Kiernan, vete a casa y métete en la cama.

—Deja de fingir que puedes resistirte a mí. Vístete y baja.

Ella le sacó la lengua y cerró la ventana. Luego, se quitó el pijama a toda prisa y se puso un viejo chándal.

—Ya veo que te esfuerzas mucho en impresionarme —bromeó él y la besó en la punta de nariz cuando ella bajó.

—Y tú a mí, con esto de despertarme a medianoche —replicó ella—. Mañana tengo que trabajar. No todos podemos permitirnos una vida de ocio y placer.

Kiernan sabía que ella lo decía en broma. Meredith respetaba mucho su trabajo como príncipe. Para él, era algo nuevo tener a alguien a su lado que lo comprendiera y, sobre todo, que estuviera dispuesta a hacer lo que fuera para hacerle la vida más fácil.

Él abrió la puerta de un coche para que Meredith subiera. Era un vehículo normal y corriente. Esa noche, no quería que la prensa los descubriera.

Meredith se escurrió dentro del vehículo.

—¿Qué te propones?

Pero él no pensaba decírselo.

Condujeron por la calle principal, que Kiernan había hecho cerrar al tráfico sólo por esa noche. Meredith miró por la ventana con curiosidad. Entonces, creyó adivinarlo.

—¿Vamos a donde yo creo que vamos?

Al llegar a la entrada de las cascadas de Chatam, se bajaron del coche. Kiernan la condujo por el sendero de tierra que llevaba a lo alto, iluminado por antorchas.



Arriba, había antorchas encendidas alrededor del estanque y miles de velas iluminaban las aguas burbujeantes desde todas las rocas y todas las piedras.

—No he traído bañador —comentó ella, mirando a su alrededor impresionada, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

A Kiernan le encantaba esa mirada suya.

—Hay una tienda de campaña ahí para que te puedas cambiar —indicó él—. Encontrarás dentro varios bañadores para elegir.

Meredith salió de la tienda minutos después. Kiernan ya se había cambiado y la esperaba sentado en una roca, con los pies en el agua. Él sonrió al ver lo que ella había elegido. En ese momento, no había nadie más visible allí, a pesar de que había empleados de palacio en los alrededores.

—El negro —señaló él y meneó la cabeza—. Yo esperaba algo más provocativo. El rojo con lunares, por ejemplo.

—¿Cómo sabes que había uno rojo con lunares?

—Porque los he elegido yo mismo, Meredith.

—Debe de haber sido muy embarazoso para ti —opinó ella—. Ten cuidado o la prensa te pondrá el sobrenombre de perverso.

Él le lanzó una mirada traviesa.

—Esperemos que sea merecido —bromeó Kiernan.

Así era la vida entre ellos. Llena de humor y de juego. Cómoda. Divertida. Y, al mismo tiempo, el respeto entre los dos no hacía más que crecer.

Igual que la pasión.

Mientras Meredith atravesaba las rocas para llegar a su lado, Kiernan se fijó en que el bañador negro de dos piezas era mucho más sexy que el rojo... En vez de sentarse a su lado, ella posó las manos en la espalda de él y, al instante, lo empujó con todas sus fuerzas.

Luego, se giró y salió corriendo.

Él la apresó en el charco de barro.

Y jugaron en el barro, nadaron y jugaron todavía más hasta quedar exhaustos.

Entonces, Kiernan la envió a cambiarse en la tienda.

Allí, el príncipe había ordenado que se llevaran los trajes de baño que ella había descartado y que expusieran una selección de vestidos de diseño.

Mientras Meredith se cambiaba, los sirvientes pusieron una mesa y entraron en escena los camareros y el chef.

Cuando ella salió de la tienda, Kiernan se quedó con la boca abierta.

Meredith había elegido el vestido más provocativo. Era rojo y con mucho escote. También se había puesto un collar de diamantes y unos pendientes a juego.

—Pareces una princesa —dijo él, se inclinó y la besó la mano.

Kiernan la condujo a la mesa, donde los esperaba un fabuloso festín. Cuando terminaron de comer, ella le sonrió.

—De acuerdo. Lo admito. Te has superado.

—Y siempre lo haré.

Kiernan llamó a uno de los camareros y éste les sirvió un helado gigante de tres pisos y chocolate fundido por encima, con dos cucharillas.

—Me encanta, Kiernan —admitió ella—. Pero no debiste haber comprado todos esos vestidos...

—Como esposa mía, tendrás que llevar vestidos así. Y, como tu marido, yo estaré encantado de comprártelos.

Entonces, él se arrodilló ante ella y se sacó una cajita del bolsillo. La abrió.

Dentro, había un anillo con un diamante elegante y sencillo. Perfecto para ella.

Meredith no pudo contener las lágrimas y no pudo dejar de sonreír.

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó él.

—Sí —susurró ella—. Claro que sí.

Kiernan se puso en pie la rodeó con sus brazos. Su vida, al fin, estaba completa.

Meredith se miró al espejo. El vestido de novia estaba colgado detrás de ella, de seda salvaje con bordados de perlas.

¿Era posible que su vida fuera a convertirse en un sueño hecho realidad?

—Estás preciosa —murmuró Erin, a quien Meredith había elegido como única ayudante.

—Y tú.

—Este es tu día —replicó Erin, complacida—. Céntrate en ti por una vez, maestra. ¿A que estás hermosa?

Sí, lo estaba, reconoció Meredith. Y no era sólo por el vestido, por el peinado y el maquillaje. No, irradiaba un resplandor innegable.

—¡No llores! —exclamó Erin horrorizada—. ¡El maquillaje se echará a perder! —añadió y le tendió un pañuelo—. Imagino que serán lágrimas de felicidad.

—En realidad, no —repuso Meredith tras un momento.

—¿Estás a punto de casarte con el hombre más maravilloso del planeta y no lloras de felicidad? ¿Cómo puede ser?

—No, Erin. Lloro por la chica que solía ser, la que apenas tenía sueños. Estaba pensando en esa chica que esperaba en las escaleras del juzgado de paz, con unas flores baratas en la mano y que pensaba que, si él no aparecía, la culpa era de ella. Si hubiera podido conocer mi futuro entonces... Una vida mejor me esperaba y yo ni siquiera podía imaginarlo.

—Yo tampoco tenía sueños —murmuró Erin—. ¿Qué habría sido de mí si no hubieras creado el proyecto *Final feliz*?

La semana anterior, Meredith y las chicas se habían reunido y le habían cambiado el nombre al proyecto. No podían llamarlo *Nada de príncipes*, porque sí existían los príncipes. Y habían elegido *Final feliz* porque todo el mundo tenía derecho a vivir uno.

—Creo que el universo tiene planes para todos nosotros y que son más grandes de lo que nos atrevemos a soñar —comentó Meredith—. Tal vez, incluso, perder a mi bebé fue parte de un plan que nunca comprenderé del todo. Me hizo más fuerte, más digna de ese hombre increíble que me ama.

—¡Para ya! —pidió Erin—. O se me quitará el maquillaje a mí también. Prométeme que en el día de hoy no pensarás en nada triste, sólo piensa en ti y en él —dijo—. No podemos presentarnos en la catedral con ojos llorosos.

—Deberíamos habernos puesto maquillaje impermeable —bromeó Meredith.

Entonces, apareció Kiernan y pidió estar un momento a solas con la novia. Erin protestó, diciendo que daba mala suerte ver a la novia antes de la boda. Pero Meredith no era supersticiosa.

—No deberías estar aquí —le reprendió Meredith con dulzura. Aunque se alegraba de verlo.

—Tenía que verte. Tengo un regalo para ti y quería que lo llevaras junto a tu corazón hoy.

Kiernan le había hecho montañas de regalos en los últimos días. Y ella había aprendido a aceptarlos con alegría, a permitirse el lujo de recibirlos.

Él sacó un pequeño collar de plata con un camafeo. Al abrir la pequeña puerta del colgante, le mostró dos fotos diminutas.

Una era una foto de Carly riendo y la otra era de su madre, joven y con una expresión de alegría muy rara en ella.

—¿De dónde las has sacado? Mi madre odiaba las fotos. Y nunca tenía esta cara tan alegre.

—Ah, ser príncipe tiene sus privilegios. ¿Sabes cuándo fue tomada la foto de tu madre, Meredith?

—No.

Cuando él se lo dijo, a Meredith se le saltaron las lágrimas. Había sido en el día de su nacimiento.

—Quería que estuvieran con nosotros. Cerca de tu corazón —indicó él con cariño.

Ella lo miró emocionada. Y se dio cuenta de que ese día tan especial también pertenecía a su madre y a Carly.

Entonces, la reina abrió la puerta y ordenó salir a su hijo.

—Alteza real, ¿qué está haciendo aquí? —preguntó Meredith sorprendida.

—Hay días en que una mujer necesita a su madre. Como la tuya no puede estar aquí, pensé que igual podías concederme el honor de tomar su lugar.

—Oh, Aleda —susurró Meredith, emocionada.

Kiernan se despidió con un beso y la reina hizo lo que mejor sabía hacer: tomar el mando. Meredith se dio cuenta de que ese día también le pertenecía a la madre de su prometido.

—Vamos, te ayudaré a ponerte el vestido. Pronto llegará el coche a recogerte.

Meredith llegó a la catedral en un carruaje blanco tirado por seis caballos blancos.

Los habitantes de Chatam la vitoreaban desde las calles, lanzándole pétalos de rosa. Meredith se había convertido en la princesa del pueblo y todos la adoraban. También para ellos aquél era un día especial.

Kiernan estaba esperando ante el altar de la catedral. Un príncipe de ensueño, sólo para ella.

Meredith caminó hacia él con el paso firme y seguro. Entonces, supo que aquel día no les pertenecía ni a ella ni a él, sino a una fuerza a la que se lo debían todo.

La fuerza del amor.

## Epílogo

Él solía ir allí algunas veces, sobre todo cuando había alguna ocasión que celebrar, como un cumpleaños o un aniversario.

A la gente le hubiera extrañado mucho ver allí al príncipe de Chatam, en un viejo cementerio en el centro de Wentworth. Pero él siempre tenía mucho cuidado de que no lo siguieran.

«Se había convertido en un lugar muy especial para él. Siempre llevaba dos ramos de flores en sus visitas. Se detuvo delante de una lápida pequeña y limpió el polvo de la superficie con la mano.

—«Amada Carly» —leyó él y depositó un ramo de rosas rosas sobre su tumba—. «Amada Millicent Whitmore» —siguió leyendo y colocó un ramo blanco sobre la lápida vecina.

Kiernan no entendía cómo era posible que él sintiera amor hacia dos personas que nunca había conocido.

Sí comprendía que, a veces, las cosas formaban parte de un plan más grande. Y, en ocasiones, una tragedia podía desembocar en un cúmulo de sucesos que, al final, traían la felicidad.

De todos modos, si pudiera devolverle a Meredith su hijita, aunque eso significara no haberla conocido nunca, Kiernan lo haría sin pestañear. Tan fuerte era su amor.

—Quiero que sepas, Carly, que el nuevo bebé no te sustituirá. Tú eres un miembro sagrado de nuestra familia y siempre lo serás —musitó él y sintió una suave brisa en la mejilla que le hizo soñar con que Carly lo estaba escuchando—. Te he traído una foto suya. Se llama Amalee.

Kiernan dejó la foto enmarcada entre las dos tumbas. En ella, Meredith sujetaba a Amalee con todo su amor y resplandecía como una mujer que sabía que era amada.

Él dio un paso atrás y pidió en silencio la bendición de Carly y Millicent para el acontecimiento del día: el bautizo de Amalee.

El nuevo bebé había sido un paso más en el intrincado diseño de su amor por Meredith. Kiernan sabía que, desde el día en que había visto bailar a su esposa por primera vez, su vida había cambiado para siempre.

El amor era un baile que nunca se aprendía por completo. Cada día, Meredith y él ensayaban nuevos pasos. Y, con cada movimiento, el baile los acercaba más a las puertas del Cielo.

—Gracias —murmuró Kiernan—. ¡Gracias! —repitió, a pleno pulmón.

Fin



CARA COLTER (Calgary, Alberta, EE. UU.) Ahora vive en una pequeña finca en la Columbia Británica. Ella comparte su vida con ocho caballos, un gato y su héroe, Rob. Ellos tienen tres hijos y un nieto.

Licenciada en periodismo, Cara ha estado haciendo su vida con las palabras de toda su vida adulta. Antes de encontrar su hogar en la novela escribió materiales didácticos, artículos de periódicos, artículos de revistas e incluso los sermones.